

BOLETIN DE ARQUEOLOGIA

ORGANO DEL SERVICIO ARQUEOLOGICO NACIONAL

MINISTERIO DE EDUCACION - EXTENSION CULTURAL



BOGOTA-COLOMBIA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1945

NUMERO 5



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

ARQUEOLOGA Y ETNOGRAFIA

ELIECER SILVA CELIS

CONTRIBUCION AL CONOCIMIENTO DE LA CIVILIZACION DE LOS LACHE

C O N T E N I D O

INTRODUCCION.—LOCALIZACION.—LA CONQUISTA: I. Primeros Exploradores. II. Historia de la Conquista.—LA COLONIA.—NOTICIAS ETNOLOGICAS: I. *Cultura Espiritual*. a) Costumbres y tradiciones. b) Idolatría y supersticiones. c) Prácticas funerarias. II. *Cultura material*. a) Vivienda. b) Ocupaciones.—NOTICIAS ARQUEOLOGICAS. Cerámica de Jericó.—NOTAS FINALES.

INTRODUCCION

Durante los meses de diciembre y enero de 1943, bajo nuestra iniciativa particular, emprendimos una serie de exploraciones y estudios en el territorio que a la hora de la Conquista estaba ocupado por los indios Lache.

Habiendo llegado a la población de Jericó, nos dirigimos a la vereda o partido de Pueblo Viejo, lugar donde existió la población indígena de "Ura" (Fig 2. 1), que Pérez de Quesada saqueó y ocupó yendo en demanda de la Casa del Sol. Con las facilidades, que en forma generosa, nos dio el señor Agustín Gómez, trabajamos durante un mes haciendo excavaciones en uno de los sitios que juzgamos de mayor interés. Pasado este tiempo fuimos a Crita, donde logramos reconocer y explorar algunas cuevas o grutas naturales, utilizadas por los nativos en tiempos anteriores a la Conquista. De ellas obtuvimos materiales para el estudio antropológico. Nos encaminamos luego a la población del Espino. En el lugar conocido actualmente con el nombre de la Plazuela o San Francisco, distante un kilómetro de dicha población, reconocimos un importante yacimiento arqueológico. Las dos últimas semanas de diciembre las dedicamos a exploraciones en la población de Chiscas. A más de haber visitado varias grutas naturales, empleadas por los aborígenes para depositar sus muertos, tuvimos la suerte de reconocer y excavar, con la entusiasta cooperación del doctor Mario Yepes Mantilla, una pequeña necrópolis (Fig 2. 3,4), en la cual los cadáveres después de haber sido debidamente preparados y envueltos en mantas de algodón, pieles y mallas de fique o de algodón, fueron colocados por los indígenas en sitio bien protegido contra la acción de los agentes naturales. El interés, muy grande, que revisten tan preciosas reliquias precolombinas, nos han obligado a posponer el análisis completo de las momias, ya que por el momento no disponemos de los elementos necesarios para radiografía, fluoroscopia y autopsia, que creemos necesario practicar en algunos de los cadáveres. Así, pues, como resultado de la excavación de este cementerio, en la presente memoria apenas presentamos un estudio preliminar basado exclusivamente en observaciones externas.

El desconocimiento casi absoluto, que hasta hace dos años se tenía en el país acerca de esta importante agrupación indígena, nos movió a dar los primeros pasos en el estudio de su civilización. El olvido y desconocimiento de esta gente viene desde la Conquista misma. Con excepción del cronista Fray Pedro de Aguado, quien nos ha transmitido algunos datos concretos, en los escritos de los demás historiadores antiguos apenas sí aparecen mencionados estos indios.

Nosotros hemos recogido puntualmente las noticias escritas, tanto de la conquista como de la Colonia, y las hemos organizado a fin de obtener de la civilización de los Lache un cuadro, que si por ahora resulta incompleto, naturalmente, no deja de ser interesante para la Prehistoria y la Arqueología de Colombia.

Con la reserva que necesariamente nos impone la escasez de noticias, el presente estudio se inicia con la determinación de los lugares que creemos fueron los principales focos de desarrollo de la civilización de nuestros indios. Ello está hecho de acuerdo, como queda apuntado, con las anotaciones de escritores antiguos y modernos, anotaciones que hemos tratado de coordinar y armonizar para presentar, en forma provisional, el escenario geográfico en que se desenvolvió tal civilización. Cuando los estudios lingüísticos y arqueológicos hayan avanzado más, se podrá determinar precisa y definitivamente el territorio ocupado por los Lache. Como veremos adelante, el país que por ahora asignamos a estos aborígenes, corresponde a una de las situaciones más interesantes desde el punto de vista de los posibles contactos culturales que sus habitantes debieron soportar en los tiempos anteriores a la venida de los españoles. Así, pues, el cuadro de la Conquista lo hemos trazado, fundados especialmente en datos traídos por Juan de Castellanos, los Padres Simón y Aguado y el obispo Piedrahita, quienes nos han merecido la mejor confianza en la civilización que estudiamos.

Tocante a la vida durante la Colonia, escritos de misioneros y viajeros nos han guiado especialmente.

La parte etnológica ha sido tratada de acuerdo con las noticias dejadas por historiógrafos antiguos y modernos. A tales datos, que presentamos en forma sistematizada, sumamos resultados de nuestras propias experiencias en el terreno. En el arreglo y sistematización que traemos en la parte arqueológica, debemos buena parte a sugerencias del C. Carlos Margain, del Instituto de Antropología e Historia de México.

LOCALIZACION

Son muy escasos los datos de que disponemos en el momento actual acerca de la extensión precisa del territorio de los Lache. De la cuidadosa revisión de los historiadores de la Conquista y de la Colonia, hemos obtenido noticias que nos permiten conocer, en buena parte, los principales sitios ocupados por nuestros indios en el hora de la Conquista.

La extensa comarca, alta y fría en su mayor parte, y comprendida en las estribaciones occidentales de la Cordillera Oriental, en la zona dominada por el Nevado de Chita o Güicán, encontraron los conquistadores los principales núcleos de población de los Lache. El país de estos nativos está, pues, formado por tierras muy pobladas, de vegetación algo escasa y regadas principalmente por los ríos Chitano y Nevado, que descienden torrentosos y muy encajonados de la Cordillera, en busca del río Chicamocha, que separa el país de los Lache de los dominios septentrionales de los Chibcha (Fig. 1). En la división política actual del Departamento de Boyacá, el territorio de los Lache queda dentro de la provincia de Gutiérrez, que tiene como ciudad capital al Cocuy.

Como ha acontecido en el país chibcha, en la comarca que estudiamos, las poblaciones actuales más florecientes, como el Cocuy, Chita, El Espino, Jericó, Guacamayas, Chiscas, etc., ocupan los sitios o la proximidad de las zonas en que, en épocas precolombinas, tuvieron nuestros indígenas sus pueblos más importantes.

De acuerdo con los historiadores de la Conquista y de la Colonia, por el NE y N-NE los Lache se confundían con los Tunebo o Tame, guardando, además amistad y hermandad con varios grupos indígenas de los llanos, tales como los Achagua, Ipuye y Caketio ⁽¹⁾. Por el N. llegaban, según Aguado ⁽²⁾, hasta Pamplona, es decir, a tierras de los Chitarero, con quienes igualmente estaban en contacto y guardaban hermandad ⁽³⁾. Doliéndose de las paganas costumbres de los Lache y Chitarero, el Padre Zamora da a entender claramente que las avanza-

(1) Piedrahita (Lucas Fernández): Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Historia. Vol. IV. Tomo I, pág. 27.

(2) Aguado (Fray Pedro de): Historia de la Provincia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. Calpe 1930. Tomo I. Pág. 157.

(3) Piedrahita. Ob. Cit. pág. 24.

das de los primero llegaban muy hasta el norte. Tenían –agrega– la creencia de que el alma es mortal, error que habían participado de “algunas naciones de Santa Marta, por la comunicación que tenía por el río Zulia, que dividiéndolas, corre recibiendo aguas de las serranías de Pamplona, hasta que bien crecido de sus raudales, de agua en la gran laguna de Maracaibo”⁽¹⁾. Las anotaciones de Piedrahita y Zamora son corroboradas por Salas, quien hace llegar los Lache hasta Chinácota⁽²⁾.

Por el NW., los límites resultan, por ahora, poco precisos; y si bien es verdad que el doctor Carvajal⁽³⁾ señala el río Manco como término de la avanzada por este lado, creemos que es necesario esperar resultados nuevos de investigaciones tanto arqueológicas como lingüísticas, que nos den otros puntos de referencia. Por el S. y SW., nuestros indios llegaban a confinar con las tierras del Cacique Tundama, siendo el río Chicamocha, en parte de su trayecto, la divisoria natural, entre los dominios de aquél y los de éstos.

Como anteriormente lo apuntamos, actualmente los centros más florecientes de mestizos y blancos ocurren en los lugares en que los Lache tuvieron sus mayores concentraciones de población. En el Cocuy, según el doctor Ancizar⁽⁴⁾, se hallaba la residencia del cacique principal o Acaima⁽⁵⁾ de los Lache. En Panqueba, anota el señor Antolínez⁽⁶⁾, estaba la morada del cacique del mismo nombre, cuya autoridad pesaba

-
- 1) Zamora (Fray Alonso de): Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada. Prólogo del Dr. Caracciolo Parra. Caracas, 1930. Pág. 224.
 - 2) Salas (Julio C.): Etnología e Historia de Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales. Madrid, 1908. Pág. 12.
 - 3) Carvajal (Martín): Recuerdos arqueológicos de Santander. Estudio. Organó del Centro de Historia de Santander, Bucaramanga. Año IX, números 105-107. 1940. Pág. 309.
 - 4) Ancizar (Manuel): Peregrinación de Alpha. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá, 1942. Viajes. Vol. II. Pág. 255.
 - 5) Restrepo Tirado (Ernesto): Estudios sobre los aborígenes de Colombia. Anales de Instrucción Pública de Colombia. Tomo XX. Número 117. Bogotá, 1892. Pág. 304.
 - 6) Antolínez W. (Jesús). Apuntes y Documentos sobre la actual Provincia de Gutiérrez. Repertorio Boyacense, Organó del Centro de Historia de Tunja. Tunja, Año VI. Número 49.192). Pág. 526.

sobre el de El Espino y otros. En la hora actual, sólo queda un reducidísimo número de familias semicivilizadas descendientes de los antiguos pobladores de Chita (vereda de El Resguardo) y el Espino (vereda de Cuscaneva). En nuestro viaje de exploración y estudio, tuvimos la suerte de entrevistar a varios individuos de esta última vereda, de apellido justamente Lache.

LA CONQUISTA

1.- PRIMEROS EXPLORADORES

Según el historiador Plaza, los primeros exploradores del país Lache fueron los capitanes Juan de Cárdenas, Martín González y Miser Andrea, comandantes de una expedición que enviara Jorge Espira antes de emprender su largo viaje por los Llanos orientales ⁽¹⁾. Los expedicionarios alcanzaron la cordillera del Cocuy y penetraron a territorio de estos indios, habiendo regresado a Coro después de muchas penalidades. Más tarde, en 1536 (?) Espira, con su ya reducida expedición de 140 soldados de a pie y 44 de a caballo ⁽²⁾, llegó a los dominios de los Chisca y Lache, con quienes, según Acosta ⁽³⁾ y Zerda ⁽⁴⁾, sostuvieron combates.

En realidad, los verdaderos descubridores del territorio de estos indios fueron Hernán Pérez de Quesada y los suyos, como ahora veremos.

II.- HISTORIA DE LA CONQUISTA

Hecha la fundación de Santa Fé; arreglada la administración así de la naciente ciudad como la del Nuevo Reino, Jiménez de Quesada se puso en camino a España. Mas con el deseo de aumentar sus caudales, según lo refieren Simón ⁽⁵⁾ y Aguado ⁽⁶⁾, por el camino acordó vol-

(1) Plaza (José Antonio de): Memorias para la Historia de la Nueva Granada, desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810. Bogotá, 1850. Pág. 84.

(2) Restrepo Tirado (Ernesto): Descubrimiento y Conquista de Colombia. Bogotá, 1919. Tomo II. Pág. 36.

(3) Acosta (Joaquín): Compendio Histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada. Segunda Edición. Bogotá, 1940. Pág. 107.

(4) Zerda (Liborio): El Dorado. Estudio Histórico, Etnográfico y Arqueológico de los Chibchas y de algunas otras tribus. Bogotá, 1883. Pág. 20.

(5) Simón (Fray Pedro): Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá, 1882. Tomo II. Pág. 232.

(6) Aguado. Ob. Cit. tomo I. Pág. 244.

ver a Somondoco, por ver si podía adquirir esmeradas. En cumplimiento de su deseo, acompañado de la mitad de su gente, partió hacia las minas, mientras que, por su orden, el resto de la tropa debía aguardarle en Tunja (Tinjacá). Aquí tuvieron noticias los soldados de que en la provincia de los Lache había una casa de adoración, tanto o más frecuentada que el Templo del Sol de Sogamoso ⁽¹⁾, y que por ser tan abundante de riquezas, era llamada la Casa del Sol, donde muchos indios moxcas se enterraban e iban a idolatrar ⁽²⁾. Vuelto de Somondoco, Quesada recibió la noticia y persuadido por sus compañeros de que si aprovechaban la ocasión que se les presentaba, podrían completar sus arcas, resolvió dilatar el viaje a España y tornar a Bogotá para arreglar cómodamente lo necesario para aquella empresa. A poco de haber regresado a la capital del Reino, tocan los umbrales de la Sabana Nicolás Federmán, procedente de Venezuela, y Sebastián de Belalcázar, quien venía del Perú. El Adelantado, lejos de poder ver realizados los deseos que lo hicieron volver a Santa Fé, se ocupó en atender y afirmar su dominio sobre las tierras que acababa de descubrir y que vio amenazadas por la ambición de Belalcázar.

Arregladas las diferencias que se suscitaron, y puestos de acuerdo, los tres conquistadores salen rumbo a España, no sin haber advertido el Adelantado a Gonzalo Suárez que las empresas de conquista tanto de la provincia de las Amazonas con la de los Lache se las reservasen para cuando él regresara al Nuevo Reino de Granada.

Adelantada la pacificación de los indios del Nuevo Reino, Hernán Pérez de Quesada, juzgando la empresa de la Casa del Sol como acreedora a sus méritos, se dispuso a ir a la provincia de los Lache. Hechos los arreglos de la expedición, el hermano del Adelantado sale de Santa Fe hacia aquel país, por el mes de agosto de 1541, con más de 200 hombres y 400 indios e indias de servicio ⁽³⁾; después de varios días de penalidades y de haber pasado por las provincias de Tunja y Sogamoso, llegó al río Chicamocha, que atravesó por el vado de Socha ⁽⁴⁾, traspuso la serranía por la depresión de Mausa ⁽⁵⁾ y llegó al país de los Lache. El primer pueblo a donde entró el conquistador fue “Ura”

(1) Simón. Ob. Cit. Pág. 232.

(2) Aguado. Ob. Cit. Pág. 244.

(3) Simón. Ob. Cit. Tomo II. Pág. 404.

(4) Piedrahita. Ob. Cit. Vol. VI. Tomo III. Pág. 212.

(5) Amaya Roldán (Martín). Historia de Chita. Tunja, 1930. Pág. 22.

(1), en donde 40 indios de vanguardia y armados de lanzas de palma, le salieron al encuentro para detenerlo, pero no obstante la fuerte resistencia de los naturales, los castellanos allanaron el pueblo y ocuparon sus casas, con lo cual los indios se retiraron a Chita (2). En este pueblo se reunieron más de dos mil indios; y armados de lanzas largas y macanas, que adornaban, a manera de banderolas, con plumas de aves (guacamayas y papagayos), muy vistosas y curiosamente entretejidas, o con una trama de una paja delgada de visos dorados, se dispusieron a repeler a los invasores.

Después de algunos días de permanencia en Ura (3), Pérez de Quesada, acompañado de la gente que primero había logrado atravesar el río de este mismo nombre, se dirigió a Chita; pero viendo el gran número de indios que le esperaban y habiendo ya experimentado en el encuentro anterior la arrogancia y valentía de los naturales, que en “grandeza y disposición de los cuerpos como en las armas” superaban a los Muysca (4), quiso demorar la contienda hasta cuando llegara el resto de su tropa. Los indios no dieron tregua al conquistador, a quien obligaron contra los acolchados cuerpos de caballos y de hombres, y antes bien fueron rotas sus filas y dispersados. Corta y sangrienta para los Lache fue la batalla. En el campo quedó gran número de muertos, traspasados por las lanzas y demás armas de los castellanos. Los cristianos ocuparon a Chita. Al día siguiente marcharon al Cocuy, pueblo que tendría ochocientas casas de morada (5) y que hallaron desocupadas, pues los indios habían huido. Del Cocuy pasaron los españoles a Panqueba, Guacamayas y descendieron al valle de Tequia (6).

(1) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 264.

(2) Ibid. Págs. 264-265.

(3) Varios historiadores, entre ellos Restrepo Tirado, llaman a este pueblo Uvay, suponen que es el pueblo o corregimiento de Cheba. El Padre Amaya indica que en los archivos de la parroquia de Chita se habla con frecuencia del “Pueblo Viejo de Ura”, lugar situado a una legua al SE. de Cheba. Al Padre Amaya le asiste toda la razón. Evidentemente dicho lugar conserva todavía el nombre de “Pueblo Viejo”, y el nombre “Ura” responde, de acuerdo con el mismo escritor y con muestras propias averiguaciones en Chita, al apellido de varios indígenas semicivilizados de esta población.

(4) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 265.

(5) Ibid. Pág. 266.

(6) Ibid. Pág. 266.

En esta vez, según lo anota el Padre Simón ⁽¹⁾ y lo deja entender el silencio de Aguado, Pérez de Quesada no tuvo noticias de la Casa del Sol.

Después de sostener refriegas con los naturales del mencionado valle, el conquistador siguió hacia el norte, hasta el páramo de Ciribita ⁽²⁾, habiendo reconocido el valle donde había muerto Ambrosio Alfínger, Pérez de Quesada y su tropa regresan a Bogotá por el mismo camino.

Llegados al valle de Tequía, el Capitán tuvo noticias de que la Casa del Sol quedaba tras del pueblo del Cocuy, en las vertientes que miran a los Llanos trasmontando la cordillera. Por el temor de que en el Reino hubiesen ocurrido novedades durante su ausencia, envió a buscar el santuario al Capitán Céspedes, acompañado de la mitad de la gente, y él, con la otra mitad, se vino a Tunja, pasando por Chicamocha, Onzaga y otras poblaciones de indios Chibcha.

En el Cocuy, Céspedes procuró notificarse del sitio donde se hallaba la Casa del Sol; y guiado por algunos indios se dirigió hacia aquella fábrica, que estaba situada pasando la Cordillera, con vista hacia los Llanos. Como los indios que llevaban ofrendas al santuario, se dieran cuenta de que los españoles se aproximaban, sacaron el oro que tenían puesto en petacas colocadas sobre altas barbacoas, dejando llenas aquéllas, a su vez, con guijarros ⁽³⁾. El capitán bien pronto advirtió la burla de que había sido objeto; no obstante, consiguió en el bohío alguna cantidad de oro, lo mismo que numerosas cuentas de collar que los indios estimaban mucho, y algunos caracoles grandes de mar ⁽⁴⁾. Aunque el capitán fue informado de que en aquella casa había ricos entierros de oro, no consiguió cavar, por creer inciertas tales noticias, y antes bien se apresuró a regresar al Cocuy. Estando en este pueblo, varios indios de su servicio volvieron al santuario en busca de las cuentas que allí hubieran podido quedar, y al tiempo que bajaban al valle, vieron en el bohío gran número de indios, quienes salieron en huida al oír los gritos de los que se acercaban. Llegados los servidores de Céspedes a la Casa del Sol, hallaron cavadas varias sepulturas, de las cuales, a juzgar por las cosas allí abandonadas, habían extraído oro

(1) Simón. Ob. Cit. Tomo II. Pág. 404.

(2) Simón. Ob. Cit. Tomo I. Págs. 45-46. Tomo II. Pág. 404.

(3) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Págs. 271-272.

(4) Ibid. Pág. 272.

los naturales. Como el capitán hubiera sido informado de esto, envió a varios de sus soldados para que viesan si aún quedaban sepulturas. En efecto, los soldados hallaron algunas sin abrir y, procediendo a su excavación, obtuvieron poca cantidad de oro, pues los enterramientos debían corresponder a señores pobres ⁽¹⁾. Con el oro conseguido, los castellanos regresaron al Cocuy, y de aquí, con Céspedes, a Tunja.

LA COLONIA

Desde los primeros días de la Colonia, nuestros indios llevaron una vida tiranizada a causa del pésimo tratamiento y de la desmedida ambición de los encomenderos, a quienes no sólo tenían que pagar tributos en especies, sino servirles en los oficios más viles en la casa, teniendo por toda remuneración una mala comida ⁽²⁾. Este régimen de servidumbre exasperó a los indios y obligó a muchos a ausentarse a las breñas o a optar por la muerte ⁽³⁾.

Los Tunebo o Tame, que alcanzaban a llegar hasta Güicán y muy cerca del Cocuy, a pesar de su resignación y mansedumbre, terminaron por situarse definitivamente al otro lado de la Cordillera e irse tierra adentro, en donde hoy como en los días de la Colonia, son presionados y explotados por dueños de fundos y hatos ⁽⁴⁾.

(1) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 273.

(2) Cassani (Joseph): Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada. En la América. Descripción y relación exactas de sus gloriosas Misiones, en el Reino, Llanos, Meta y Orinoco. Madrid, MDCCXI. Pág. 45.

(3) Entre los campesinos del Espino y Güicán se conserva la tradición acerca de un suicidio colectivo de los indígenas. La relación que viene a continuación la oímos de humildes labradores y es precisamente la misma que a mediados del siglo pasado recogió el ilustre viajero Dr. Ancízar. La tradición reza así: atemorizados los indios, más por el terror infundido por los caballos que por la fuerza de la armas; cansados de soportar el peso de los tributos y el despotismo de los encomenderos, y no teniendo esperanza de recuperar su libertad, prefirieron morir, y concurriendo por grupos o familias al peñón conocido hoy con el nombre de "Gloria de los Tunebos", se despeñaron con sus mujeres y sus hijos.

(4) Los Lache vivían en completa hermandad con los Tunebo. Al hablar de aquéllos, los autores que hemos podido consultar, hacen siempre referencia a los Tunebo, o, para referirse a los primeros, en no pocas ocasiones emplean la palabra Tunebo. Esto indica, sin duda, las pocas diferencias que entre unos y otros notaron los españoles. Es posible que entre Lache y Tunebo exista algo más que un parentesco lingüístico.

De los Lache, los indios más valerosos y arrogantes fueron los de Chiscas. De acuerdo con los documentos históricos que hemos tenido a la mano, antes de la venida de los españoles, los Chibcha habían tenido que enfrentarse a los de Chiscas, habiendo quedado vencidos los primeros. Herrera ⁽¹⁾ y Piedrahita ⁽²⁾ nos dejaron algunos detalles de sumo interés al respecto. En efecto, cuando Belalcázar hubo terminado las guerras en Quito, envió al capitán Tapia a descubrir parte de las provincias del norte, con treinta caballos y treinta infantes. Los descubridores llegaron hasta el río Angasmayo, de donde regresaron con la noticia de que los naturales habían presentado alguna resistencia. De los expedicionarios, Luis Daza tomó prisionero en la Tacunga a un indio extranjero, que dijo ser de una gran provincia llamada Cundinamarca, sujeta a un poderoso señor, que por haber sido vencido en años pasados por ciertos valientes vecinos suyos, los chiscas, lo había enviado a él, junto con otros compañeros, a pedir auxilio al rey de Quito.

Durante la Colonia, los chiscas fueron muy hostiles y agresivos con los españoles, con quienes sostuvieron, por largo tiempo, continuas refriegas. Tan hostigados estaban los castellanos del carácter de estos naturales, que hubieron de abandonar la fundación que tenían entre ellos e irse a otros lugares. Debido al atraso en que por tal causa se hallaba la fundación, en 1777 fue demolida, por orden del Corregidor y Justicia Mayor de Tunja, don José María Campuzano y Lanz. Los indios fueron agregados al pueblo del Cocuy ⁽³⁾. A este respecto Oviedo, en sus “Pensamientos y Noticias”, dice que el pueblo de los indios está abajo del Cocuy, poco distante con su buena iglesia ornamentada. Tenía agregados unos indios, catequizados unos, otros bautizados. Llámánles tunebos y el pueblo donde asisten Güicani” ⁽⁴⁾.

(1) Herrera (Antonio de): Historia general de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Madrid. Francisco Martínez 1728. Vol. 3. Década V. pág. 179.

(2) Ob. Cit. Tomo I. Pág. 198.

(3) Antolínez W. Documentos citados, Pág. 533.

(4) Nota de Ancízar en su obra citada, pág. 263. Tomado de Pensamientos y Noticias de Oviedo.

NOTICIAS ETNOLOGICAS

1.- CULTURA ESPIRITUAL

a) *Costumbres y Tradiciones.*

Los indios Lache combinaban los trabajos de sus campos o las labores domésticas con juegos pesados y bárbaros. Muy engalanados de plumas, y sin más armas que los puños cerrados, por parcialidades, salían a los campos, donde ejercitaban el pugilato que ellos llamaban *momas* ⁽¹⁾, sin llegar a cogerse cuerpo a cuerpo, hasta caer lastimados y rendidos de cansancio ⁽²⁾. Según Restrepo Tirado ⁽³⁾, de los chiscas como de los Panche, en este pesado juego tomaban parte, además de los hombres, las mujeres y los niños, todos los cuales, repartidos en dos campos, se lanzaban flechas hasta quedar vencido uno de los bandos. El General Vergara y Velasco, opina que sólo algunas veces las mujeres tomaban parte en tales fiestas ⁽⁴⁾.

Este juego que tanta gracia y solaz causaba a los españoles, se conservó por largo tiempo después de la Conquista, pero como los efectos fueron siempre tan graves, en 1777, el Corregidor de Tunja y Visitador General, don José María Campuzano, dictó un auto por el cual prohibió el juego e impuso castigo de cien azotes y quince días de prisión a quienes desobedeciesen ⁽⁵⁾.

Los indios de Gachetá tenían un juego muy semejante al practicado por los Lache. Reunidos los naturales de aquel pueblo con los de otro vecino en cierta época del año, tomaban hasta quedar borrachos; luego “saliendo de una parte y de otra, se daban tantos bofetones, y puñadas, que muriendo algunos en el juego, premiaban a los vencedores” ⁽⁶⁾. Tan inveterada estaba esta costumbre entre los indios, que, burlando la vigilancia de los doctri-neros, aún se practicó en los días avanzados de la Colonia.

(1) Con relación a esta palabra, el Padre Amaya anota, en su obra citada, que en los libros parroquiales de Chita aparece claramente escrita la palabra “muma”.

(2) Piedrahita. Ob. Cit. Tomo I. Págs. 24-25.

(3) Restrepo Tirado. Ob. Cit. Págs. 350-351.

(4) Vergara y Velasco (F. J.): Nueva Geografía de Colombia, escrita por regiones naturales. Bogotá, 1901. Tomo I. Págs. 903.

(5) Amaya Roldán. Ob. Cit. Págs. 19-20.

(6) Zamora. Ob. Cit. Pág. 323.

Los Lache eran dados a la sodomía. Los autores, sin embargo no parecen estar en perfecto acuerdo en cuanto a la apreciación exacta de esta costumbre. Piedrahita ⁽¹⁾, Restrepo Tirado ⁽²⁾ y Vergara y Velasco ⁽³⁾, dicen que cuando una mujer daba a luz cinco varones seguidos, el quinto era habilitado como mujer desde la corta edad. A este lo llamaban “Cusmo”, y era habituado a las prácticas femeninas, de suerte que, en llegando a la edad suficiente, lo casaban como si fuese mujer.

Esta aberración sexual tuvo profundo arraigo entre estos indios. A pesar de la continua vigilancia de los doctrineros, continuó en uso hasta mucho después de creada la Real Audiencia en Santa Fé, que tomó medidas para obligar a sus practicantes a ejercitar los oficios de hombre y vestirse como tales, “aunque jamás se vio que alguno desmintiese con el traje varonil la costumbre en que estaba connaturalizado desde pequeño. Tal era el melindre con que se ponían la manta y los que mostraban en los visajes al tiempo de hablar con otros hombres, y si morían los lloraban así hombres como mujeres, llamándolas en sus endechas malogradas y desdichadas, y otros epítetos usados con las mujeres verdaderas ⁽⁴⁾.

La sodomía, observada además por otros nativos colombianos (indios de la provincia de Santa Marta, del Zinú, del Darién, de la costa Pacífica, etc.), merecía severo castigo entre los Chibcha. Nemequene estatuyó en sus leyes la pena de muerte para los sodomitas, quienes deberían recibirla con ásperos tormentos; dejó, además, el arbitrio de los Zipas, sucesores suyos, la posibilidad de aumentar las penas para los culpados de tal vicio ⁽⁵⁾.

A los cinco años de edad, los Lache daban a sus hijos, nombres de árboles, piedras o animales ⁽⁶⁾. Igual costumbre tenían los Muzo, quienes daban a sus niños, de 4 o 5 años de edad, nombres de árboles, piedras o animales, tomados de sus parientes ⁽⁷⁾.

(1) Piedrahita. Ob. Cit. Pág. 86.

(2) Restrepo Tirado. Estudio sobre los aborígenes de Colombia. Pág. 357.

(3) Vergara y Velasco. Ob. Cit. Pág. 903.

(4) Piedrahita. Op. Cit. Tom. I, Pág. 26).

(5) Ibid. Pág. 86.

(6) Restrepo Tirado. Ob. Cit. Pág. 357.

(7) Herrera. Ob. Cit. Vol. 4. Dec. VIII, pág. 78.

b) *Idolatría y Supersticiones.*

Se sabe que el culto o veneración a las lagunas era común a muchos nativos de América y de Colombia, suponiéndolas, quizás, residencia de algunas divinidades. Al estilo de los Chibcha o Muyska que solemnemente concurrían a los lagos de Guatavita, Guasca, Siecha, Teusacá, Ubaque, etc., a depositar ofrendas, los Lache tenían también sus lagunas predilectas, a donde acudían en determinado tiempo del año, a cumplir ofrendas u ofrecer sacrificios ⁽¹⁾. Entre los indígenas, hoy semicivilizados de Cuscanaba, se guarda la tradición de que en tiempos remotos, los primeros naturales, sin abuelos, iban en solemne peregrinación a la laguna de Eucas a depositar ofrendas. El Padre Rivero, hablando de los indios de Chita y sus comarcas, dice que éstos, en cierta época iban de romería a una laguna grande, de la cual nace el río Casanare, y en ella ofrecían sacrificios, arrojando cosas de aprecio y estimación ⁽²⁾. La laguna que origina este río es, ciertamente la de Eucas, situada tres leguas al oriente de Chita y a 3.600 metros sobre el nivel del mar.

Veneraban asimismo las piedras, pues pretendían, según Piedrahita ⁽³⁾ que los hombres se metamorfoseaban en ellas, y el culto que les rendían era debido a que creían que éstas, un día, volverían a tomar la forma humana ⁽⁴⁾. Rendían culto, igualmente, a su propia sombra ⁽⁵⁾ a la de los árboles, pensando, en opinión de Restepo Tira-

(1) Reminiscencia de esta idolatría hemos notado con frecuencia entre viajeros y campesinos boyacenses y santandereanos, quienes, al pasar por cerca de las lagunas situadas en los páramos y bien alejadas de las poblaciones, procuran no hacer ruido ni molestar sus aguas, por temor de enojar la divinidad o el encantamiento que allí reside.

(2) Rivero (Juan): Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare, los ríos Orinoco y Meta. Bogotá, 1883. Pág. 56.

(3) Piedrahita. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 26.

(4) El culto a las piedras, que no fue extraño a los Chibcha y a otros aborígenes de Colombia, fue práctica de muchos nativos de América (Peruanos, Mantas, Natches, etc.), y del Antiguo Mundo (pueblos de la India, el Dekán, Sumatra, islas orientales del Estrecho de Torres, Nueva Guinea, Timor, etc.). Este culto tuvo tal arraigo entre los pueblos de Europa, que aún existía en la Edad Media, no obstante los esfuerzos de los príncipes de la Iglesia y de los monarcas por extirparlo.

(5) Tal vez consideran estos indios a la sombra como una proyección de desdoblamiento de una segunda personalidad, cuya fuerza misteriosa les exigía respeto y culto.

do ⁽¹⁾, que aquélla era un dios tutelar que por todas partes los acompañaba y protegía, y a la de éstos, porque la consideraban como guardián de la naturaleza. Las sombras de las piedras también era objeto de su idolatría, llegando a considerarlas como deidades superiores y las anteriormente anotadas: eran los dioses tutelares de sus mismos dioses ⁽²⁾. De acuerdo con Restrepo Tirado ⁽³⁾ los Lache guardaban marcada predilección por la luna.

En cuanto a la Casa de Sol y a los oficios rituales y religiosos celebrados en ella, es poco lo que podemos agregar a lo apuntado ya en la parte histórica. Las apreciaciones que sobre ella nos trae el Padre Aguado, nos parecen justas y creemos que no dejan duda de la existencia entre los Lache de una casa o bohío, en la cual éstos depositaban ofrendas a sus dioses y daban sepultura a varios de sus principales señores. Naturalmente, hay que descontar el halo de fantasía tejido en torno de aquel santuario, por quienes, como los Chibcha, no escatimaron medio para deshacerse de los castellanos. Creemos que el silencio guardado por los Lache, cuando Pérez de Quesada y sus tropas pasaban por las poblaciones del Cocuy, Güicán y Panqueba, no debe interpretarse como un factor negativo, sino más bien como la consecuencia natural de carácter conservador y defensivo, manifiesto, particularmente, cuando los naturales querían evitar la profanación de sus santuarios o sitios de adoración.

Lo que sí nos parece dudoso es que los Chibcha fuesen a depositar ofrendas al mencionado santuario, cuando, aparte de que tenían sus propios adoratorios y se diferenciaban de los Lache, según Aguado ⁽⁴⁾, en supersticiones, lengua y traje, entre unos y otros existía enemistad casi permanente. En la relación traída por Simón y Aguado sobre las primeras noticias de la Casa del Sol, se nota la malicia que tuvieron los informadores Muiska. Conociendo éstos la ambición de los conquistadores, para ponderar más aquella fábrica de los Lache, es natural que dijeran a los cristianos que ellos mismos concurrían a ella.

(1) Restrepo Tirado. Ob. Cit. (Estudio sobre los aborígenes de Colombia). Pág. 323.

(2) Restrepo Tirado. Ob. Cit. (Estudio sobre los aborígenes de Colombia). Pág. 323.

(3) Ibid. Pág. 322.

(4) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 264.

c) Prácticas Funerarias.

De las investigaciones adelantadas en Jericó y Chiscas, obtuvimos elementos preciosos para empezar a conocer los usos funerarios de estos indios. En el sitio donde antiguamente existió el pueblo indígena de Ura, y que hoy se conoce con el nombre de Pueblo Viejo, encontramos, a más de ruinas de habitaciones –de las que más adelante daremos cuenta–, varias sepulturas aborígenes, en muy mal estado de conservación, debido a la gran superficialidad a que se hicieron las inhumaciones y al arrastre o erosión de la tierra, favorecido esto por la disposición en plano inclinado del terreno. De las excavaciones hechas, sólo registramos en buen estado dos esqueletos pertenecientes al sexo femenino. Las fosas de éstos, labradas en forma ligeramente elíptica, tenían profundidades de 50 y 60 centímetros, respectivamente. El promedio del diámetro o eje máximo fue de 65 centímetros, y de 50 el mínimo. Las demás sepulturas excavadas, en número de ocho, no revelaban mayor cuidado y aparentemente los muertos fueron depositados simplemente en el suelo y cubiertos con tierra, muy abundantes en cenizas, fragmentos de cerámica y otros residuarios de cocina. En todos los casos, el cadáver presentaba los miembros inferiores contraídos contra el tórax; los brazos aproximados al busto, y los antebrazos, doblados en ángulo y llevados sobre el pecho, acercaban las manos a la quijada. En las dos primeras tumbas, el muerto mostraba la cabeza orientada hacia el SE. El pésimo estado de conservación en que hallamos los demás cadáveres hizo imposible la exacta determinación del rumbo de la cabeza.

El ajuar funerario fue relativamente escaso. En seis de las tumbas excavadas hallamos cuentas de collar labradas en piedra, dispuestas bajo la quijada; en tres de las sepulturas aparecieron vasijas de barro cocido en posición natural, llenas completamente de tierra.

Una práctica funeral muy interesante entre los Lache, es la relativa a la momificación de los cadáveres. De personas dignas de crédito del corregimiento de Cheba, tuvimos noticias de que en diferentes tiempos habían sido hallados cadáveres plegados, secos y envueltos en mantas de algodón, colocados en cavidades de rocas escarpadas de la localidad.

En la hacienda conocida con el nombre de la Lusitania, de propiedad del doctor Leví Alvarez, y distante seis kilómetros del pueblo de Chiscas, reconocimos y excavamos una pequeña necrópolis preco-

lombina, de la cual logramos resultados de una importancia excepcional. Se trata de un cementerio en que las inhumaciones, todas, se hicieron previo el tratamiento o momificación de los cadáveres y la protección de éstos con telas o mantas, piel y mallas de fique o de algodón.

El cementerio estaba emplazado en una pequeña plataforma, situada al pie de una escarpada roca de 70 metros de altura, y formada por pizarras dispuestas en capas horizontales, con intrusiones de calizas.

La plataforma, de acceso bastante difícil, tiene 22 metros de longitud por 4 de ancho. El piso es de tierra suelta, seca y con abundantes lascas o fragmentos de roca pizarrosa.

Superficiales, en completo desorden y revueltos con la tierra, encontramos varios cráneos o fragmentos de éstos, lo mismo que huesos largos con parte de piel adherida; abundantes fragmentos de tela y mallas de fique, todo lo cual recogimos para el correspondiente estudio. La necrópolis había sufrido, pues, considerablemente, a causa del derrumbe de piedras que, con el golpe, destaparon varias momias y las destrozaron por completo. También, gentes de los sitios cercanos a la mencionada hacienda habían removido y extraído algunos de los fardos que, por curiosidad o por el deseo de perseguir supuestas riquezas, destrozaron en el mismo lugar.

Durante las excavaciones notamos que, ni en la disposición de las momias de adultos, ni en la orientación se había guardado algún orden. Las grietas, resquicios o pequeños alzados de la roca fueron aprovechados para colocar normal y verticalmente las momias de niños (Fig. 3, Nos. 1 y 3). Los fardos de adultos aparecieron a diferentes profundidades, observándose, a veces, la superposición de dos y hasta tres en un mismo sitio. Las momias más superficiales fueron registradas a la profundidad de 45 centímetros. En dos casos los muertos enfardelados fueron dispuestos entre tres o cuatro piedras grandes, irregulares, sin duda para protegerlos del contacto directo de la tierra. Igual deseo de preservación advertimos en tres casos en que la momia fue dispuesta sobre una camilla hecha de chamizos y pajas, y rodeada de piedras medianas e irregulares.

En el centro de la necrópolis y a distintos niveles, hallamos abundantes cenizas y carbones de madera, producto de grandes y sucesivas hogueras; junto con estos restos de cremación aparecieron fragmentos parcialmente quemados de huesos humanos, correspondientes al cráneo, a las extremidades inferiores, a la columna vertebral y a las costillas. Las momias más próximas a las hogueras estaban parcialmente

quemadas. Cráneos momificados de aves, aparentemente de guacamayas, encontramos enterrados, sin orden, cerca de los cadáveres.

En los sitios en que el cementerio no había sufrido ninguna alteración, la mayor parte de las momias se hallaron en buen estado de conservación. No se encontró ningún elemento que exteriormente acompañara a las momias. Tampoco registramos fragmentos de cerámica ni utensilios domésticos. Solamente unos granos de maíz algo quemados, lo mismo que fragmentos de tusas, fueron hallados a la mayor profundidad, que alcanzó a 1m20. La rotura total o parcial de las envolturas en una de las momias de adultos, deja ver una totuma metida en la cabeza del cadáver. Es posible, pues, que otros estén acompañados, igualmente, de utensilios, que por el momento desconocemos, ya que los fardos permanecen intactos en nuestro laboratorio, en espera de obtener los elementos técnicos necesarios para hacer el examen detenido de los muertos, de cuya preparación o sistema empleado en la momificación daremos cuenta en un estudio posterior.

Tan seco y protegido, tan aparente y alejado de los ranchos de vivienda, se ofreció este sitio a los nativos de Chiscas, que no dudaron en elegirlo como uno de los lugares seguros y cómodos para inhumar, sin distinción de sexos o edades, los cadáveres de una o dos familias, que por su rango social o religioso se hicieron acreedoras al tratamiento largo y paciente que supone la momificación.

A juzgar por los cráneos enteros y fragmentados que recogimos y por las momias exhumadas, la cifra de enterramientos practicados en esta pequeña necrópolis no debió exceder de treinta y cinco.

La rotura o parcial deterioro de algunos fardos nos permite describir, en forma preliminar, algunas características relativas al sistema de envolturas y disposición del muerto, lo que, junto con observaciones externas, presentamos así:

Las momias correspondientes a adultos y sub-adultos afectan una forma de cono, cuya cúspide corresponde a la cabeza del muerto (Figs. 4 y 5). Las envolturas varían de seis a ocho. Unas son mantas o telas de algodón⁽¹⁾; otras, mallas de fique y pieles, generalmente intercaladas. Las dos o tres envolturas más externas están formadas por mallas o redes de fique, de hilos entretejidos, regularmente acondicio-

(1) El análisis microscópico a la luz polarizada, que el Dr. José Estiliano Acosta amablemente nos hizo de unas muestras, indica que la fibra de los tejidos es de algodón.

nados. El tejido se inicia en un núcleo situado por debajo, es decir, en la parte correspondiente a las nalgas del cadáver. En tejidos más sencillos, los hilos están retorcidos y apareados, y de trecho en trecho, con movimientos de fuera hacia adentro y de arriba hacia abajo, dan vuelta completa a cordones horizontales que sirven de trama, de suerte que los hilos salen por el mismo lado (Fig. 4). Al final del enmallado, los cordones o hilos que llevan sentido vertical, se reúnen en un solo haz para formar una especie de moño, o, simplemente, se aseguran las cuerdas al fardo por entre las dos envolturas exteriores. En algunas momias registramos una ancha banda o cinta de cabello humano, de hilos dobles, torcidos, que, en sentido horizontal, da una vuelta completa al fardo por la mitad, de manera que asegura todas las envolturas.

En los niños, el fardo toma una forma oval o algo redondeada (Fig. 6). Generalmente una sola manta envuelve varias veces el cadáver. Exteriormente el bulto queda asegurado mediante cordones o madejas de 30 o más hilos sencillos o dobles y retorcidos, que se entrecruzan para formar un ligero enmallado. En niños de alguna edad, las envolturas ofrecen alguna variación: la primera o más externa, la constituye una malla de fique, fina, de doble o triple tejido, con dos núcleos, uno correspondiente a la cabeza y otro a la base (Fig. 5).

Las momias de adultos, que parcialmente pudieron ser observadas a través de las roturas de los envoltorios, muestran los tegumentos bien conservados, presentándose la piel como apergaminada, de consistencia algo dura y de color amarillo claro. La disposición del muerto, tanto de adultos como de niños, es la que recuerda la postura del feto en el claustro materno. Los muslos aparecen contra el tórax; las rodillas casi a la altura de los hombros; los brazos contra el busto y los antebrazos doblados en ángulo, llevan las manos sobre el pecho o, a veces, hasta bien cerca del cuello. Las uñas muestran buena conservación y la dentadura ofrece un color algo azulado.

Con relación a la práctica de momificación de los Lache, Uricoechea ⁽¹⁾, refiriéndose a los indios de la provincia de Tunja, apunta que unos disponían los cadáveres en cuclillas y después de envueltos en mantas, la barba apoyada sobre las palmas de las manos, los colo-

(1) Uricoechea (E.): Gramática, vocabulario, catecismo y confesionario de la Lengua Chibcha, según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados y corregidos. Colección Lingüística Americana. Tomo I. París, 1871. Pág. XXVIII.



1



2



3



4

Figura 2. -1 Panorama del sitio de excavaciones en Pueblo Viejo. «Ura», en vecindades de Jericó. 2. Un día de mercado en la población de Chiscas. La producción local de cerámica exhibe formas típicas que, como el cántaro que se aprecia en primer término, con sus tres asas verticales, recuerda un tanto el aribalo peruano. 3. Emplazamiento de la necrópolis de Chiscas, hacienda de la Lusitiana. 4. Trabajos de exploración y limpieza en el lugar de la necrópolis.



1



2



3



4

Figura 3. Proceso de las excavaciones. Los números pequeños muestran la posición «in situ» de las momias. Aparecen momias de niños colocadas sobre escalones y recargadas contra la roca (Fotos 1 y 3).

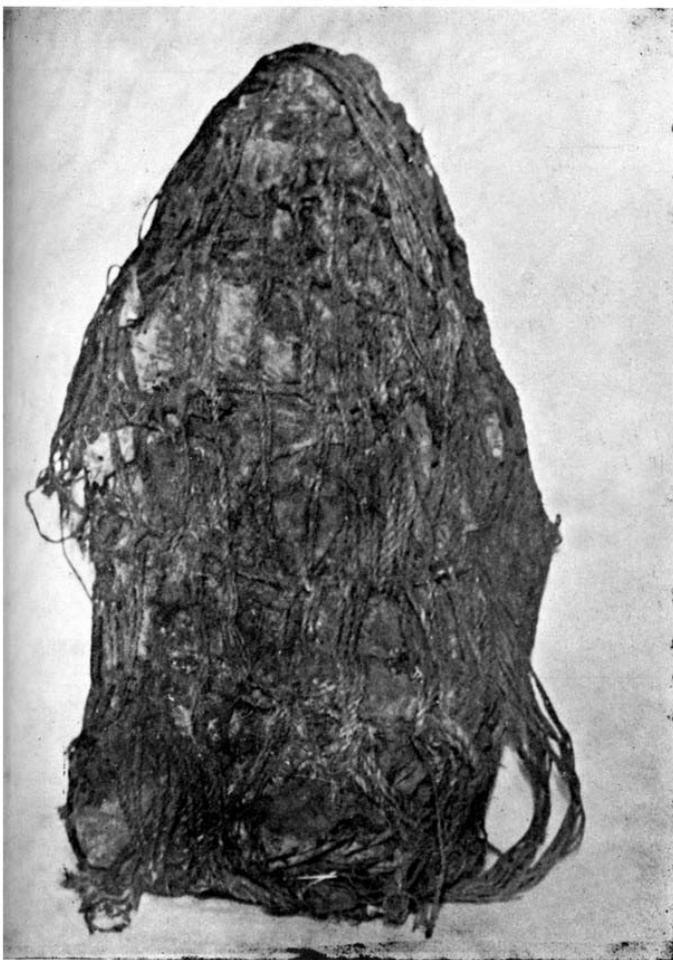


Figura 4.- Momia de Chiscas. Nótese el enmallado de fique, formado de hilos retorcidos y aparcados, cubriendo una envoltura de piel.



Figura 5.- Momias de Chiscas. A cubierta más externa del cadáver está formada por varios enmallados de fique. Nótese los núcleos de origen, superior e inferior, del tejido.

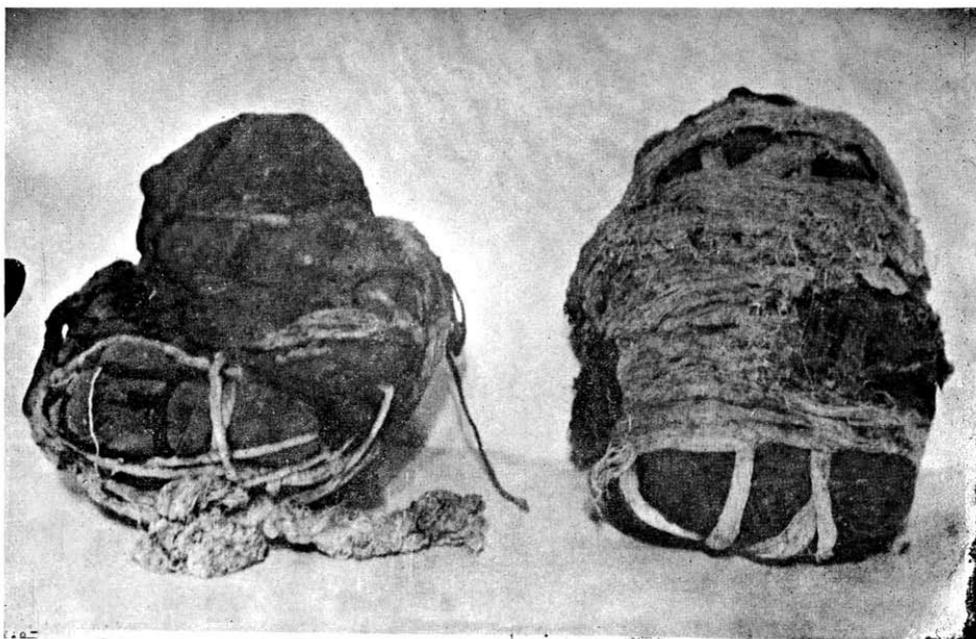


Figura 6.- Momias de Chiscas. Los fardos corresponden a niños de corta edad. Obsérvense las mantas que envuelven el cadáver y las madejas de hilos, entrecruzadas y anudadas.

caban sobre el suelo, contra las paredes de las cavernas, “como en Tunja y el Cocui”. Tales cadáveres, puestos en la cavernas –agrega–, se momificaban ya por causa de embalsamamiento, ya por las condiciones de sequedad del terreno.

Intentando establecer el paralelo que con tan curiosa práctica de los Lache ofrecen usos mortuorios de otros nativos colombianos, nosotros, fundándonos en relaciones de varios historiógrafos antiguos y modernos, presentamos, por el momento, las anotaciones que ponemos a continuación. Cuando los españoles tocaron los umbrales de la Sabana de Bogotá, vasallos del Zipa, bien armados y en número de más de quinientos ⁽¹⁾, salieron a rechazarlos, llevando por delante ciertos cuerpos muertos, enjutos, muy secos y mirrados ⁽²⁾, adornados con ricas joyas, que debían ser de personas que durante su vida se distinguieron en las batallas y cuya virtud y ejemplo los naturales confiaban en la victoria. De los castellanos que llegaron a Sogamoso en demanda del Templo del Sol, los soldados Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, se apresuraron a penetrar al santuario, en el que hallaron, dispuestos sobre bien armadas barbacoas, hombres difuntos, secos, adornados de finas telas, joyas de oro y otros ornamentos, todo lo cual los hizo colegir que las momias correspondían a personas calificadas ⁽³⁾. Mientras Restrepo Tirado ⁽⁴⁾ observa que los sacerdotes de Sogamoso eran secados a fuego lento y colocados en departamentos especiales, sin resolverse a decir si tales departamentos correspondían a algún lugar del mencionado templo o de cavernas, Don Miguel Triana ⁽⁵⁾ anota que las momias halladas en el santuario de Sogamoso eran de sacerdotes.

El Padre Simón, refiriéndose a los indios de Bogotá, indica que algunos secaban los cuerpos de sus difuntos a fuego manso en barbacoas ⁽⁶⁾. De los indios de Tunja, escribe Oviedo, que colocaban los muertos en santuarios y casas de oración, sobre ciertas camas o barba-

(1) Castellanos (Juan): Historia del Nuevo Reino de Granada. Madrid, 1886. Tomo I. Pág. 98.

(2) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 182.

(3) Castellanos. Ob. Cit. Pág. 182.

(4) Restrepo Tirado. Ob. Cit. (Estudio sobre los aborígenes de Colombia). Pág.404.

(5) Triana (Miguel): La Civilización Chibcha. Bogotá, 1921. Pág. 141.

(6) Padre Simón. Ob. Cit. Tomo II. Pág. 310.

coas provistos de sus riquezas ⁽¹⁾. De los naturales de la misma provincia, don Vicente Restrepo observa, que a la muerte de alguna persona noble o principal que no fuera cacique, le vaciaban el vientre, secaban el cuerpo a fuego lento en una barbacoa, lo henchían de oro en tejuelos y en otras formas, y de esmeraldas, y lo envolvían en mantas con muchas ligaduras. En tal estado, lo colocaban sobre una especie de camas grandes, algo altas, que tenían en uno de los lados interiores de sus templos ⁽²⁾. La relación de este historiador coincide exactamente con la que de modo general da Oviedo para los Chibcha ⁽³⁾.

Lo ordinario, dice el Padre Simón, era que a los reyes y caciques en muriendo les extraían los intestinos y con una resina que llamaban mocoba, hecha de unos higuillos de leche pegajosa, mezclada con otras cosas, embalsamaban el cuerpo; después de llorados en sus casas durante seis días, y una vez envueltos en ricas mantas de algodón y provistos de armas, adornos, alimentos y bebidas, eran colocados en unas bóvedas o cuevas destinadas para esto ⁽⁴⁾. Cuando el Zipa moría –dice Uricoechea–, los sacerdotes embalsamaban su cuerpo, lo envolvían en ricas mantas e introducían el cadáver en un tronco de palma hueco, entapizado de oro por dentro y por fuera, y lo sepultaban sigilosamente ⁽⁵⁾. Los cuerpos de los caciques y señores, anota Oviedo en otro lugar, eran colocados en ataúdes de oro y llevados a ciertas lagunas, donde eran arrojados junto con joyas de oro y cuantas preceas poseían en la vida ⁽⁶⁾. Quizás no convenga conceder mucho alcance a las afirmaciones de estos dos últimos historiadores, pues, aparte de que la usanza común con respecto a los reyes y caciques debió ser la extracción de las vísceras y el embalsamamiento con resinas o sustancias de propiedades antisépticas, el costoso funeral de que dan relación debió practicarse en raros casos.

En su Nueva Geografía de Colombia, y refiriéndose de manera general a los Chibcha, Vergara y Velasco nos dice que “en unos puntos se extraían las vísceras para rellenar el cuerpo con objetos preciosos; en otros se exponían al viento los cadáveres, para que se momificaran,

(1) Oviedo. Ob. Cit. Tomo II. Pág. 398.

(2) Restrepo (Vicente): Los Chibchas antes de la Conquista Española. Bogotá, 1895. Pág. 118.

(3) Oviedo. Ob. Cit. Págs. 410-411.

(4) Simón. Ob. Cit. Pág. 310.

(5) Uricoechea. Ob. Cit. Pág. XXXVIII.

(6) Oviedo. Ob. Cit. Págs. 410-411.

en catafalcos contruidos en torno de los templos; otros se secaban al fuego, y aún algunos se echaban al agua”⁽¹⁾.

En cuanto a las sustancias empleadas en el embalsamamiento, son escasas y poco concretas las noticias transmitidas por los historiadores. Fuera de la anotación ya apuntada del Padre Simón, Fray Esteban de Asencio refiere que a un cacique de Bogotá le extrajeron las vísceras y lo embalsamaron con un “bálsamo en polvo” que, en término de ocho horas hacía “expirar la grasa y sangre del cuerpo humano y queda mirrado”⁽²⁾. Los cuerpos que llevaban los Chibcha a la guerra estaban sin carne, con la sola armadura de los huesos, asidos por las coyunturas⁽³⁾, y “eran conservados por medio de ingredientes”⁽⁴⁾.

Resulta, de acuerdo con los historiadores, que la preparación o momificación de los cadáveres para su conservación en templos o en cuevas, entre los Chibcha, no obedeció a un sistema uniforme. El proceso operatorio para evitar la corrupción de los cuerpos varió con las diferentes tribus, y los procedimientos más generalmente empleados fueron dos: extracción de las vísceras abdominales seguido de aplicaciones con sustancias antipútridas, y secamiento al fuego con o sin extracción de las vísceras⁽⁵⁾.

El embalsamamiento o momificación implica un tratamiento largo y penoso. Por lo mismo, debió estar limitado, con especialidad, para determinados personajes, que por su posición en la sociedad, en el ejército o en el sacerdocio, eran dignos de este ritual mortuorio. No obstante, los hallazgos hechos en diferentes épocas, tanto en Cundinamarca como en Boyacá, parecen indicar que tal costumbre alcanzó una relativa frecuencia.

Es indudable que entre los métodos de embalsamamiento o momificación, los de tipo sencillo fueron los más corrientes, y quizás algunas castas de la población tenían libertad para practicarlos con sus muertos.

(1) Vergara y Velasco. Ob. Cit. Pág. 901.

(2) De Asencio (R. P. Fray Esteban): Memorial de la Provincia de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada. De la Orden de San Francisco 1550-1585. Publicado por vez primera por el R. P. Atanasio López O.F.M. Madrid, 1921, Pág. 43.

(3) López de Gómara (Francisco): Historia General de las Indias. Calpe. Madrid, 1941. Pág. 147.

(4) Restrepo V. Ob. Cit. Pág. 106.

(5) No es posible saber por el momento si los Chibcha extraían o no los órganos cerebrales.

Corrían los años de la Colonia y, siendo doctrinero de Suesca, el Padre Pedro Mártir de Cárdenas, tuvo noticias de una cueva en la cual los indios colocaban los cuerpos momificados de los que morían en su gentilidad ⁽¹⁾. Fuese a ella el sacerdote doctrinero, acompañado de un mulato, llamado Martín Caballero, y quitando la losa que cerraba la cueva, entraron a ella y hallaron más de ciento cincuenta muertos sentados en rueda, en medio de los cuales estaba el cacique, que se distinguía de los demás por los adornos de cuentas en los brazos, en el cuello y por un turbante en la cabeza.

No parece muy dudoso, pues, que la momificación se hubiera prolongado durante el primer siglo de coloniaje. De una cueva situada entre Leiva y Moniquirá sacaron gran número de momias, “una de ellas sentada en un asiento bajo y con arco y flecha en la mano” ⁽²⁾. Igualmente, en Tunja, han sido halladas momias bien conservadas, algunas con mantas finas. Estas momias “están sentadas, con los dedos pulgares atados juntos con torzales de algodón” ⁽³⁾. De las cavernas naturales de Gámeza fueron extraídas varias momias hace pocos años.

En una de las salas dedicadas a la cultura Chibcha, del Museo Arqueológico Nacional, se exhiben cinco momias (Números 38–I: 771, 773, 774, 776 y 777, del Catálogo) cuya procedencia exacta no es bien conocida, pero creemos que ellas provienen del territorio chibcha. Todas ofrecen buena conservación y presentan los miembros recogidos: los inferiores doblados y contra el pecho, los pies muy juntos y aproximados a las nalgas. Una de ellas (774) muestra las piernas cruzadas. Los superiores están igualmente contra el pecho, con las manos llevadas hacia la quijada (771 y 774), hacia el lado izquierdo y contra la mejilla (773 y 776), o simplemente al cuello, con las manos juntas, atados los pulgares (777), o cruzados todos los dedos y ligados los meñiques (771) con una cuerda de algodón. En nuestras observaciones preliminares, sólo notamos en una de ellas apariencias de haber sido secada al fuego ⁽⁴⁾.

A juzgar por hallazgos hechos en cercanías del Municipio de Los Santos, a fines de 1939, en la “Cueva de los Indios”, y que el doctor

(1) Zamora. Ob. Cit. Págs. 337-338.

(2) Restrepo V. Ob. Cit. Pág. 119.

(3) Zerda (Liborio): El Dorado. IV. En Papel Periódico Ilustrado. Bogotá, 20 de mayo de 1882, No. 16. Pág. 255.

(4) Estas momias serán sometidas a examen al tiempo con las de Chiscas.

Schottelius estudió ⁽¹⁾, entre los Guanes se observó también la momificación, en adultos y en niños. Las momias de la mencionada cueva se hallaron en posición extendida, envueltas en grandes mantas, atadas con nudos en la cabeza y en los pies. La momificación parece haberse realizado sin extracción de las vísceras.

La conservación de los cadáveres por medio de embalsamamiento o momificación estuvo en uso entre los Chitarero. Hablando de las costumbres de algunas tribus de Santander, el Padre Rocheraux, da cuenta de una momia hallada en Silos ⁽²⁾. En nuestras cortas investigaciones realizadas en varias cuevas próximas a la mencionada localidad, en abril de 1944, pudimos darnos cuenta de la relativa frecuencia que tal costumbre alcanzó entre estos indios. Desgraciadamente las cuevas que visitamos habían sido saqueadas por curiosos o por gentes que, sospechando existencia de riquezas, no sólo destrozaron los envoltorios, junto con los cadáveres, sino que removieron completamente los pisos. A juzgar por una momia, bien conservada, procedente de Silos, que actualmente exhibe el Museo del Seminario de Pamplona, y por relatos de los mismos profanadores de las reliquias arqueológicas, la disposición del muerto, con los miembros en perfecta flexión, recuerda exactamente la que hemos apuntado en nuestras momias de Chiscas.

En las serranías de Ocaña, nos dice don Antonio Julián ⁽³⁾, se hallaron momias o “muertos sin corrupción..., en cuclillas, abrazando con las manos cruzadas las piernas hacia las rodillas”.

Entre los indios Muzo, a la muerte de algún principal secaban el cadáver al fuego, luego lo embalsamaban con cierto betún hediondo que tenían ⁽⁴⁾ y lo colocaban sobre una barbacoa, armado con sus flechas, macanas, y lo enterraban al fin del año ⁽⁵⁾.

Los indios Colima de la Palma, ponían los difuntos al humo o calor, del fuego hasta secarlos y enjugarlos ⁽⁶⁾. Después los metían en unos

(1) Schottelius (J. W.): Arqueología de la Mesa de Los Santos. Educación. Publicación de la Escuela Normal Superior. Bogotá, 1941. Nos. 2-3. Págs. 137-150.

(2) Rocheraux (H.): La Momia Americana. Colombia, Organó del Centro Colombia. Pamplona, 1923. No. 1. Págs. 4-5.

(3) Julián (Don Antonio): La Perla de América, provincia de Santa Marta, Madrid, 1786. Pág. 266.

(4) Herrera. Ob. Cit. Vol. 4. Dec. VIII. Pág. 78.

(5) Piedrahita. Ob. Cit. Tomo II. Pág. 264.

(6) Aguado. Ob. Cit. Tomo III. Pág. 324.

silos redondos y hondos, provistos de sus arcos, flechas, adornos y otras haciendas que poseían en la vida.

El morir en la guerra era mirado por los indios Bonda como una gran honra, aunque no lograsen ninguna victoria ⁽¹⁾. Además de las ceremonias y cantos que hacían en honor de sus muertos habidos en la guerra,

*“...en una barbacoa se procura
Al cuerpo suponer brasas ardientes,
Y recoger en vasos la grosura
Por ministros que tienen competentes,
La cual beben en tanto questo dura
Los más aventajados y valientes;
Después dan al sepulcro la ceniza,
A la cual su linaje solemniza”*

dice en uno de sus cantos el célebre cura de Tunja.

En tribus de indios Condaguas, relata Oviedo, halló Alfinger “un buhío a manera de mezquita o casa de oración desta gente, dentro del cual estaban cuatro palos hincados en tierra, teñidos de color roxa de brea, y ocupaban cuarenta pies de espacio en cuadro, porque de un palo a otro había diez pies; y estaban cercados de mantas pintadas, y las cabezas de los palos tenían sendos rostros de hombres de relieves entallados y pintados de la misma color, y dentro de este entoldamiento o cuadra estaba un cuerpo muerto de un indio, metido en un ataúd de madera y muy bien hecho, y envuelto aquel difunto en dos mantas blancas de algodón, y el ataúd colgado de otra manta blanca, y de fuera de la cámara estaban dos catauros, que son a manera de cestas llenas de cortezas de encienzo o de tales árboles, que olían como encienzo a manera de goma mezclada allí con ello del mismo color; y muchos arcos y flechas a la redonda colgados” ⁽²⁾. No es dudoso que el cuerpo muerto de que da cuenta el cronista correspondiera a un señor principal o sacerdote, y que para su conservación haya sido preparado, ya por medio del secamiento al fuego o mediante embalsamamiento con algunas sustancias.

Sobre el uso de la momificación entre los indios del Zinú, don Luis Arango C., transcribe, en su interesante obra “Recuerdos de la

(1) Castellanos: Obras. Prólogo del Dr. Caracciolo Parra. Caracas, 1930. Vol. I. Pág. 495.

(2) Oviedo. Ob. Cit. Vol. II. Pág. 277.

Guaquería en el Quindío”, una relación de Enciso de sumo interés: “cuando muere algún hombre principal o algún hijo suyo, sácanle las tripas y lánvanlo con ciertas cosas, y después lo untan, y encima de aquello ponen lana de algodón teñido de diversos colores, que se pega al cuerpo, y cubierto de aquello, pónenlo en una humaca, de donde hacen el fuego, y así lo tienen; yo me acerqué a tomar un lugar llamado Catarapa a donde hallamos más de veinte muertos puestos de esta manera en las casas” ⁽¹⁾.

El embalsamamiento y disecado al fuego, estuvo igualmente en uso entre los indios del Darién. Posada Arango, anota que estos naturales extraían las vísceras a sus muertos, les llenaban las cavidades con resinas y los secaban al fuego, para así conservarlos en sus casas, tendidos en hamacas o puestos en cajas de madera, en cuyas tapas esculpían la figura del difunto o las de diversos animales ⁽²⁾.

A la muerte de un señor entre los Cueva, refiere Herrera en una de sus décadas ⁽³⁾, vestían “a los muertos las armas más ricas, i envueltos en mantas los tenían algún día: i el hijo heredero, con los más principales, le colgaban con buenos cordeles al fuego, donde se desecaba, i la grasa del cuerpo se recogía en vasijas. Mientras esto duraba, estaban sentados, alrededor del cuerpo, doce hombres de los más principales, cubiertos cuerpo, i brazos con mantas negras, i de rato en rato, tocaban un atambor ronco, que parecía tocar a duelo: i en acabando el que tocaba, comenzaba un canto, a manera de responso”.

Entre las preciosas noticias dejadas por Oviedo, muy interesantes con las relativas a costumbres observadas por los indios vasallos del Cacique Comogre. Cuando moría algún señor, “toman su cuerpo e asiéntanle en una piedra o leño; y en torno dél, muy cerca, sin que la braza ni la llama toque en la carne del defunto, tienen muy gran fuego y muy contínuo, tanto que toda la grasa e humedad le sale por las uñas de los pies e de las manos e se va en sudor e se enjuga, de manera que el cuero se junta con los huesos” ⁽⁴⁾. Seco y enjuto el cadáver lo colocaban al lado de los de otros señores que tenían dispuestos en lugares especiales de las habitaciones. Ponderando la casa de Comogre, Herrera

(1) Arango C. (Luis): Recuerdos de la Guaquería en el Quindío. Bogotá, 1943. Tomos I y II y Suplemento. Tomo II. Pág. 57.

(2) Posada Arango (Andrés): Ensayo Etnográfico sobre los Aborígenes del Estado de Antioquia en Colombia. París, 1871. Págs. 18-19.

(3) Herrera. Ob. Cit. Vol. I. Dec. II. Pág. 67.

(4) Oviedo. Ob. Cit. Vol. III. Pág. 155.

refiere que en ella había “una gran sala, o pieza muy secreta, con muchos cuerpos de hombres muertos, secos, colgados con unos cordeles de algodón, vestidos y encubiertos con mantas ricas de lo mismo, entretejidas con joyas de oro, i ciertas perlas i piedras, que ellos tenían por preciosas, i estos eran de sus padres, i abuelos, i deudos, a quién Comogre tenía en suma reverencia... aquellos cuerpos los secaban al fuego, para hacerlos perpetuos sin corrupción” ⁽¹⁾.

Entre los nativos de la provincia de Popayán “a unos enterraban debajo de la tierra, a otros ponen al humo, donde se seca, y así seco, le guardan” ⁽²⁾.

Muerto un señor entre los indios de la provincia de Ancerma, ponían el cuerpo en una barbacoa y mediante dos fuegos lo hacían desengrasar hasta que quedaba completamente seco. Una vez disecado y enjuto el cadáver, lo “pintaban con bija colorada, “adornábanlos con sus chaquiras” y brazaletes y demás joyas que durante su vida acostumbraba lucir en sus fiestas; y envuelto en muchas telas de algodón, bien dispuestas y cosidas, lo conservaban durante dos meses en la casa, donde cada noche celebraban fiestas, se emborrachaban y cantaban las hazañas que el finado había hecho en su vida ⁽³⁾. A la muerte de alguno de los principales entre los nativos de Tauja, colocaban el cadáver en una hamaca, y mediante grandes hogueras que prendían cerca de él, lo secaban. Hechas las ceremonias de lloros, acompasadas de borracheras, envolvían el muerto en mantas y lo depositaban en un ataúd. Después de algunos años lo enterraban en sepulturas abiertas dentro de sus casas ⁽⁴⁾.

En la comarca que señoreaba el cacique Petecuy, hallaron los conquistadores una casa grande de madera, redonda y muy alta, con una puerta en medio y cuatro ventanas en lo alto ⁽⁵⁾. Así que penetraron a ella, en parte alta, “como tres o cuatro estados... a la re-

⁽¹⁾ Herrera. Ob. Cit. Vol. I. Págs. 229-230.

⁽²⁾ Varias noticias curiosas sobre Popayán. Colección de Muñoz. Tomo LXXXIX. En Jijón y Caamaño (J.): Sebastián de Benalcázar. Quito, 1938. Tomo II. Documento No. 7. Pág. 180.

⁽³⁾ Robledo (Jorge): Descripción de los pueblos de la provincia de Ancerma. Colección Muñoz: Tomo LXXXII. En Jijón y Caamaño (J.): Sebastián de Benalcázar. Quito, 1938. Tomo II. Documento No. 3. Páginas 69-70.

⁽⁴⁾ Cieza de León (Pedro): La Crónica del Perú. Madrid, 1922. Pág. 54.

⁽⁵⁾ Ibid. Pág. 91.

donda de la principal sala”, vieron en “cantidad de 400 hombres a los que habían... desollados y llenos de ceniza, y sin que les faltase figura y sentados en una silla juntos uno con otros con las armas con que los prendían puestas en las manos, como si estuvieran vivos” ⁽¹⁾. Castellanos, quién coincide con la relación de Andagoya en el número de cuerpos embalsamados, agrega que había “otras casas, desta suerte llenos. También a seis y a diez, y a mas o menos” ⁽²⁾. Estos hombres que habían tomado en la guerra los abrían “con cuchillos de pedernal y los desollaban” ⁽³⁾, y después de comerles las carnes los preparaban en las habitaciones, en la forma anotada por los cronistas.

Don Luis Arango C., gran conocedor de la g.uaquería desarrollada en la extensa y variada comarca del Quindío, asiento que fue de pueblos aborígenes, entre los que principalmente hay que contar los Quimbayas, nos trae, en su obra antes citada, datos de sumo interés.

En el sitio del Caimo –nos dice–, los g.uaqueros hallaron una tumba que “tenía un solo difunto acostado sobre guasca; de los muslos hacia los pies cubierto de chaquiras por almudes; la cabeza y el resto del cuerpo hasta los muslos cubiertos de una tela gruesa de algodón. “Este cadáver era una especie de momia, pues estaban todos los huesos unidos por las coyunturas, de tal manera que ni los huesos de los dedos estaban desunidos; los g.uaqueros arrastraban este esqueleto sin que se le desunieran los huesos. Tenía además dos tazas de barro” ⁽⁴⁾. En el lugar conocido con el nombre de la Argentina, “cerca a la puerta angosta de la bóveda había enterrados dos indios sentados que no tenían riqueza; adelante de las ollas y en un rincón estaba un indio bien acostado, en forma de momia, pues los huesos estaban unidos por los cartílagos; a los g.uaqueros les dio trabajo despegar los huesos por las articulaciones; tenía una diadema de tumbago de d.10 pulg. por 3 de anchura” ⁽⁵⁾. En una “guaca”, hallada

⁽¹⁾ Andagoya (Pascual): Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las Provincias de Tierra Firme o Castilla de Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costa del Perú y Nicaragua (Original en el Archivo de Indias en Sevilla, Relación y Descripción, leg. II). 1514-1541. En Jijón y Caamaño. Ob. Cit. Documento No. 2. Pág. 56.

⁽²⁾ Castellanos. Ob. Cit. (Obras. Prólogo del Dr. Caracciolo Parra). Vol. II. Pág. 141.

⁽³⁾ Cieza de León. Ob. Cit. Pág. 91.

⁽⁴⁾ Arango C. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 145.

⁽⁵⁾ Ibid. Pág. 167.

en la Tebaida encontraron un cadáver en pie y “tenía la particularidad de que los indios quemaron el cadáver a fuego lento, de tal manera que las articulaciones no se despegaron de los huesos. Para esta operación parece que primero le hayan sacado toda la carne, y los huesos, unidos por los cartílagos fueron quemados; este esqueleto carbonizado lo enterraron de pies, acuñándolo con tierra”⁽¹⁾. Finalmente, en el sitio llamado Palomino, los guaqueros hallaron una tumba con “quince cadáveres, seis libras de oro fino y tumbago; trastos de barro y caciques de lo mismo, de trabajo ordinario, lo mismo que cinco piedras con molino. Se halló un cadáver acostado sobre cáscaras de amagua; este cadáver era una momia, media 2 v. de altura y estaba disecado, pues tenía toda la piel y la cabellera unida a ella, esta última bajándole a la espalda era negra, áspera y abundante”⁽²⁾.

El uso entre los Quimbayas de la momificación de los cadáveres no deja duda. Y en ella, a juzgar por las noticias de Arango C., el fuego desempeñó importante papel.

Aun cuando los testimonios de ese autor nos hacen sospechar que en el embalsamamiento haya habido extracción de las vísceras, no creemos que, de haberse practicado, hubiera constituido regla invariable, tanto más cuanto que, no sólo en unas mismas tumbas sino en las diferentes necrópolis o “pueblos” del Quindío, la variedad de actitudes de los cadáveres (extendidos, contraídos, de pies) y los sistemas inhumatorios (cremación, momificación, enterramiento parcial del cuerpo, colocación del muerto directa o indirectamente sobre el piso, o ya en excavaciones practicadas en él, ora en nichos abiertos a los lados de la cámara, o en receptáculos de madera, piedra y, posiblemente, dentro de grandes cántaros de barro), una y otros con sus diversas modalidades, hicieron anotar al señor Arango que, “el sistema que los indios tenían para enterrar los cadáveres varía hasta en cada pueblo”⁽³⁾.

Una revisión de lo apuntado sobre prácticas funerarias de los Lache, y de las perspectivas, que por el momento, nos ofrece el paralelo que buscamos de la momificación del cadáver entre los nativos colombianos, nos permiten puntualizar las siguientes consideraciones:

1.– Nuestras investigaciones adelantadas hasta el momento en el país de los Lache, nos autorizan para asignar a esta gente los usos funerales siguientes:

(1) Arango C. Ob. Cit. Tomo II. Pág. 77.

(2) Arango C. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 175.

(3) Ibid. Pág. 169.

- a) Inhumación en cuevas o grutas naturales (Jericó, Chita y Chiscas);
- b) Inhumaciones individuales de cadáveres en fosas ovales o elípticas, o simplemente depositados en la tierra, sin gran cuidado, y cubiertos con tierras revueltas o basurales (Jericó);
- c) Momificación (Chiscas y Jericó);
- d) Cremación (Chiscas).

El desorden en que encontramos las reliquias arqueológicas en las cuevas nos impide fijar la disposición o disposiciones del muerto; y aun cuando nos asisten sospechas sobre colocación extendida del cadáver, no nos pronunciamos definitivamente en su favor.

La colocación del muerto en los entierros individuales, con los miembros en perfecta flexión, recuerda la muy inveterada costumbre registrada en Sogamoso, lo mismo que disposiciones semejantes en Tunja y Soacha.

Creemos que la momificación estuvo limitada a una clase social particular, que se hizo acreedora a este ritual funerario.

En cuanto a la cremación, el registro hecho en la necrópolis de Chiscas nos enseña que la incineración existió entre los Lache, sin que por el momento conozcamos la frecuencia de tal uso y los individuos que eran objeto de ella.

2.- Observando en la carta los lugares de existencia de la momificación o embalsamamiento del cadáver entre los nativos colombianos, advertimos que tal costumbre corre de una a otra parte del mapa, sin detenerse ante las diferenciaciones impuestas por la topografía, el clima y la flora. Si bien ahora no vamos a examinar las motivaciones de este ritual mortuorio –manifiesto en varias áreas o sub-áreas culturales–, ni a indagar sobre el acuerdo que puedan presentar con ella otras costumbres relacionadas con la muerte (aniversarios, cabos de año, luto, restricciones, tabú de los nombres, abandono o destrucción de la propiedad, etc.), anotamos que tan pronto se asocia a sistemas como la cremación (Chiscas, Los Santos, Ocaña; El Quindío; Popayán, etc.), aparece en sitios donde ocurren entierros en urnas (Cundinamarca, Ocaña, Costa Atlántica, Zinú, Quindío etc.), ora en lugares donde la disposición del muerto reviste notable variedad (Quindío, Cundinamarca y Boyacá), o ya en zonas donde se encuentra el descarnamiento del cadáver seguido de la coloración en rojo del esqueleto (Cundinamarca), o la inhumación parcial del finado (Quindío), todo lo cual nos sugiere que tanto la momificación como otras prác-

ticas funerarias han tenido una historia menos sencilla y menos fija de lo que pudiera pensarse ⁽¹⁾.

II. CULTURA MATERIAL

a) *Vivienda.*

En relación con el género de vivienda de los indios Lache, las investigaciones arqueológicas realizadas en el sitio donde verosíblemente existió el pueblo indígena de “Ura”, a cuatro kilómetros al SE del corregimiento de Cheba, y en jurisdicción de Jericó, nos proporcionaron las primeras seguras noticias.

Como ya lo dejamos anotado en otro lugar, el sitio corresponde a un plano inclinado, muy favorable al deslizamiento de las tierras que, en su movimiento, han destruido o sepultado muchas ruinas importantes. No obstante esta mala circunstancia, en más de doce explanadas o patios de formas irregulares, reconocimos restos de muros de piedra, que enmarcan, unas veces, un espacio rectangular, otras, uno circular. Tales ruinas corresponden a habitaciones indígenas. La distribución de ellas aparentemente no muestra ninguna regularidad, y los fragmentos de muro que quedan en pie, indican que las edificaciones fueron muy bajas.

En algunas de las construcciones de plano circular, el alzado de los muros muestra un ligero movimiento hacia adentro, siendo sospechable que el bohío haya tenido una ligera forma de colmena. Las piedras utilizadas en los muros son lascas o lajas muy irregulares, y están asentadas en una argamasa algo dura. Las juntas de las piedras nunca son perfectas, de suerte que frecuentemente dejan luces o huecos. En las construcciones menos toscas el aparejo de las piedras se hizo por hiladas horizontales. El espesor de las paredes va de 25 a 30 centímetros, aunque la base de algunas es algo mayor. Ningún revestimiento o enlucido registramos en las ruinas que alcanzamos a explorar.

Las viviendas, en general, son muy pequeñas. En término medio la altura máxima, estimada por los restos de paredes reconocidas, no pasa de 1m60, en los bohíos de planta rectangular. En las de plano circular es algo menor. El diámetro máximo en las de este tipo varía de 1m80 a 2m00. En las de plano rectangular, la anchura no va más allá de 1m40 y de 2m00, la longitud.

⁽¹⁾ El autor prepara un estudio que se publicará más tarde, sobre los sistemas funerarios de los colombianos nativos.

La autenticidad de estas ruinas arqueológicas está apoyada por las palabras del Padre Aguado, quien al referirse a la contienda habida en Ura entre castellanos y aborígenes, dice que una vez vencidos los naturales y echados de su pueblo, los cristianos ocuparon sus casas, cuyas paredes eran de piedra, toscamente hechas y cubiertas de paja ⁽¹⁾.

Que la cubierta haya sido de paja, es lo más seguro, pero es probable, también, que, en algunos casos, al elevarse las paredes, las piedras dispuestas en hiladas horizontalmente fuesen avanzando hacia adentro para constituir una falsa bóveda como techo del rancho.

Muy cerca de la población del Espino, en el sitio actualmente llamado La Plazuela o San Francisco, reconocimos ruinas de una estructura rectangular, bastante grande. Por desgracia el trabajo agrícola llevado a cabo constantemente en el mencionado lugar no ha tenido ningún cuidado con estas reliquias, y antes bien se han extraído de los cimientos piedras para arreglo de calles, cercas, etc. Tales circunstancias nos imposibilitan establecer con exactitud las dimensiones de esta edificación aborígen. Verosímilmente, los restos que aún quedan, indican, que se trata de una construcción de planta rectangular. El señor Jesús Antolínez que hace años vio en estado mejor aquellas ruinas, anotó las siguientes medidas: longitud del plano 29m50; anchura de 6 a 7 metros ⁽²⁾.

Estas antigüedades están emplazadas en un sitio alto, plano y pintoresco, y en todos sus contornos se hallan fragmentos de cerámica, lo mismo que cuentas de collar de piedra pulimentada. Los vecinos guardan la tradición de que en tal sitio existió un templo indígena y no dudan en señalar estas estructuras de piedra como ruinas de él. Lo que por el momento nosotros podemos aseverar es que se trata del tipo de construcción rectangular de piedra más grande registrado hasta el presente en el país de los Lache.

b) *Ocupaciones.*

Los terrenos son bastante fértiles, en general, siendo particularmente fecundos en Chita, Jericó, Cheba, el Cocuy, Güicán y Chiscas. Los nativos se aprovecharon de ellos para la labor agrícola, de la cual, como de otros trabajos penosos, se encargaban principalmente las mu-

(1) Aguado. Ob. Cit. Tomo I. Pág. 264.

(2) Antolínez W. Ob. Cit. (Monografía del Municipio del Espino). Pág. 29.

jeros, pues los hombres se ocupaban de la guerra ⁽¹⁾. Entre los cultivos que por ahora podemos señalar está el maíz.

Aprovechando igualmente las abundantes fuentes saladas de su territorio, los aborígenes elaboraban la sal para su propio consumo y, posiblemente, también, para el comercio y el cambio con naciones vecinas.

En la industria textil, los Lache mostraron notable habilidad, habiendo utilizado como materias primas el algodón, el fique y el cabello humano. Las telas o mantas de algodón, los enmallados de fique, las cintas, cordones o trenzados de estos mismos materiales o de cabello, ponen de manifiesto el notable progreso logrado en los tejidos. La documentación histórica viene en nuestro apoyo. Hablando de la expedición de Espira por los Llanos orientales, Castellanos dice que, después de atravesar el río Cravo, que nace en la región de los Tunebo, llegaron a una provincia de gentes “en las culturas bien ejercitadas”. Explica, además, que en tal provincia –confinante con el Nuevo Reino de Granada–, hallaron “sal y ropa mantellina, y alguna joya de oro mal labrada” ⁽²⁾. Refiriéndose al viaje de Cúcuta al Totuyo hecho por el capitán Tolosa, el Padre Simón indica que treinta soldados, descontentos con el resultado de la jornada, se apartaron del Licenciado para seguir hacia el Nuevo Reino, al mando de Pedro Alonso de Hoyos. En efecto, caminando por faldas y serranías y flanqueando la cordillera por el lado de los Llanos, llegaron al río Casanare, y siguiendo sus márgenes, hallaron pedazos de panes de sal y finas mantas de algodón, elementos que les guiaron hasta Chita y el Cocuy ⁽³⁾. Tanto las mantas como la sal, eran precisamente producto de las industrias de los Lache. Al hablar de los artículos que eran objeto de tributación, el Padre Aguado anota que los Lache hacían mantas de sus propios cabellos ⁽⁴⁾.

NOTICIAS ARQUEOLÓGICAS

CERAMICA DE JERICO

Como ya lo dejamos advertido al principio de esta memoria, el material cerámico que estudiamos aquí es el obtenido de las excavacio-

(1) Ternaux-Compans (H.): *Essai sur L'Ancien Cundinamarca*. París. Sin fecha. Págs. 4-5.

(2) Castellanos. *Ob. Cit.* (Obras. Prólogo del Dr. Caracciolo Parra). Págs. 309-310.

(3) Pedro Simón. *Ob. Cit.* Tomo I. Pág. 376.

(4) Aguado. *Ob. Cit.* Tomo I. Pág. 376.

nes realizadas en el sitio de “Ura” (hoy Pueblo Viejo), en cercanías del corregimiento de Cheba y jurisdicción del municipio de Jericó. Aunque el número de piezas completas (12) y el de fragmentos (265) es bastante reducido, consideramos que su estudio podrá ser útil a los conocimientos, mayormente porque estimulará nuevas y más amplias investigaciones en el territorio de los Lache.

El material de fragmentos que analizamos fue el recogido en la tierra que servía de relleno o tapa de las tumbas, y del registrado superficialmente en el sitio mismo de las excavaciones, que, por no ofrecer diferenciaciones considerables en cuanto a estilos decorativos o calidad de la pasta con los materiales exhumados de las tumbas, no dudamos en sumar uno a otro estos restos arqueológicos.

La colección presentada en este estudio es solamente una mínima porción del material que pueden arrojar varios sitios por excavar en el antiguo pueblo de Ura. La clasificación fue hecha en el laboratorio y al realizarla quedaron excluidos varios fragmentos atípicos y materiales deslavados que no pudieron encajar en ninguna de las agrupaciones.

De acuerdo con el método empleado aquí, y del cual más adelante damos completos detalles, el primer resultado de nuestra clasificación —con base en el color, técnica decorativa o aspecto—, es el cuadro sinóptico que viene a continuación.

CUADRO SINOPTICO

Cerámica Decorada:

- I.— Grupo.—Cerámica con Decoración Pintada.
- II.— Grupo.—Cerámica con Decoración Incisa.
- III.— Grupo.—Cerámica con Decoración de Pastillaje.
- IV.— Grupo.—Cerámica con Decoración Modelada.

Considerados en particular, de cada uno de estos grupos resultan los tipos y sub-tipos siguientes:

- I.— Grupo.—Cerámica con Decoración Pintada:
 - Tipo I.— Cerámica Anaranjada.
 - a) Rojo sobre naranja. Motivos decorativos formados a base de líneas regulares gruesas y líneas delgadas paralelas, formando, generalmente, motivos geométricos (ángulos, rectángulos, rombos o cuadrículas).

- b) Rojo sobre naranja. Motivos decorativos constituidos por líneas irregulares delgadas y medianas, lo mismo que puntos, sin formar motivos geométricos.
- c) Negro sobre naranja. Líneas regulares, gruesas y delgadas, paralelas. Figuras geométricas en ángulo o en espiral.

Tipo 2. Cerámica Crema.

- (a) Cerámica Crema con pulimento.
- (b) Cerámica Crema sin pulimento.

II.-Grupo.-Cerámica con Decoración Incisa: Grabada.

Tipo 1.-Cerámica con Decoración de Escobilla.

Tipo 2.-Cerámica con Decoración Rayada.

Tipo 3.-Cerámica con Decoración de Punción y Grabado.

Tipo 4.-Cerámica con Decoración de Grabado en el borde.

III.-Grupo.-Cerámica con Decoración de Pastillaje:

Tipo 1.-Cerámica con Decoración de Pastillaje modelado liso.

Tipo 2.-Cerámica con Decoración de Pastillaje modelado inciso.

IV.-Grupo.-Cerámica Modelada:

Tipo 1:

Con Modelado Inciso.

Con Modelado Liso.

Cerámica Lisa:

I.-Grupo.-Cerámica Tosca:

Tipo 1.-Cerámica Tosca con baño y poco pulimento.

II.-Grupo.-Cerámica Pulimentada:

Tipo 1.-Cerámica Crema-naranja.

Tipo 2.-Cerámica Crema-café:

- (a) Cerámica Crema-café con buen pulimento.
- (b) Cerámica Crema-café con poco pulimento.

Para hacer el análisis de la cerámica que presentamos, vamos a establecer dos sistematizaciones analíticas, una y otra con base en la clasificación, que el cuadro sinóptico presenta sintética y concretamente. La primera *presentará*, en *forma sistematizada* lo referente a las *formas* (y tratando de paso lo relacionado con el barro, condiciones de cocimiento, espesor, etc.). Otra, *presentará*, en la misma forma sistematiza-

da lo relativo a la *decoración* o aspecto (esto último en el caso de la cerámica *lisa* que no tiene decoración).

Primera Sistematización Analítica: Formas
(A, Grandes; B, Medianas; C, Chicas).

1.- *Ollas*:

1.-Con cuello y asas. En los tres tamaños (A, B y C), el cuerpo es generalmente de forma globular y de fondo redondo (Figs. 8 No. 2 g; 10 No. 2. b; 12 No. 2. b; 15-1). El borde es plano en algunas formas de B. pero comúnmente se muestra redondeado o biselado, estando, la mayoría de los casos, reforzado exteriormente por medio de una pastilla o cordón hasta de doce centímetros de ancho, y algo modelada en su unión con el borde. La mayoría de las veces, algo echado hacia fuera. Las asas son planas o suavemente redondeadas, yendo del borde al cuerpo de la vasija, o, arrancando un poco por debajo el borde para ir a soldarse a la barriga del recipiente. En los tamaños B y C se ofrece con alguna frecuencia el asa-cordón (Fig. 13. Nos. 1-c; 2-c).

El barro es de color amarillo crema. El sonido metalizado denuncia el buen conocimiento de la cerámica, bien que no faltan fragmentos que muestran en el interior de la pasta un núcleo grisoso, resultado, probable, de un imperfecto cocimiento. Desgrasante macroscópico: arenas rodadas y fragmentos de pizarra negra ⁽¹⁾. El espesor de cada una de las clases de ollas, en término medio, es de 8,7 y 4 mm., respectivamente. Hay casos particulares en que el grueso de las paredes sobrepasa al necesario.

En la manufactura de los recipientes se siguió el sistema de enrollado en espiral, utilizando anchas tiras de barro. Prescindiendo de dar medidas, siquiera aproximadas, de la cerámica fragmentada, en la cual no ha sido posible ninguna reconstrucción, sólo apuntamos las relativas a una olla mediana, bastante completa (Fig. 12. No. 2-b): altura total 10 cm.; diámetro del cuerpo en su parte más desarrollada 11.5 cm.; diámetro exterior de la boca 7.5 cm.; diámetro interior de la misma 7.0 cm.

2.-Sin cuello ni asas.- Esta clase de ollas se presenta en las formas B y C. Para cada una de ellas contamos con un ejemplar completo.

(1) Mientras no hagamos una especificación particular con respecto a las piezas enteras, se ha de entender que ellas quedan incluidas en la descripción general.

En éstas, como para las que por fragmentos acusan clase semejante, el cuerpo es siempre globular y el fondo redondo. Borde generalmente redondeado. En varias formas de B como en C, éste diverge un tanto, a la vez que se encuentra reforzado al exterior por medio de una pastilla. (Fig. 13. No. 2. B; 14-2), como en las vasijas antes descritas.

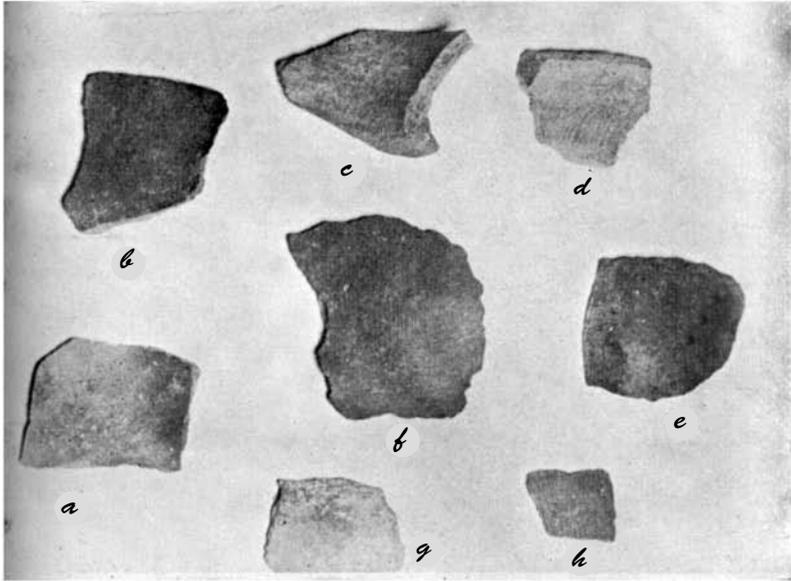
De las piezas completas que mencionamos, la chica exhibe, cerca del borde, dos perforaciones de excavación exterior cónica, diametral y simétricamente dispuestas (Fig. 11. No.2-d). El color de la pasta, la cocción, el desgrasante repiten lo anotado para las ollas con cuello y asas. Muy característico en esta clase de cerámica es el espesor que, en el fondo y zona media del cuerpo, sobrepasa al necesario: 12 mm., en término medio. El sistema de ejecución empleado es el de enrollado en espiral, exceptuando solamente la olla chica con las perforaciones mencionadas, que se confeccionó a partir de un bloque primario, al que se le fueron sumando sucesivas pastillas de barro hasta completar el recipiente. Las medidas de ésta, como las correspondientes al ejemplar mediano, son las siguientes:

	Altura.....	7.0 cm.
Olla Chica	Diámetro máximo del cuerpo.....	7.6 cm.
(C.)	Diámetro exterior de la boca.....	5.4 cm.
	Diámetro interior de la boca.....	4.4 cm.
	Altura.....	9.5 cm.
Olla Mediana	Diámetro exterior de la boca.....	6.0 cm.
(B.)	Diámetro máximo del cuerpo.....	11.5 cm.
	Diámetro interior de la boca.....	5.0 cm.

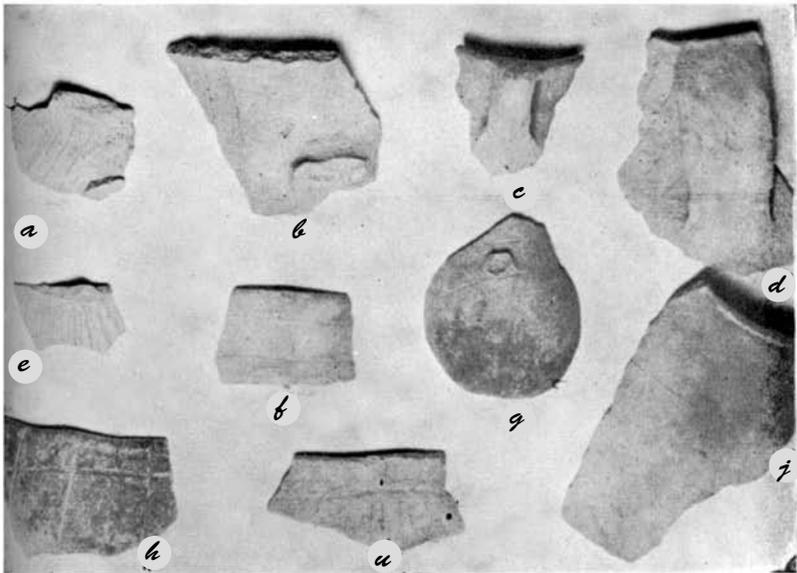
II.—Múcuras (Jarras).— En el material que estudiamos, los tres tamaños (A, B y C), están presentes. De las formas medianas contamos con dos ejemplares enteros, y una pieza para las chicas. Los fragmentos pertenecientes a las grandes y medianas nos permiten asignar al cuerpo de las vasijas correspondientes una forma globular, algo alargada en ciertos casos. La múcura entera chica, por ejemplo, participa de tal forma (Fig. 12 No. 1-b). Una de las múcuras medianas (Fig. 12 No. 1-c) exhibe una forma bien particular: sus partes superiores, correspondientes al desarrollo máximo del cuerpo, ofrecen proyecciones cónicas. En conjunto, las líneas del contorno general del recipiente dibujan una especie de escudo heráldico.



Figura 7.- Jericó. Perfiles en Cerámica Pintada. Escudillas: a, b, d, e, g, n.
Ollas: c, h, i, p. Platos: q.

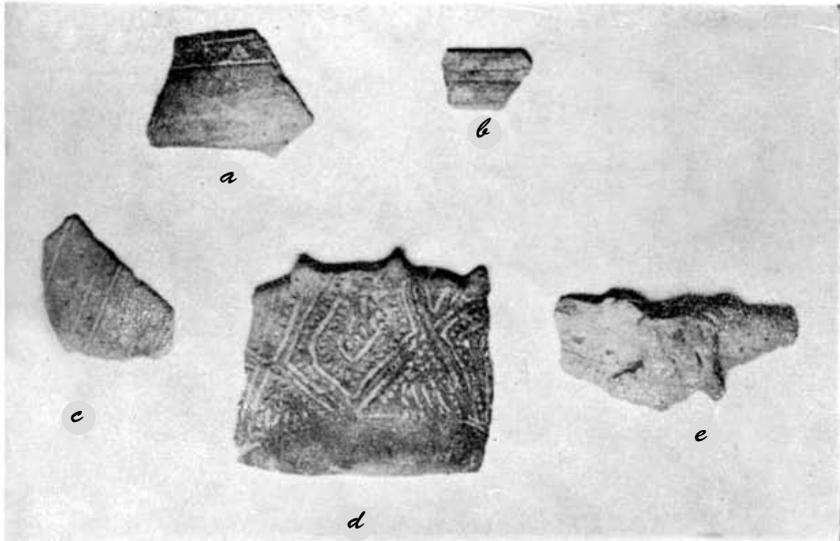


1



2

Figura 8.- Cerámica de Jericó. 1. Decoración de Escobilla- 2. Decoración Rayada.

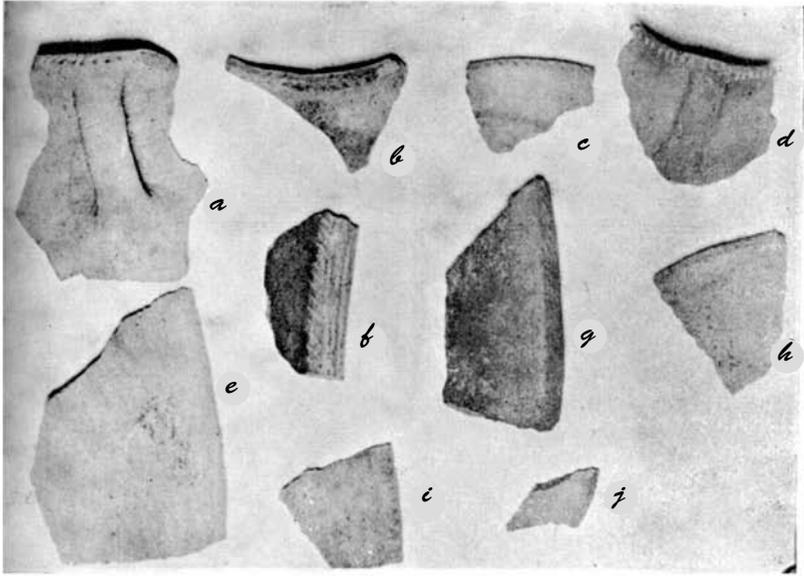


1

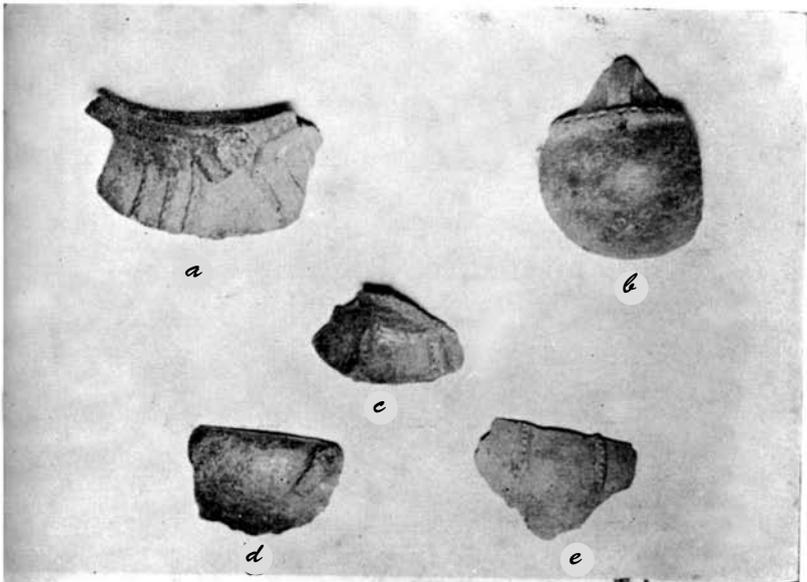


2

Figura 9.- Cerámica de Jericó. 1. Decoración con Punción y Grabado.- 2. Decoración con Pastillaje Inciso.

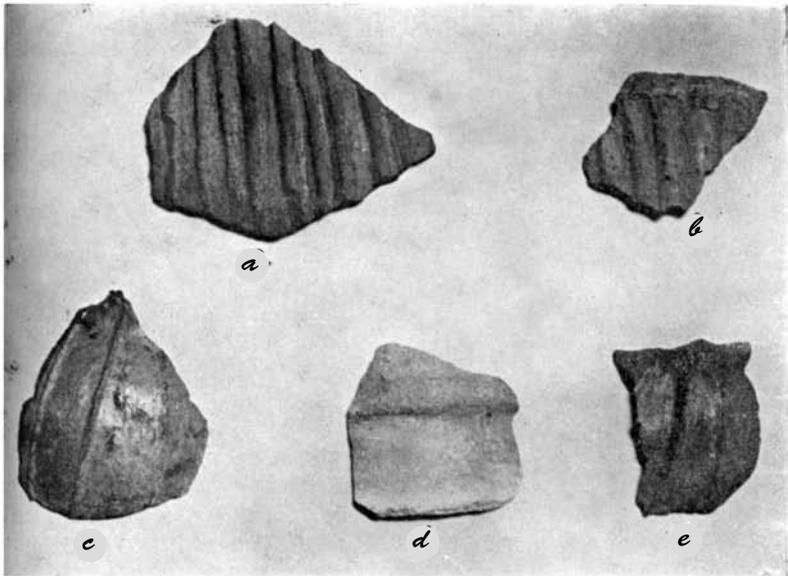


1

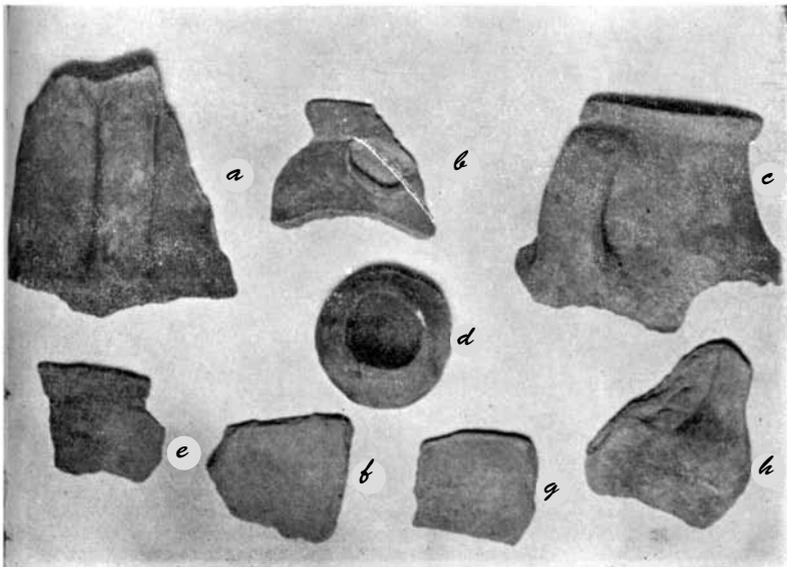


2

Figura 10.- Cerámica de Jericó. 1. Grabado en el borde. - 2. Pastillaje Inciso.

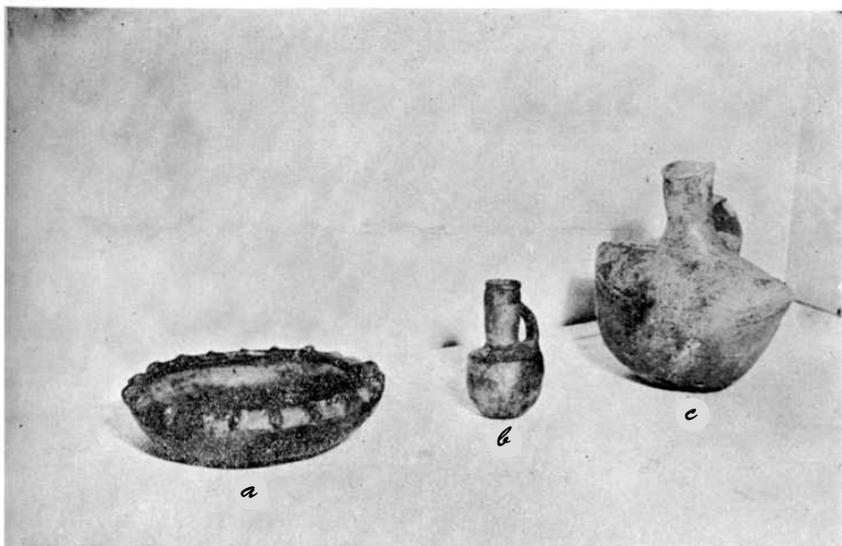


1

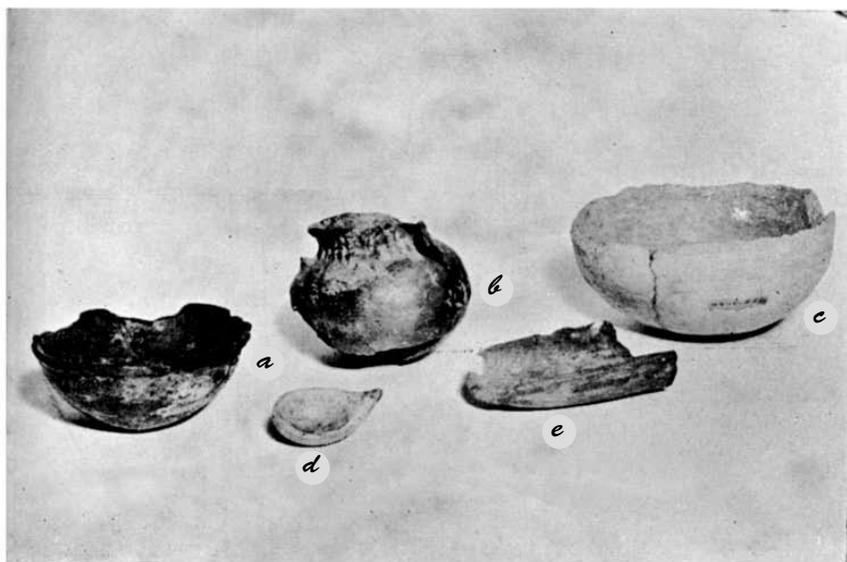


2

Figura 11.- Cerámica de Jericó. 1. Pastillaje Liso. - 2. Con baño y escaso pulimento.

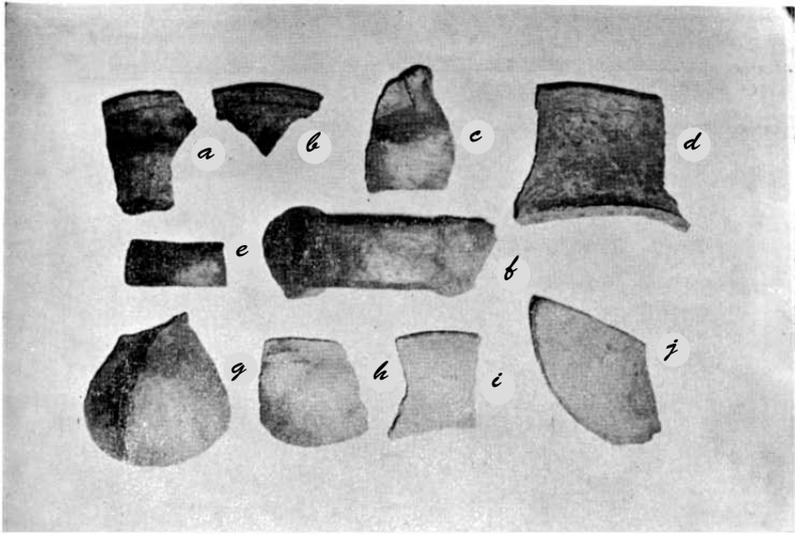


1

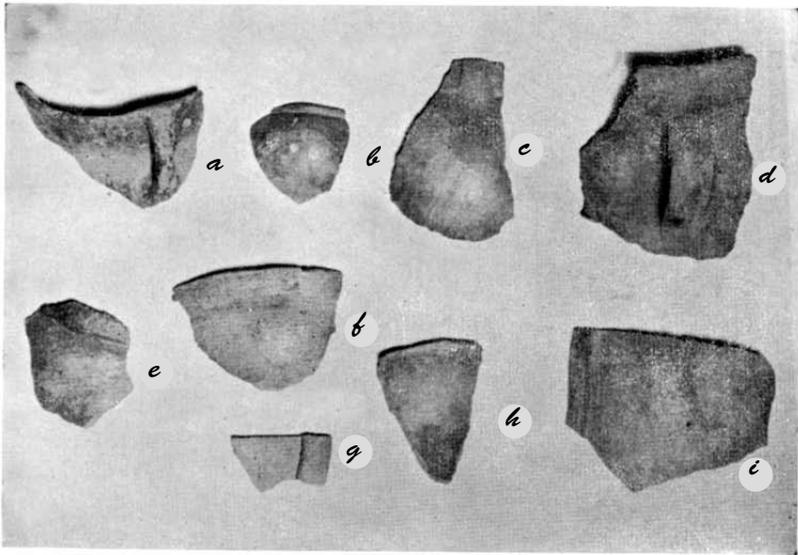


2

Figura 12.- Cerámica de Jericó. 1: a, Pastillaje Inciso. b,c. Pintura rojo sobre naranja.
2: a, c, d, e, Cerámica lisa. b, Pastillaje liso.



1



2

Figura 13.- Cerámica de Jericó. 1. Crema-naranja, con buen pulimento. 2. Crema-café, con buen pulimento.

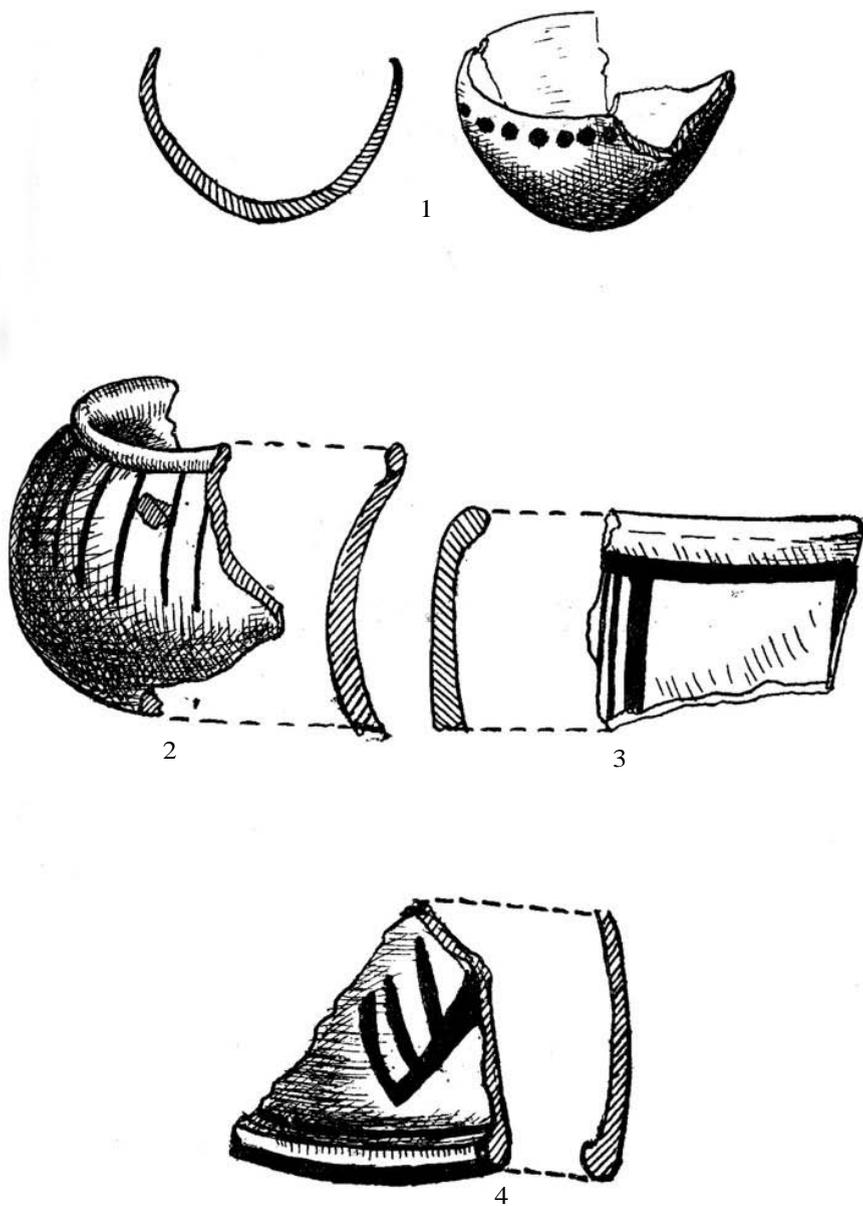


Figura 14.- Cerámica de Jericó. 1-2 Rojo sobre crema. 3-4: Negro sobre naranja.

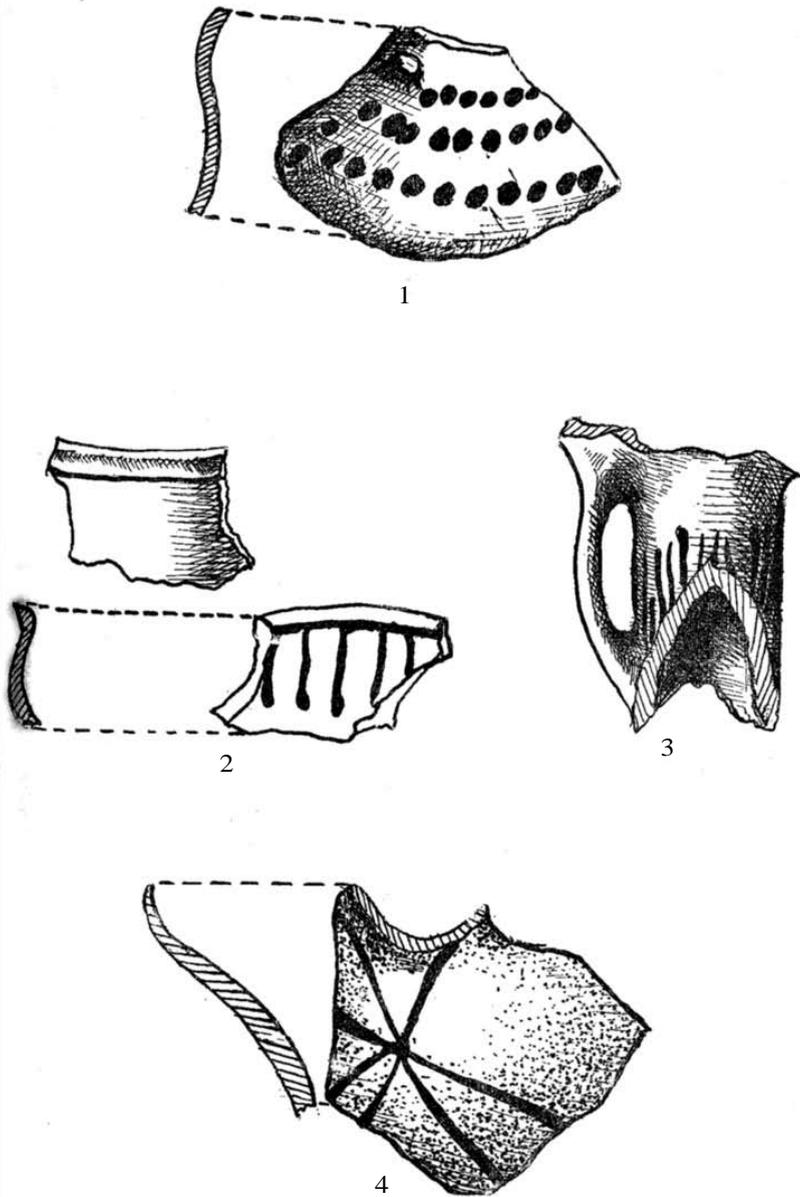


Figura 15.- Cerámica de Jericó. 1, 2 y 3: Rojo sobre naranja. 4: Rojo sobre crema.

Cuello mediano en las clases A y B; alto en C; recto en B y en C; de silueta divergente (3 casos) en A y en B; de silueta compuesta ondulante (1 caso), en A. El borde aparece redondeado o biselado, estando reforzado, en varios casos, por una pastilla (Fig. 12 Nos. 1-b y c). Las asas, van, ora del cuello al cuerpo, o ya, arrancan directamente del borde, y son redondeadas o planas, siendo estas últimas notables por su exagerada anchura y escaso espesor (Fig.: 8.2-d; 12.1-c; 13.1-f).

Las paredes de las vasijas tienen, en general, un grueso superior al necesario. Es lo mismo que hemos indicado para el caso de las ollas sin cuello ni asas. El término medio para las grandes y medianas es de 10 mm., y de 6, para las pequeñas. El material empleado en las vasijas correspondientes a la cerámica lisa, o sin decoración, muestra gránulos gruesos de cuarzo o arenas naturales, mientras que es fino, homogéneo y diluido, en las de cerámica con decoración pintada. El grado de cocción es bastante bueno.

Con respecto a medidas, sólo podemos dar las referentes a las múcuras enteras, cuyos detalles generales quedan descritos en conjunto con los de la diestería.

	Altura total.....	22.5 cm.
Múcra Mediana	Altura hasta la raíz del cuello.....	13.5 cm.
(B)	Ancho máx. a nivel de la raíz del cuello.....	21.0 cm.
(Fig. 12.1-c)	Ancho mín. a nivel de la raíz del cuello.....	13.5 cm.
	Diámetro de la boca (exterior).....	5.0 cm.
	Diámetro de la boca (interior).....	4.2 cm.
Múcra Mediana	Altura total.....	22.5 cm.
(B)	Diámetro máximo del cuerpo.....	14.6 cm.
(Fig. 17)	Diámetro de la boca (exterior)	4.0 cm.
	Diámetro de la boca (interior).....	3.5 cm.
	Altura total.....	13.0 cm.
Múcra Chica	Altura del cuello.....	6.2 cm.
C)	Diámetro máximo del cuerpo.....	7.0 cm.
(Fig. 12.1-b)	Diámetro de la boca (exterior).....	3.1 cm.
	Diámetro de la boca (interior).....	2.4 cm.
	Diámetro del cuello.....	3.5 cm.

La técnica de manufactura empleada en la elaboración de las dos múcuras medianas, consistió en el modelado de un bloque primordial,

al que se fueron agregando pastillas sucesivas hasta completar el recipiente. En la demás cerámica que tratamos se usó el sistema de bandas o fajas de barro, soldadas en espiral.

III.– Escudillas.

1.– Con borde reforzado.– Esta clase se registra casi exclusivamente en cerámica lisa. Las hay medianas y chicas. Uno y otro tamaños exhiben cuerpo de forma semiesférica (Figs. 12.2-a; 13.2-e, f, g, h). Borde biselado en la mayoría de los casos. Los detalles de pasta, cochura, repiten lo indicado para las ollas del tipo 2.

En escudillas chicas tenemos una pieza completa (Fig. 12.2-a). Sus medidas principales son las siguientes: altura, 6.4 cm.; diámetro de la boca (exterior) 13.5 cm.; diámetro de la boca (interior), 12.5 cm..

2.– Sin borde reforzado.– Esta variedad de escudillas se presenta en los mismos tamaños B y C, y comprende, principalmente, ejemplares de la cerámica decorada. En cuanto a la forma de estos recipientes anotamos que ofrece paredes ligeramente verticales o convexas en variados grados (Fig. 7. a, b, d, e, g, n). Borde redondeado o biselado. Pasta de grano fino y con escaso material desgrasante, consistente en finas areniscas. La cocción es, a veces, excesiva. Espesor proporcional con el tamaño de los recipientes (6 mm. en término medio). Ejecución por el sistema “coil”.

La forma del cuerpo de escudillas de este mismo tipo, pero de cerámica lisa, recuerda exactamente lo apuntado para el tipo 1. Lo mismo podemos decir con respecto a pasta, cocción, etc. La única vasija completa que tenemos de esta cerámica es de tamaño mediano, y sus medidas más importantes son las siguientes: altura 9.5 cm.; diámetro exterior de la boca 16.5 cm.; (Fig. 12.2-c).

IV.– Figuras Antropomorfas y Zoomorfas.

Se trata de dos ejemplares: uno con una representación antropomorfa, y otra con una zoomorfa. Ambas son de dimensiones medianas. La primera presenta dos porciones, una inferior y otra superior, una y otra de forma globular (Fig. 18). En ésta, se proyectan oblicuamente hacia delante, dos apéndices de forma cónica, para representar o estilizar, seguramente, los miembros inferiores, flexados, de la figura humana. A tales proyecciones llegan, con igual sentido oblicuo, sendas pastillas, en cuyo movimiento forman ángulos bastante abiertos. Estas

pastillas representan, probablemente, los brazos. La porción globular superior corresponde a la cabeza de la figura, y en el lado posterior de ella, aparece la boca de la vasija. Las paredes de la pieza tienen un espesor medio de 4 mm. La pasta muestra buen cocimiento y es bastante compacta, debido al escaso material desgrasante.

La segunda vasija, o representación zoomorfa, tiene un cuerpo hueco, de forma sensiblemente cilíndrica, y del cual arrancan proyecciones cónicas, huecas también, que van a reposar sobre una base anular, de paredes convexas y base algo achatada. Tales proyecciones estilizan los miembros del animal. De uno de los extremos superiores del cuerpo o parte cilíndrica del recipiente, se proyecta hacia arriba, en 12 mm., la porción globular representativa de la cabeza del animal, con todos sus rasgos (Fig. 20). La boca del recipiente aparece inmediatamente detrás de dicha porción y está provista de un corto y angosto cuello, de paredes divergentes, proyectadas del cilindro o cuerpo mismo de la representación zoomorfa.

El barro de que está elaborada esta hermosa pieza es de color grisáceo. Arenas finas, muy diluidas en la pasta, constituyen el desgrasante. El cocimiento del vaso es bueno y el espesor (9 mm.) sobrepasa al exigido por las necesidades mecánicas. Las medidas de cada uno de estos ejemplares son las siguientes:

Representación	Altura total.....	16.0 cm.
Antropomorfa.	Diámetro máximo del cuerpo	12.0 cm.
(Fig. 18).	Diámetro del cuello.....	5.0 cm.
	Diámetro de la boca de la vasija	2.4 cm.
	Altura total.....	17.0 cm.
	Altura hasta el borde de la boca	16.5 cm.
Representación	Diámetro ext. de la boca de la vasija	3.6 cm.
Zoomorfa	Largo del cuerpo del animal.....	15.4 cm.
(Fig. 20).	Ancho del cuerpo del animal.....	8.1 cm.
	Diámetro de la base anular.....	17.2 cm.
	Altura de la base o anillo.....	6.0 cm.

V.- *Platos* (Figs.: 7.q; 14.4). En el escaso material de que disponemos, sólo registramos platos medianos, algo pandos y de borde reforzado interiormente, en algunos casos (Fig. 14.-). El sonido metalizado denuncia buena cochura, y el espesor de la pasta guarda propor-

ción con el tamaño de estos utensilios. El material consiste en un barro gris con escasa mezcla de areniscas naturales, que hace de desgrasante.

VI.– Cucharas.

Las hay en los tamaños A y C. Los primeros afectan la forma de un canal alargado, bastante regular (Fig. 12.2-c). Borde redondeado o suavemente biselado. Espesor exagerado de las paredes y principalmente en el fondo, donde en ocasiones llega a 16 mm. En una y otra clase de cucharas el barro es de color crema; pasta compacta, y bien cocida. De las chicas tenemos un ejemplar completo: su forma general es la de una pequeña canoa, con aguzamiento en el extremo correspondiente al mango (Fig. 12.2-d). Sus medidas son las siguientes: largo, 6.5 cm.; ancho máximo, 4.4 cm.; altura, 2.5 cm.

VII.– Copas.

Tenemos fragmentos que denuncian sólo el tamaño chico. Las paredes muestran una silueta convexa. Borde plano o redondeado. Pedestal cónico y bajo. Espesor proporcional al tamaño. Buena cocción. Barro ligeramente gris con abundante mezcla de areniscas finas.

VIII.– Platos.

En el material fragmentado no reconocimos esta clase de recipientes. Sólo disponemos de una pieza completa (Fig. 12.1-a). Su forma general es la de un cuenco chato y esférico. Borde bolteado hacía adentro, marcando, en su movimiento, un doblez angular. Pasta gruesa, compacta y bien cocida. Sus medidas principales son las siguientes: altura, 6.0 cm.; diámetro a nivel del doblez angular, 20.0 cm.; diámetro de la boca (interior) 17.5 cm.

Como se ha visto por lo que antecede, la sistematización que acabamos de hacer, se ha realizado partiendo de las formas –con sus diversas variantes–, que hemos podido observar en nuestra cerámica.

Tomando igualmente como base la clasificación presentada sintéticamente en el cuadro sinóptico, haremos a continuación la sistematización analítica referente a decoración, o aspecto del material cerámico.

Segunda Sistematización Analítica: Decoración
Cerámica Decorada (A, Interior; B, Exterior; C, Interior y Exterior;
D, en el borde)

I. – Pintada.

Tipo I. Cerámica anaranjada ⁽¹⁾.

(a) Pintura roja sobre fondo naranja. La decoración está formada por líneas regulares gruesas y líneas delgadas, paralelas, en sentido vertical, horizontal u oblicuo, formando, la mayoría de las veces, motivos geométricos rectilíneos como ángulos (Fig. 16: a, c, d), rectángulos (Fig. 16: f) o rombos, motivos que, en varios casos, son concéntricos entre sí (Fig. 16: a, c, h) y forman bandas horizontales.

En este mismo tipo decorativo de cerámica hay ornamentación a base de líneas gruesas regulares y líneas delgadas, paralelas entre sí y a las primeras, con movimiento en sentido del plano horizontal y formando bandas, en cuyos espacios libres hay triángulos rellenos de pintura roja o motivos en espiral ⁽²⁾. Rellenos triangulares de rojo ocurren asimismo en espacios libres dejados por triángulos concéntricos, formando bandas en el plano horizontal de las piezas.

Hay casos en que las líneas o bandas, paralelas y oblicuas, al entrecruzarse en su movimiento, forman rombos a través de los cuales se ve como iluminado el fondo, a la manera de cómo se aprecia la luz por entre los tejidos de un cesto. Naturalmente, la luz o brillo es tanto más notorio cuanto más vivo sea el color del enlucido y cuanto mayor contraste forme con él la pintura (Fig. 16: b).

Cuando la cerámica ha soportado un excesivo cocimiento, el color de fondo, visible en los espacios libres de pintura, ofrece un tono muy vivo, dando el aspecto de haberle aplicado pintura por el procedimiento negativo. Por el mismo exceso de cochura en varios fragmentos de

1) Como en el cuadro sintético presentamos concretamente las formas en que aparece decoración interior (A), exterior (B), etc., en el presente análisis omitimos casi siempre tal indicación. Esto con el objeto de simplificar este estudio analítico.

2) Con una mayor cantidad de material cerámico, posiblemente hubiera resultado un mayor número de sub-tipos, y se hubieran podido establecer así las más sutiles especificaciones de los detalles decorativos. Aquí hemos procurado que las agrupaciones comprendan estilos y elementos decorativos esencialmente afines, no obstante los pequeños detalles de variación que, naturalmente, ocurren en la decoración pintada.

cerámica se observa una desviación del color rojo de la pintura hacia los matices verde grisoso y gris oscuro.

(b) Pintura roja sobre fondo naranja. Decoración a base de líneas irregulares delgadas y medianas, en sentido vertical u horizontal, sin formar motivos geométricos. Elementos decorativos de este mismo sub-tipo son, también, puntos gruesos, generalmente regulares, formando alineaciones (Fig. 15: 1). Hay casos en que los puntos son irregulares, siendo más bien toscos manchones de pintura roja.

(c) Pintura negra sobre fondo naranja. Los motivos decorativos fueron logrados a base de líneas generalmente regulares, gruesas y delgadas, en sentido vertical, horizontal u oblicuo para formar, muchas veces, rectángulos, triángulos (estos últimos a veces uno concéntrico a otro), en cuyo interior hay puntos chicos, regulares, de la misma pintura negra (Figs. 16: i, m. j. k). Hay decoración obtenida mediante líneas gruesas regulares, formando motivos en espiral, lo mismo que bandas o líneas de igual grosor, paralelas, dejando zonas libres pero interceptadas de trecho en trecho por líneas perpendiculares a las primeras.

Tipo 2. Pintura roja sobre fondo crema.

(a) Decoración formada a base de líneas regulares gruesas, y líneas delgadas, paralelas, en sentido vertical, horizontal u oblicuo, formando, varias veces, figuras geométricas, iguales a las indicadas en el sub-tipo (a) de la cerámica anaranjada (Fig. 16: n).

Hay casos en que el interior de los triángulos presenta líneas delgadas, paralelas a uno de los lados de la figura, siendo ocupados los espacios interlineados, a su vez, por líneas entrecortadas o puntos, pero en igual sentido (Fig. 16: o). Cerámica pulida.

(b) Líneas irregulares gruesas y delgadas, algo espaciadas, en sentido vertical u horizontal, sin formar motivos geométricos (Fig. 14: 2). Líneas irregulares medianas, en forma radiada, parten de un punto situado cerca del borde o en la parte media de la vasija (Fig. 15: 4). Esta agrupación presenta, en ocasiones, puntos medianos y chicos, regulares, formando alineaciones sencillas o dobles, en sentido horizontal (Fig. 15: 1). Cerámica pulida.

(c) Líneas delgadas y paralelas formando o no motivos geométricos. De gran interés en esta cerámica es la decoración en cuadrícula, lograda, sea mediante el cruzamiento de líneas en ángulo recto (Fig. 16: s), o mediante la alternancia de una cuadrícula pintada y otra lisa,

previo el delineamiento o trazo de tales figuras (Fig. 16: r). Cerámica pulida.

(d) Líneas irregulares, grandes y medianas, horizontales y verticales, a veces paralelas, sin formar motivos geométricos. Cerámica pulida.

(e) Líneas irregulares medianas, verticales y paralelas. El escaso número de fragmentos nos impide saber si forman o no motivos geométricos. Cerámica sin pulir.

II.—Cerámica Incisa: Grabada

En este sub-grupo sólo contamos con cerámica grabada. La descripción la hacemos ya no por el color sino por la técnica decorativa del grabado.

Tipo 1.— Cerámica con decoración de Escobilla. La decoración está lograda por grabado hecho con escobilla o brocha burda, aplicada en sentido vertical u horizontal o en ambos sentidos a la vez. Varios fragmentos muestran que el grabado se hizo en todo el cuerpo de la vasija, si bien la mayor parte de la decoración, presente en el material que tratamos, indica que esta técnica decorativa se aplicó con preferencia a ciertas partes de los recipientes: cuello, bordes y asas (Fig. 8: 1).

Tipo 2.— Cerámica con decoración Rayada. Rayas verticales, horizontales y oblicuas, regulares y generalmente paralelas, fueron hechas ora en el cuerpo, en el cuello o ya en las asas (Fig. 8: 2). El escaso material de fragmentos nos impide saber si el rayado formó motivos geométricos.

Rayas verticales, paralelas, pero bien distanciada una de otra, aparecen cruzadas por una o dos en sentido horizontal. A veces dos rayas paralelas, dispuestas siguiendo el contorno del cuello de la vasija, limitan espacios ocupados por rayas regulares, paralelas entre sí y perpendiculares a las dos primeras (Fig. 8.2-g).

Tipo 3.— Cerámica con decoración de Punción y Grabado. Trazos sencillos, dobles o triples (paralelos en estos dos últimos casos), regulares, en sentido horizontal, grabados sobre el borde o cuerpo de la vasija. A veces los trazos de grabado y punción forman bandas de anchura variable, y contornean el cuello a la parte próxima al borde de los recipientes (Fig. 9: 1-a). En ocasiones, a uno de tales trazos convergen otros, en sentido oblicuo, paralelos y regulares. Otras veces, los trazos, aunque poco regulares, delinear figuras geométricas como triángulos y rombos, acompañándose en su movimiento por punteados re-

gulares que, naturalmente, determinan motivos geométricos semejantes (Fig. 9: 1-d). Asimismo, una línea de puntos incisos ocupa la parte media de los campos delimitados por cada par de rayas, a las cuales acompaña en forma paralela (Fig. 9:1-c).

Particular en este tipo decorativo es la técnica consistente en la aplicación sobre trazos largos grabados, punteados o punciones incisas a lo largo del primer grabado (Fig. 9: 1-b).

Tipo 4.– Cerámica con grabado en el borde (Fig. 10: 1). Característica general de este tipo de decoración es el grabado a trazos cortos, sin que por ello falte la combinación de trazos largos o rayados. Las variaciones que ofrece, responden, por una parte, a la clase de instrumentos empleados y, de otra, de la manera de aplicar dichos instrumentos a la pasta en estado fresco. Así, pues, la cerámica que aquí consideramos, presenta las siguientes variantes:

a) Simples puntos incisos obtenidos por la aplicación de un palillo en sentido vertical, ocupando la vasija posición natural;

b) Incisiones oblongas, hechas valiéndose de una tosca espátula, aplicada oblicuamente y con presión de arriba hacia abajo;

c) Incisiones de forma angular, hechas con un instrumento de punta angular, aplicado oblicuamente siguiendo el plano horizontal del recipiente en posición natural;

d) Incisiones angulosas, logradas con el mismo instrumento aplicado oblicuamente, con presión de arriba hacia abajo.

III.– Cerámica con decoración de Pastillaje.

Tipo 1.– Pastillaje modelado liso. La decoración fue obtenida aplicando a la vasija en estado fresco delgadas tiras o cordones de barro que, una vez soldadas, fueron suavemente modeladas con una espátula hasta borrar completamente los límites de su aplicación. Igualmente, por medio del modelado se afiló la parte anterior libre de la pastilla, dando así a la superficie externa de los recipientes un aspecto característico de filos o costillas. Las pastillas son siempre regulares y se aplicaron en el cuello o en el cuerpo en forma paralela y con sentido vertical (Fig. 11-1). Hay casos en que en vez de afilar la proyección del cordón, se redondeó suavemente (Fig. 11: 1-d).

Tipo 2.– Pastillaje modelado inciso.- Como en el caso del Pastillaje modelado liso, en este tipo, los cordones, gruesos o delgados, se soldaron al cuerpo, cuello y aun cerca del borde (Fig. 9: 2; 10: 2). En

cada caso el pastillaje es regular, de disposición simétrica y paralelos unos a otros.

En esta cerámica consideramos dos clases de pastilla: el constituido por tiras o bandas, y el de simples protuberancias oblongas (Fig. 10: 2-d; 12: 1-a) una y otra clases están grabadas, sea mediante un palillo aplicado verticalmente para lograr incisiones circulares, sea por medio de una espátula para conseguir estrías o rayados cortos. En fin, utilizando un instrumento agudo, los alfareros de Jericó, consiguieron rayados finos y regulares. Dos vasijas completas, un platón (Fig. 12: 1-a) y una múcura (Fig. 17), lo mismo que un fragmento de esta última forma (Fig. 9:2), son muy característicos por el pastillaje que les sirve de decoración. Pastillas de tamaño regular, oblongas, equidistantemente dispuestas una de otra, forman el elemento decorativo del borde del platón. Un cordón de mediano grosor, dispuesto a manera de corbata, exhibe el cuello de la múcura (Fig. 17). Dos anchas bandas, a manera de aletas, se sueldan a la parte inferior de una prominencia o costilla proyectada de la parte postero-superior del recipiente. El asa arranca del borde y se une a dicha prominencia dejando libre su parte aguzada o cónica que presenta. Las aletas (aunque rotas en su parte posterior), lo mismo que el asa con su forma característica y la pastilla del cuello, comunican a esta pieza un estilo muy particular.

IV.- Cerámica con decoración Modelada.

Tipo 1.- Modelado Inciso.- De este tipo decorativo es precioso ejemplar una vasija antropomorfa (Fig. 18). Los miembros inferiores -al parecer recogidos-, están indicados por proyecciones cónicas, presentando cada una cinco estrías o rayas ligeramente oblicuas. Los miembros superiores están indicados por cordones modelados, y aparecen recorridos en toda su longitud por impresiones circulares negativas en forma lineal. La boca, los ojos y la nariz de la figura están bien modelados.

Aunque dejada a segundo plano de importancia la decoración pintada, ya que para la presente descripción partimos primordialmente del modelado, no por ello podemos prescindir de hacer énfasis en la pintura que decora esta pieza, tanto más cuanto que ella constituye un estilo particular en la cerámica que estudiamos. Sobre el fondo crema (enlucido), se dispone una serie de triángulos en rojo, unidos a una línea de la misma pintura. Dichos triángulos, arreglados a manera de festón,

decoran el cuello, lo mismo que las partes laterales de los cordones, que descienden hacia las proyecciones cónicas. Un relleno en rojo, igualmente triangular, se muestra en la parte media anterior, proyectando de cada ángulo líneas que van, dos hacia los lados, y una tercera hasta la parte inferior de la vasija. En el cuello de ésta se aprecian, además de los triángulos en festón, una línea que lo circunda, y entre ésta y el festón, puntos medianos alineados. La porción inferior de la cara y la correspondiente al labio superior, están recorridas por una línea roja, presentando la última dos rellenos triangulares dispuestos hacia los lados de la nariz. De cada uno de los ojos descienden, verticales y paralelas, cinco líneas cortas. La porción superior de la nariz se halla igualmente pintada de rojo. La parte posterior de la vasija muestra una decoración no menos interesante (Fig. 19).

Tipo 2.— Modelado Liso.— Un ejemplar completo tenemos de este tipo de cerámica (Fig. 20). La vasija es la representación de un cuadrúpedo, cuyos miembros descansan sobre una base anular, hueca y comunicada con el cuerpo del animal por tales miembros, que hacen de tubos comunicantes. La cabeza de la figura zoomorfa está indicada por una porción globular, en la cual se han modelado cuidadosamente las orejas, los ojos y la boca. Pintura rojo-café, muy desvanecida, aparece dispuesta en forma de líneas delgadas y medianas, formando meandros espirales o figuras geométricas rectilíneas y curvilíneas. La pintura decora principalmente el cuerpo del animal y la porción superior de la base anular.

Cerámica Lisa.

I.— Tosca.— La hay de varios colores: gris, crema, crema-café, tonalidades que están determinadas por el mismo color del barro.

Tipo 1.— Cerámica con baño y escaso pulimento. El baño o “slip” fue dado utilizando arcilla líquida, del mismo color de la materia prima empleada en la manufactura de las vasijas (Fig. 11: 2).

II.— Pulida.— Siendo el color del enlucido característica principal de esta cerámica, lo hemos tomado como base de su clasificación, así:

Tipo 1.— Cerámica Crema-naranja. El engobe o enlucido que esta cerámica recibió fue preparado de arcilla líquida, de color cremánaranja. Los recipientes fueron luego sometidos a un pulimento perfecto, tanto en el exterior como en el interior. Por tal razón ofrecen un aspecto brillante (Fig. 13:1). En varios fragmentos se observa que la capa de

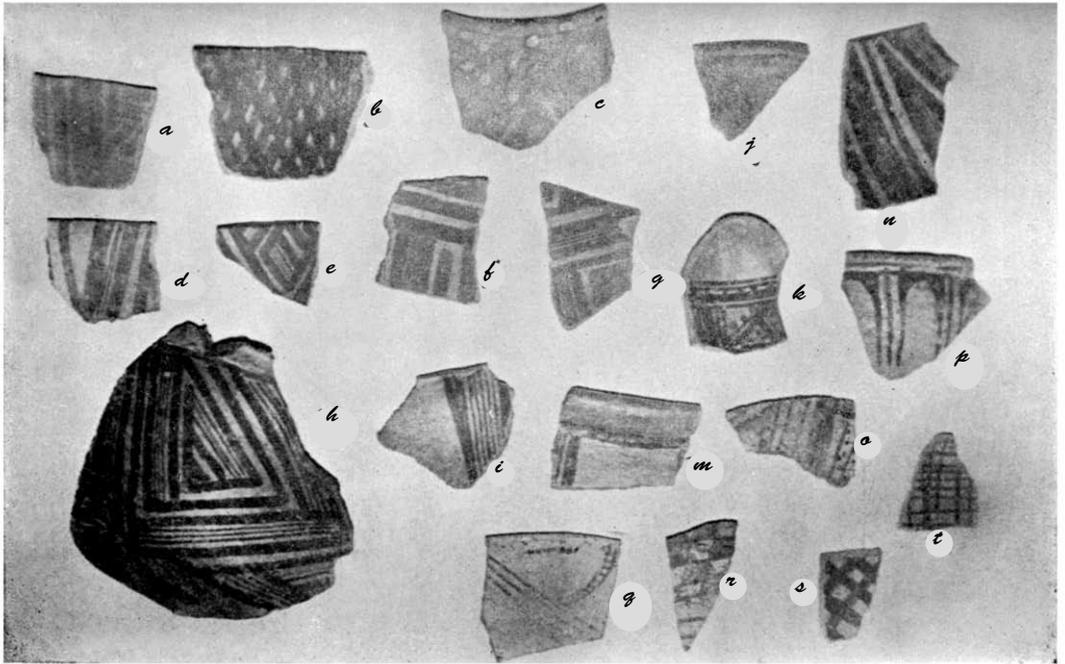


Figura 16.- Cerámica de Jericó.

Rojo sobre naranja: a, b, c, d, e, f, g, h. Rojo sobre crema: n, o, p, q, r, s, t. Negro sobre naranja: i, j, k, m.



Figura 17.- Cerámica de Jericó. Pastillaje Modelado Inciso.



Figura 18.- Cerámica de Jericó. Modelado Inciso.

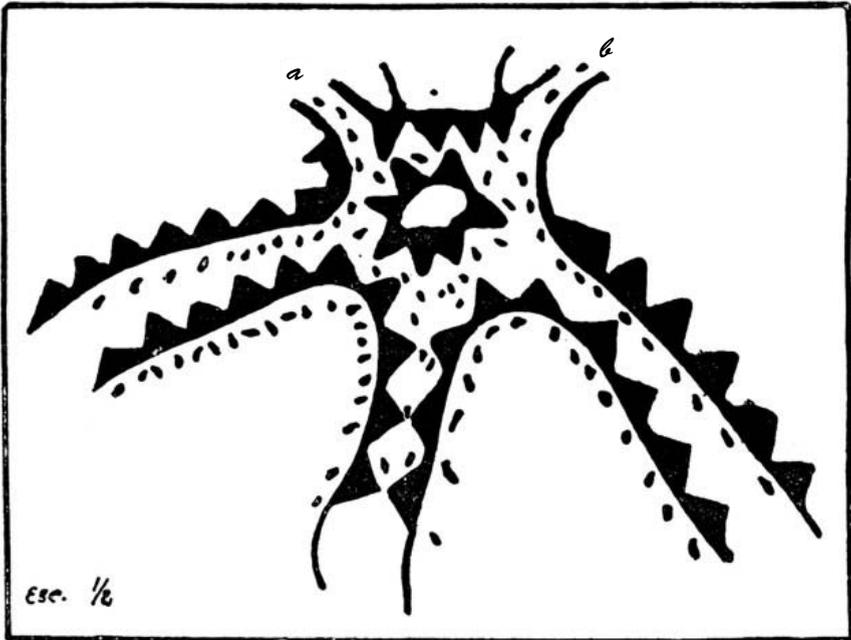


Figura 19.- Jericó. Pintura roja sobre fondo crema. A y b señalan la continuación de la decoración anterior del cuello de la Fig. 18.



Figura 20.- Cerámica de Jericó. Modelado Inciso.

baño o “slip” se desprende fácilmente en escamas debido a su poca adherencia a la pared de los vasos.

Tipo 2.– Cerámica Crema-café.

(a) Con buen pulimento.– Como en el tipo anterior, la película de enlucido se desprende en escamas. Generalmente el pulimento es uniforme y comunica a la tiestería un aspecto brillante (Fig. 13: 2).

(b) Con poco pulimento. La potería muestra un enlucido dado con arcilla líquida, muy diluida, y del mismo color del material de la pasta. Ofrece escaso pulimento.

Como puede verse por lo anterior, hemos hecho una nueva sistematización de nuestra cerámica, esta vez con base en el color de fondo y técnicas decorativas.

Con los anteriores análisis establecidos, podemos proceder a efectuar una especie de síntesis, es decir, que ahora vamos a tratar los aspectos y características con sus diversas variantes –presentados sistemáticamente en lo anterior–, unos en función de otros. Ello da por resultado, según creemos, poder presentar un conjunto de estudio de caracteres (ya sistematizados) en una forma que a su vez resulte muy sistemática. La ventaja de esto estriba en que ello permite la presentación de un cuadro o tabla sintética, que contenga –en síntesis–, aquellos aspectos o características que consideramos los más importantes en la cerámica que estudiamos.

Tal cuadro o tabla sintética contendrá: los Grupos, los Sub-grupos, los Tipos con sus sub-tipos, etc. Esto permitirá observar gráfica y sintéticamente lo esencial e importante que presenta la cerámica de Jericó.

EXPLICACION DEL CUADRO

En este cuadro como en el sinóptico, puede apreciarse el resultado primordialmente obtenido de la clasificación, que fue la división en Cerámica Decorada y Cerámica Lisa. Las categorías inmediatas, más amplias, de las dos agrupaciones, son los sub-grupos, en número de cuatro para la primera, y de dos, para la segunda. A tales división y subdivisión corresponden las dos primeras columnas verticales de este cuadro.

Del análisis de los sub-grupos resultaron tipos y sub-tipos. La denominación de los primeros, de acuerdo con nuestra clasificación, aparece en la columna vertical número 3, y su especificación la da el número que precede al paréntesis en la columna encabezada por Tipos. La

expresión literal del paréntesis es la denominación convencional de los sub-tipos, presentados sintéticamente en el cuadro sinóptico y ampliamente considerados en la segunda sistematización analítica. La segunda parte de la columna vertical número 5, expresa, como lo indica el encabezamiento, las características más generales de la decoración, es decir, si ésta aparece en el interior (A), en el exterior (B), en una y otra fases a la vez (C), o en los bordes (D). Esto naturalmente en el caso de la cerámica decorada. Los signos literales en mayúscula hacen esta indicación, y corresponden al segundo encabezamiento referente a decoración. Dichos signos están precedidos del número romano utilizado, primero en el cuadro sinóptico, y luego en la descripción de la cerámica. La cuarta columna indica las formas registradas en los sub-tipos o en los tipos. Ellas están señaladas por los números romanos utilizados en el análisis de Formas, seguidos de la letra o letras mayúsculas indicativas de los tamaños registrados en la sistematización respectiva. En la sexta columna aparecen los porcentajes de los sub-tipos o de los tipos. La séptima columna señala la cantidad de material tratado en dichas agrupaciones. Las observaciones que hubo necesidad de hacer, para mayor claridad del cuadro, corresponden a la columna número 8.

En las columnas horizontales marcadas con los números 3, 5, 6, 8, 10, 15, 17 y 18, de la derecha, están los porcentajes de los tipos y de los sub-grupos, tanto de la cerámica decorada como de la lisa. Las mismas columnas muestran la cantidad de material en que se ha basado cada uno de los porcentajes. Las divisiones horizontales 13 y 19, presentan los porcentajes por grupo, lo mismo que el material correspondiente.

La consulta del cuadro es muy sencilla. Pero advertimos que para su mejor entendimiento, la confrontación del Cuadro Sinóptico es necesaria. Uno y otro se complementan y explican. Por ejemplo, si agrupamos los símbolos correspondientes a las columnas de Formas y Tipos, de la primera horizontal, tenemos: IIIB; VAB; IIB; 1 (a), notaciones que podemos disponer así: 1 (a); IIIB; VAB; IIB. Lo cual quiere decir, de acuerdo con lo que queda dicho y establecido, que de la cerámica anaranjada tipo 1, hay un sub-tipo (a), en el cual aparecen escudillas (III) medianas (B), platos (V) grandes (A) y medianos (B), y múcaras (II) medianas (B). Ahora bien. En conjunto las características decorativas del mencionado sub-tipo son: IC; IA; IBD, que aparecen en la misma horizontal, en la columna encabezada por Características.

Dichas características muestran que en tanto que ocurre decoración interior y exterior (C) en algunas piezas, hay vasijas que sólo exhiben pintura en el interior (A), y recipientes que la tienen al mismo tiempo en la superficie externa y en el borde (BD). Tal decoración consiste, de modo general y de acuerdo con el cuadro sinóptico y la correspondiente sistematización analítica, en pintura roja aplicada en forma de líneas regulares gruesas y líneas delgadas, paralelas, constituyendo, comúnmente, motivos geométricos como ángulos, rectángulos, rombos o cuadrículas. Y si se quiere saber, en particular, la decoración característica de cada uno de los tipos formales indicados en el Cuadro Sintético, atiéndase a la posición que aquéllas ocupan y no se pierda de vista las observaciones de la columna número 8. En el ejemplo que estamos viendo, tenemos: escudillas o tazas con pintura al interior y al exterior; platos con pintura en el interior, y motivos pintados en el exterior y en el borde en una múcura. Veamos otro ejemplo. Tomemos los símbolos indicativos de formas y características, correspondientes al Tipo 1. de la Cerámica Grabada, o sea con Decoración de Escobilla. Entonces se tiene: IB; IIIB y IIB, respectivamente. Esto quiere decir que del Sub-grupo Cerámica Grabada, hay un tipo (con decoración de escobilla), cuyas formas ollas medianas (IB) y escudillas medianas (IIIB), muestran decoración en el exterior (B). Creemos que con la explicación de estos ejemplos el lector habrá quedado enterado de la manera de consultar el cuadro.

NOTAS FINALES

Ahora podemos hacer algunas consideraciones generales sobre la cerámica de Jericó.

La proporción de la cerámica decorada (178), es casi el doble de la cerámica lisa (99), como además lo manifiestan los porcentajes respectivos 64.25 y 35.74. El escaso material de que nos hemos servido, nos hace mirar como muy relativos tales valores.

De la cerámica decorada tenemos cuatro sub-grupos, que comprenden a su vez tipos y sub-tipos. El sub-grupo que contó mayor cantidad de material fue el correspondiente a la pintada, ya que, como se aprecia en el cuadro, tiene una cifra de 122, con un porcentaje de 68.53. Los demás sub-grupos tienen cifras muy bajas, en particular los de pastillaje y modelado.

La cerámica lisa, clasificada según su aspecto exterior, abarca dos sub-grupos (Tosca y Pulimentada), de los cuales el uno incluye un tipo, y dos tipos con sub-tipos, el segundo.

La variación de estilos decorativos es particularmente notoria en la cerámica pintada. Sobre el color naranja del baño o “slip”, se aplicaron motivos en rojo o en negro, y sobre el color crema, solamente en rojo. Caracteriza a la cerámica anaranjada su buen acabado, pintura en el exterior y frecuentemente en el interior, buena cochura, suficiente espesor y escasa porosidad. En varios casos las ollas, como las escudillas, las múcuras y los platos, muestran el borde reforzado exteriormente con una pastilla.

En la cerámica crema, los motivos pintados de rojo, no difieren demasiado de los de la anaranjada. El acabado es menos perfecto, menor el pulimento pero igualmente bien cocida.

La cerámica pintada abarca dos tipos, de los cuales el primero comprende tres sub-tipos, y dos el segundo. Este último tiene, a su turno, varias subdivisiones. Es natural que hubiéramos podido hacer un mayor número de agrupaciones en la cerámica pintada a fin de presentar hasta las más sutiles especificaciones de los detalles decorativos, pero en realidad, con el escaso material que estudiamos, a nada práctico se hubiera llegado. Lo esencial y lo que puede ser utilizado en investigaciones posteriores, queda consignado concreta y sistemáticamente en los cuadros de que hemos hecho mención.

La cerámica grabada, en general, ofrece un aspecto algo tosco debido a que el material no es muy fino, y al escaso pulimento. Pasta compacta y bien cocida. En la cerámica con decoración a rayas es particularmente notoria la excesiva anchura de las asas (de las múcuras principalmente), lo cual contrasta con su delgadez. Las rayas son gruesas, toscas y logradas con un instrumento de punta plana y rectangular, aplicado a la pasta en estado fresco. El refuerzo exterior de los bordes con bandas o pastillas de barro, es igualmente frecuente en esta cerámica.

Con respecto a la cerámica con decoración de pastillaje, es poco lo que podemos agregar a lo consignado en los análisis sistemáticos. Pasta delgada y con buena cocción. En formas, muy interesante es la múcura (Fig. 17), cuyo pastillaje inciso parece comunicar a la vasija de manera muy convencionalizada, cierto carácter antropomorfo o zoomorfo.

La cerámica con decoración modelada, no es menos importante. Aún cuando en el sub-grupo no disponemos sino de dos ejemplares,

ellos no sugieren semejanza de estilos con cerámica del lado de Santa Marta y, acaso, de Venezuela.

El primer grupo de la cerámica lisa se caracteriza por el grano grueso, que comunica a la pasta un aspecto grosero. Espesor superior al mecánicamente necesario. Buena cocción. Grosor excesivo de las asas redondeadas, y muy delgadas, a la vez que anchas, las planas. Los bordes en la mayor parte de la cerámica aparecen reforzados exteriormente por un cordón de barro soldado y algo modelado con los dedos. Manufactura por el sistema “coil”, o de enroscado en espiral.

El sub-grupo II, de esta misma cerámica está hecha de un grano más fino, pero el espesor de la pasta sobrepasa igualmente a las necesidades requeridas por el tamaño de los recipientes. A sus caras interna y externa se aplicó una capa regular de enlucido, y se pulimento con un objeto duro hasta obtener una superficie uniforme brillante. La técnica de ejecución corresponde a lo apuntado para la cerámica tosca.

En general, el Grupo Cerámica Lisa es burda y pesada, y su aplicación en los menesteres de la cocina no admite dudas.

Finalmente, y con las reservas que nos impone el escaso material estudiado, anotamos la impresión que en conjunto nos deja la cerámica de Jericó. Ella no presenta caracteres de uniformidad tal que nos permita considerarla como producto de un desarrollo local más o menos completo o evolucionado. No responde a un tipo uniforme, ni por su forma ni por su decoración.

Esperamos que con resultados de investigaciones nuevas, en un futuro más o menos cercano, se pueda caracterizar con mejores y más abundantes elementos, establecer sus probables períodos de desarrollo y puntualizar las influencias de otras culturas que se hacen aparentes en dicha localidad. Al comienzo de la presente memoria destacamos la situación del país de los Lache con respecto a sus numerosos vecinos emplazados hacia las más variadas direcciones. Así, pues, creemos que la diversidad manifiesta podría explicarse admitiendo contactos culturales o intercambios comerciales entre los pobladores prehispánicos de Jericó y sus vecinos, ya del E. (Indios de los Llanos), del NE (Pueblos de Venezuela), del N. (Chitareros), N-NW (Guane y pueblos del lado de Santa Marta), y S. y SW (Muyska de Tundama y Sogamoso). La legitimidad de esta presunción está corroborada por la documentación histórica que de Aguado, Zamora y Piedrahita, hemos traído en los dos capítulos iniciales del presente estudio.

Ahora, unas breves anotaciones sobre el método aplicado en este trabajo.

Inspeccionada detenidamente nuestra cerámica, hicimos una clasificación tipológica fundada, primeramente, en el color (el básico en la cerámica pintada), la técnica decorativa (Grabado, Pastillaje, Modelado) y el aspecto (esto último en la cerámica lisa que no tiene decoración). Resultados de esta clasificación son el cuadro Sinóptico y la Sistematización Analítica referente a decoración. A partir de tales características –que en términos amplios se resumen en el criterio estético–, aplicamos el criterio de formas en cada una de las agrupaciones resultantes de la primera clasificación. Así obtuvimos la Sistematización Analítica referente a formas.

Como antes quedó anotado, una de las ventajas de este método consiste en poder conciliar dos criterios (establecidos de acuerdo con las peculiaridades que ofrezca la cerámica) y presentar concreta y sistemáticamente lo que ella muestra de esencial y característico, en un cuadro sintético, fácilmente consultable por el investigador.

Además, es obvio que las expresiones literales convencionales, indicativas –en síntesis–, de tipos cerámicos con caracteres específicos, facilitan y abrevian grandemente las correlaciones.

Una segunda ventaja que trae el método es el análisis cuantitativo, de suma importancia, ya que él deja ver la relativa popularidad con que los estilos y elementos decorativos aparecen en los grupos, los sub-grupos etc. La valoración cuantitativa es igualmente extensiva a las formas.

La estimación cuantitativa, puede mostrar, por otro lado, evidencias claras de que dos sitios ocupados a través de igual período de tiempo, bajo la influencia de la misma escuela de arte cerámico, produzcan bien probablemente, tipos decorativos idénticos. También, es bastante legítima la presunción de que mientras los estilos decorativos de una determinada escuela de arte cerámico se ofrecen en una proporción mayor en los sitios de origen, en lugares contemporáneos, a los que pudieron llegar por intercambio, o ser simplemente resultado de imitación, tales estilos han de estar en proporción menor. Si dos tipos decorativos de cerámica, diferentes e indicativos de dos períodos (etapas dentro de una cultura) diferentes, se hacen presentes en un sitio cuya población haya sido constante, puede sospecharse que el que muestra mayor cantidad de material acusa duración más larga.

Por supuesto que la aplicación del presente método, así como el correcto manejo del material cerámico fragmentado, no son tareas muy

sencillas. Pero como las dificultades ordinarias provienen de la naturaleza de la cerámica que tiene que analizar el investigador, éste debe estar familiarizado con la tiestería y conocer a cabalidad no sólo las formas que ocurren, sino principalmente, los elementos o motivos ornamentales que presenta. Ciertos tipos cerámicos, como los que exhiben por decoración pastillaje liso, pastillaje inciso, son muy fácilmente identificables aun en tratándose de fragmentos muy pequeños. Las mayores dificultades se presentan con la decoración pintada. Por ejemplo, dos partes separadas de una misma decoración, pueden parecer diferentes a primera vista. El perfecto conocimiento de los motivos decorativos, obvia prontamente esta dificultad. En ayuda del arqueólogo vienen, desde luego, los detalles de la pasta, el pulimento, el movimiento de la sección de rotura, la cochura, etc., como también observaciones en vasijas enteras. Pueden ocurrir casos de intergradación de tipos y extrañas combinaciones de elementos decorativos, cuya naturaleza a veces no descubre el investigador. En tales casos, vale más dejar tales fragmentos y tratarlos por separado, pero no incluirlos dentro de la clasificación general. El arqueólogo sabe, además, que las comparaciones sólo se hacen con tipos perfectamente determinados.

El estudio sistemático de la alfarería constituye para nuestras prehistoria y arqueología la más preciosa y casi única fuente de conocimientos, tanto más cuanto que no disponemos de códices ni de estructuras sólidas, que en países como en México son testimonios reveladores de muy diversas manifestaciones de cultura indígena.

En la arcilla cocida encontraron nuestros indios el medio más apropiado para exteriorizar su alma en forma espontánea, completa y admirable. En tanto que reveladora de técnicas y procesos industriales, la alfarería es generalmente indicadora de usos, costumbres, preocupaciones materiales y morales; a la vez que nos brinda enseñanzas sobre la flora y la fauna, y nos pone de manifiesto la imaginación creadora y la religiosidad del indio, sus elementos ornamentales, y sus formas mismas, nos ilustran sobre el progreso alcanzado por sus fabricantes, fuera de que el orden y profundidad en que aparece bajo la superficie de la tierra, nos da a conocer los períodos o etapas porque ha pasado la civilización de que hace parte y la antigüedad relativa en que vivieron sus artífices; a más de mostrarnos puntos de contacto y relaciones culturales entre los diversos pueblos, nos da la idea del medio ambiente, reflejado, generalmente, en sus dibujos y decoración. Y mientras en ella registramos objetos destinados al cumplimiento de los diarios me-

nesteres, otros –como los exvotos–, se nos ofrecen como testimonios de su fe sencilla y de sus creencias y preocupaciones en una vida futura.

Es, pues, justo y benéfico aprovechar la cerámica que el nativo nos dejó depositada en sus tumbas, ora acumulada en basurales o abandonada en sitios de habitación, y en la cual fijó, en formas plásticas, su arte y su ciencia, lo mismo que aspectos de sus costumbres, o ideas de su religión.

La necesidad urgente que hay en el país de estudiar debidamente el material cerámico, entero o fragmentado, extraído de excavaciones dirigidas o provenientes de colecciones, nos impulsó a presentar a la arqueología colombiana una metodología que ejemplificamos en el estudio de la alfarería obtenida de las excavaciones de Jericó. Queda, pues, expuesta una sistemática encaminada a contribuir al estudio científico de nuestra cerámica precolombina. Es natural –y así lo esperamos–, que con elementos más abundantes y con la experiencia sumada de todos, el procedimiento pueda perfeccionarse en el porvenir.

LA MANUFACTURA DE CERAMICA ENTRE LOS CHAMI

POR: G. REICHEL-DOLMATOFF

Durante un corto viaje de reconocimiento que pudimos efectuar a principios del año 1945, en misión del Instituto Etnológico Nacional, tuvimos la ocasión de observar la manufactura de cerámica entre un grupo de indios chamí. El grupo mencionado vive actualmente en la región denominada El Corozal, vereda del Municipio de Riofrío, en el Departamento del Valle. La población del Corozal está situada más allá de las fuentes del río Calima, sobre la vertiente oriental de la Cordillera Occidental. Los habitantes del rancherío representan un grupo avanzado de una migración del Chocó hacia el sur y proceden en su gran mayoría de la región de Caramanta, Chamí y Obando. Aunque estos indios ya visten indumentaria europea y se ocupan de agricultura en pequeña escala, su cultura material y espiritual primitiva ha quedado casi intacta. Sólo los hombres hablan el idioma castellano medianamente.

Etnicamente los Chamí pertenecen al grupo Chocó y hablan un dialecto karib estrechamente emparentado con el katío.

El gran interés de datos tecnológicos, campo casi desconocido en lo que se refiere a las investigaciones etnológicas en Colombia, nos ha inducido a tratar detalladamente un proceso observado cuya importancia es evidente.

La manufactura de cerámica entre los Chamí es una actividad netamente femenina, exceptuando la fabricación de pipas, que son el único objeto hecho por los hombres en este material. En lo general todas las mujeres dominan el arte de la alfarería pero, como es natural, hay siempre algunas conocidas por su particular habilidad y el cuidado con el cual ejecutan este trabajo. La cerámica nunca está destinada al comercio con otros grupos ni para un intercambio local, sino que sirve únicamente para las necesidades de la familia.

Preparación del barro

La greda rojiza que abunda en la región, se presta admirablemente para la fabricación de cerámica debido a su grano fino. En primer lugar, la mujer recoge la arcilla en un canasto grande, forrado en el interior con hojas de plátano, y lo lleva a su casa donde lo deposita a la sombra en un lugar fresco. El barro se deja así a veces durante varias semanas hasta que se procede a su preparación. El primer paso para preparar la greda es limpiarla y molerla. Minuciosamente se quitan todas las piedritas así como los pedacitos de madera u hojas que durante su recolecta se hayan mezclado con la tierra. Luégo se toma un pedazo más o menos de un decímetro cúbico y se pone sobre la piedra de moler mojiéndolo algo con agua para ablandarlo. Ahora la masa se muele lentamente con la mano de moler, tratándola exactamente como si fuese maíz o algún otro grano. Durante este trabajo se quitan escrupulosamente todos los granitos de arena, que al moler se encuentran en el barro, porque durante el proceso de cocer la vasija podrían causar su fractura. La masa se muele así unas cuatro o cinco veces consecutivas, trabajo que dura varias horas.

Moldeado

Cuando el barro ya está molido y limpio se deja secar durante algunas horas. De vez en cuando se toca la masa con la mano, para darse cuenta de su humedad y cuando la greda parece ya suficientemente seca para quedar elástica, se procede al moldeado de la vasija.

Primer se hace la bola y se aplana entre las palmas de ambas manos hasta que tenga forma de lenteja. Esta se pone luégo sobre una tela extendida en el suelo y se sigue aplanando hasta formar una placa perfectamente circular de un espesor aproximado de un centímetro, según sea el tamaño de la vasija requerida. De nuevo se deja secar esta placa y luégo se procede a moldearla en la forma deseada. Para este fin se toma un recipiente esférico, sea una vasija o una totuma y se pone boca abajo en el suelo. Sobre el casco se tiende una tela y sobre ésta se coloca ahora cuidadosamente la placa de barro. Con ambas manos se moldea la placa sobre el casco del recipiente que sirve de molde, aplanándola y ajustándola de la manera más minuciosa y precisa hasta lograr que se amolde perfectamente, pero llegando sólo hasta el diámetro máximo del molde. Después molde

y moldeado unidos se llevan al sol para dejar secar la greda durante una hora o más.

Cuando el barro ya está bastante endurecido, la pieza, que tiene aspecto de un recipiente semiesférico, se saca cuidadosamente del molde, con ayuda de la tela que sirvió de aislante, para evitar que el barro, todavía mojado, se adhiera al molde. La vasija que sirvió de molde se pone entonces boca arriba sostenida por un soporte anular tejido de bejucos y sobre la boca de ésta se amarra la misma tela, a manera de membrana de tambor, pero dejándola muy floja, como para formar una concavidad elástica. En ésta se pone ahora la pieza semiesférica boca arriba para continuar su manufactura añadiendo la sección superior de la vasija. Esta parte superior se ejecuta con la técnica de pastillaje. Para ablandar el barro en la margen, ya endurecido, se moja otra vez con agua y luego se procede de la manera siguiente: pequeños trozos de barro se trabajan entre los dedos y se ponen sucesivamente sobre la margen, añadiéndolos de tal manera que sobresalgan en su base sobre la pared de la parte inferior y por la derecha sobre el trozo siguiente. Continuando así se da lentamente la vuelta hasta unirse con la parte adonde se empezó el trabajo. Una fila de trozos aplanados se inclina hacia adentro y, por fin, nuevas filas van formando la abertura, que se refuerza algo en su margen con la aplicación de un borde de trozos más gruesos.

La pieza se deja luego secar, primero al sol y más tarde, durante varias horas, en la casa, en un lugar de temperatura sostenida.

En la manufactura de cerámicas pequeñas se observa además la técnica del modelado directo. De un pedazo esférico de barro se forma la vasija, esta vez sólo con las manos y sin la ayuda de un molde. Es natural que la forma de estas piezas sea menos simétrica y perfecta que la de los objetos moldeados con la técnica anteriormente descrita.

Tratamiento de la superficie

Cuando la cerámica ya está endurecida, se procede al “baño” (slip). En un pequeño recipiente se diluye un pedazo de greda roja en agua hasta tener un color fuerte. Con los dedos se aplica ahora esta pintura sobre todo el exterior de la vasija y, tratándose de recipientes con amplia abertura, también en el interior. La pintura se va secando y absorbiendo rápidamente, de manera que al terminar una capa de color, ya

se puede aplicar otra, y a veces la cerámica se pinta así cuatro o cinco veces, hasta que su colorido sea igual por todas partes. De nuevo la pieza se deja secar, primero en el sol y luego en la casa, por espacio de varias horas.

Una fase muy importante en la manufactura de la cerámica es el pulimento de la superficie, proceso que se efectúa siempre después del “baño”. Para este fin se emplea un pedazo de totuma y luego pequeños frutos vegetales de superficie muy lisa y dura (“*muluta*”, “ojo de venado”). Raspando con la fruta sobre el exterior de la vasija, con movimientos cortos y precisos, el barro ya endurecido adquiere así un brillo particular, profundizando al mismo tiempo el color de la pintura roja. El proceso del pulimento es muy largo y dura varias horas. Cuando la vasija muestra un brillo parejo en todas partes, se pone a secar definitivamente, por lo común en el umbral de la casa, sobre el fogón. Para evitar que más tarde las vasijas se quiebren al cocerlas, debido a la contracción demasiado rápida de la greda todavía húmeda, las piezas se dejan secar por días, a veces semanas, antes de proceder a su cocción.

Como medio decorativo pudimos observar únicamente líneas incisivas que representan la pintura facial en las piezas antropomorfas; son características también las pequeñas perforaciones que se efectúan alrededor de la boca de las cerámicas de menos tamaño, así como también en las figuras antropomorfas, donde aparecen en las orejas y bajo los brazos.

Cocción

Para cocer la cerámica, se hace fuera de la casa una hoguera de madera muy seca. Colocando las vasijas entre las brazas, evitan que la madera se queme con llamas demasiado grandes; separan a veces los maderos y cambian las vasijas de lugar. El fuego se controla constantemente avivándolo con una sopladera. Después de media hora las brazas se dispersan y las vasijas se dejan enfriar en la ceniza durante varias horas.

Después de la cocción la cerámica tiene un aspecto rojo brillante y con manchas negras externas que atestiguan la manera de su cocción.

Formas

En la cerámica de los Chamí del Corozal pudimos observar las formas siguientes: recipientes esféricos u ovoidales, sin pie, con amplia boca y reborde saliente; recipientes en forma de copa con pie anular hueco, sin reborde en la abertura; cerámica antropomorfa de cuerpo ovoidal con base aplanada y la representación de una o dos caras en la parte superior. Toda la cerámica antropomorfa está provista de una pequeña tapa en forma de lenteja gruesa para cubrir la abertura.

Una cerámica excepcional es una pipa múltiple. Esta pieza consiste en un recipiente globular de unos 12 centímetros de diámetro con base aplanada y reborde saliente. De la parte inferior le salen cuatro tubitos de barro que forman las boquillas de esta pipa. Sea dicho de paso que esta pipa colectiva tiene carácter ceremonial, constituyendo un elemento cultural hasta ahora insospechado.

En un caso observamos la manufactura de una figurita humana maciza, modelada directamente de un trozo de barro.

Conclusión

La cerámica de los Chamí del Corozal tiene las características siguientes:

- a) preparación del barro con piedra de moler;
- b) ausencia de desengrasante, mica, arena, ceniza, etc.;
- c) técnica de moldeado combonado con pastillaje;
- d) técnica de modelado directo para vasijas pequeñas;
- e) “baño” (slip);
- f) pulimento con semillas;
- g) cocción al aire libre a baja temperatura;
- h) formas: ovoidal sin pie, copa de pie anular, antropomorfa, pipa múltiple.

La técnica ceramista de los Chamí parece tener un carácter muy antiguo, que hasta ahora ha pasado inadvertido en los análisis. Su importancia estriba ante todo, en la suposición de que ésa fue la técnica general en la zona cultural del Magdalena. Según nuestras propias experiencias con cerámica arqueológica, las vasijas de mayor tamaño tienden a romperse en la periferie máxima y la parte superior, pero muy

raras veces en la inferior. Esta observación cabe ante todo en la cultura de las urnas funerarias, capa arqueológica que seguramente data de una época muy anterior a la Conquista. La técnica de molde sobre un casco, combinada con pastillaje en la parte superior, parece haber sido muy generalizada en la Colombia Interandina, desde la costa atlántica hasta el sur del Huila y Cauca.

Podemos afirmar que un detallado examen de las cerámicas arqueológicas colombianas, mostrará un sorprendente resultado, al tener en cuenta la técnica sobreviviente entre los Chamí. Un tal examen dará lugar a conclusiones muy importantes ya que la técnica empleada en la manufactura de cerámica debe ser un elemento mucho más estable y menos sujeto a cambios que la tipología de las formas o los medios decorativos.

L I N G U I S T I C A

TOPONIMIA DEL ALTO MAGDALENA

Por: Juan FRIDE

El estudio de la toponimia presenta un gran interés, toda vez que por medio de ella se puede localizar los antiguos asentos de las civilizaciones indígenas desaparecidas, y aun pueden aclararse algunos aspectos de sus culturas, muy especialmente en lo que se refiere al idioma. Y en los momentos actuales su importancia crece si se considera que una gran mayoría de los nombres de origen indígena van siendo reemplazados por otros de origen español, o aun indígena, pero que no corresponde en su contenido a la región en que se emplean.

De enorme importancia consideramos, por lo mismo, la Toponimia del Alto Magdalena, hecha a base de instrumentos públicos registrados en Garzón, Huila, y recogidos por Juan Friede en el año pasado, pues, como él muy bien lo anota, en esa región la propiedad está muy parcelada y cambia de mano frecuentemente, lo que trae como consecuencia una modificación de la denominación de los predios, ejemplo de lo cual es la desaparición de muchos de los nombres que figuran en la lista que se publica a continuación.

El señor Fride ha anotado, junto con los topónimos, el sector donde se encuentran ubicados, lo mismo que la fecha en que fue hecha la escritura, para facilitar con ello la labor de ubicación de los mismos.

<i>Topónimo</i>	<i>Municipio</i>	<i>Fecha</i>
Guano de Pajijí	Gigante	Marzo 1º, 1848
Mantagua	Santa Librada	Enero 3, 1881
Cachaya	Gigante	Mayo 3, 1881
Guasayalta	El Hato	Enero 7, 1881
Curiguagua	Guadalupe	Enero 27, 1881
Cariguagüita	"	Noviembre 7, 1881

<i>Topónimo</i>	<i>Municipio</i>	<i>Fecha</i>
Toco	Timaná	Enero 29, 1881
Chumepa	"	Noviembre 23, 1881
Maibó	"	Abril 30, 1856
Quitumbé	"	Abril 21, 1854
Sicandé	"	Abril 7, 1854
Sican	"	Octubre 23, 1854
Cozanza	"	Octubre 30, 1859
Alto de los Paquíes	"	Mayo 25, 1881
El Carruchal	"	Mayo 7, 1856
Tucubán	"	Diciembre 5, 1856
Piragua	"	Noviembre 23, 1881
Paporro	"	Diciembre 5, 1881
Inandó	"	Diciembre 14, 1881
Afundiche	"	Diciembre 31, 1881
Quinche	"	Mayo 13, 1856
Pencua	"	Marzo 12, 1879
La Guafana	"	Mayo 1º, 1880
Camenzó	"	Julio 19, 1851
Oligual	"	Marzo 12, 1854
Guazamba	"	Abril 1º, 1884
Quechema	"	Enero 2, 1873
Lacacos	Pitalito	Febrero 5, 1881
Chazguayaco	"	Marzo 27, 1883
Cusumbe	"	Julio 5, 1883
Laboyos	"	Octubre 12, 1874
Guacacallo	"	Octubre 26, 1878
Chiyurco	"	Marzo 30, 1871
Los Acacos	"	Marzo 18, 1854
Conta	Tarqui	Febrero 23, 1881
Guillote	"	Septiembre 17, 1881
Oporapa	"	Mayo 16, 1859
Caraguaja	"	Junio 16, 1852
Cuchiyuyo	"	Marzo 14, 1859
Sebonuco	"	Septiembre 10, 1883
Jambasa	"	Diciembre 7, 1867
Turupamba	Guadalupe	Noviembre 7, 1858
Cachingal	"	Octubre 30, 1859
Jigua	"	Noviembre 8, 1859
Jampamba	"	Abril 21, 1883
Jagüé	"	Julio 15, 1874
Anaquienco	"	Marzo 12, 1850
Tocheré	Garzón	Mayo 8, 1881
Yunga	"	Octubre 5, 1852
Conuco	"	Enero 29, 1875
Chilicambe	La Plata	Abril 22, 1839
Cuchayaco	"	Agosto 5, 1853

<i>Topónimo</i>	<i>Municipio</i>	<i>Fecha</i>
Los Quingos	”	Septiembre 9, 1884
Chicue	”	Septiembre 25, 1853
Moscopán	”	Junio 23, 1878
Yaguilga	El Pital	Enero 20, 1840
Nincos	”	Febrero 14, 1881
Cambas	”	Febrero 8, 1865
Vega de Ninco	”	Noviembre 8, 1875
Come	”	Octubre 28, 1878
Raspayuco	”	Septiembre 25, 1883
El Igua	El Agrado	Octubre 8, 1851
Chimbe	”	Mayo 11, 1846
Chimbayaco	”	Diciembre 10, 1831
Picumá	Suaza	Mayo 9, 1850
Emayá (Imayá)	”	Mayo 14, 1858
Quizayá	”	Diciembre 5, 1848
Vega de Mafi	”	Enero 23, 1879
La Singa	”	Marzo 10, 1880
Montagua	”	Enero 7, 1873
Loma de Magué	”	Septiembre 23, 1859
Satía	”	Agosto 13, 1840
Jacue	”	Octubre 17, 1858
Sanayaco	”	Octubre 25, 1860
La Singa	Naranjal	Junio 11, 1854
Almisquiyal	”	Enero 11, 1857
Sicana	”	Marzo 30, 1865
Ñapaña	Altamira	Febrero 23, 1883
Sosa	”	Marzo 20, 1883
Los Timbicos	”	Marzo 22, 1884
Quitumbe	Elías	Enero 6, 1883
Machetá	”	Noviembre 25, 1831
Macará	Gigante	Enero 17, 1879
Quimbó	”	Junio 16, 1848
Cholupal	”	Junio 12, 1847
Vilú	Yaguará	Abril 20, 1879
Guagua	Neiva	Marzo 5, 1881
Tamaná	“	Agosto 5, 1850

ETNO - GEOGRAFIA

EL MACIZO COLOMBIANO

ZONAS REGIONALES CON CARACTER GEOGRAFICO INDIVIDUAL

POR: ERNESTO GUHL

Toponimia.— La falta de conocimiento de lo que constituye en sí, desde el punto de vista geográfico, el llamado *Macizo Colombiano*, ha hecho que en ocasiones se haya dudado de esta denominación. Sobre este particular algunos geógrafos afirman que el macizo “se halla constituido por el tronco andino del sur de Colombia donde los Andes conservan la unidad orográfica que los distingue desde el extremo del Continente hasta los altiplanos de Pasto”⁽¹⁾; sin embargo, esta afirmación es diferente de las de otros geógrafos, tales como Humboldt, Vergara y Velasco y Codazzi. Conforme a la primera afirmación, la propia cordillera de los Andes constituye el Macizo por su unidad geográfica, lo que resulta muy discutible por cierto, si tomamos en cuenta la variedad de la complicada red orográfica y sus típicas anudaciones, hoyas, altiplanos y cuencas, las cuales se extienden, en forma notoria, desde Bolivia hasta el Ecuador y Nariño. Los nudos o macizos de Pasco y Vilcanota en el Perú, por ejemplo, como también los nudos o macizos que forman las cuencas en el Ecuador, dan una idea de la compleja orografía de los Andes que tienen para la vida nacional de los respectivos países una importancia por lo menos igual a la que tiene el Macizo Colombiano para el nuestro. Y las tres cordilleras colombianas, al fin y al cabo, forman parte también de la misma orografía andina. De este modo llegamos, pues, a la conclusión de que la denominación *Macizo Colombiano*, no constituye en sí un problema

(1) Alvarez Lleras (Jorge): “Metodología Tropical” en Revista Colombia, Nos. 3 y 4. 1944.

geográfico ni geológico, ni de toponimia, puesto que el origen lingüístico de este nombre es claramente castizo, apoyado en factores culturales de una parte y en factores naturales, de otra, como lo demostraría un estudio sobre el origen de tal nombre, basado en el aspecto físico del paisaje.

No sucede lo mismo en cuanto se refiere al contenido de nombres geográficos dentro del mismo Macizo, en el cual se advierten algunos como Paispamba, Coconuco, Puracé, Totoró, Sotará, Paletará, Pancitará, Timbío, Cajibío, Cuachicono, Sucubum..., los cuales presentan verdaderos problemas de toponimia y cuyo análisis geográfico debe hacerse buscando su origen lingüístico, fundándose luego en el tipo de paisaje, aprovechando los factores naturales y culturales, para descubrir como finalidad su carácter como nombre geográfico especial.

El caso opuesto de estos nombres serían las denominaciones Finlandia, Palestina, la Argentina, Sevilla, por ejemplo, que encontramos en el Quindío, nombre este último que, como El Valle, la Sabana, Sumapaz, etc., son denominaciones geográficas populares y definitivamente introducidas en la geografía colombiana, como lo son los de Europa, Asia, América, etc., dentro de la nomenclatura de continentes en la Geografía Universal y que, aunque se acepta hoy en día que desde el punto de vista geográfico esta división de la superficie terrestre en tales continentes es absurda e inexacta, a nadie, sin embargo, se le ocurre poner en duda estos nombres, ni su significado. Lo mismo sucede en Colombia, donde en cuestión de nombres geográficos reina aún un gran caos; y en lo que se refiere al *Macizo Colombiano*, se trata muy claramente de aquel grandioso nudo andino donde la enorme masa de los Andes se divide en tres ramales que marcan la dirección orográfica en el terciario, orientando los ríos más importantes de Colombia, y que parece haber sido la cuna de la cultura más antigua del país.

Pero sí la toponimia debe corregir los nombres geográficos que no se hayan definido todavía claramente, como sucede con “el mirador” empleado para designar cerros sobresalientes que en cada región existen por docenas, o nombres como río “Quita-calzones”, quebrada “Moja-huevos”, “aguas-frías”, “aguas claras”, etc. Trabajos orientados en este sentido se adelantan en los Estados Unidos y en otros países; comisiones como la United States Board on Geographical Names, integrada por representantes del Departamento de Estado, The Lighthouse Board of the Treasury Department, Cuerpo de Ingenieros del Ministerio de Guerra, Oficina Hidrográfica del Ministerio de Ma-

rina, Ministerio de Correos, Servicio Geológico, Sociedades Geográficas, históricas, arqueológicas y etnográficas, se encargan de ello; ya los alemanes publicaron en su organización correspondiente la famosa revista “Zeitschrift für Ortsnamenforschung”, que trata de problemas del mundo entero en estos aspectos a que hacemos referencia.

Subdivisión del Macizo Colombiano en zonas regionales con carácter geográfico individual.

La gran cantidad de nombres geográficos dentro del Macizo Colombiano indica que se trata de una región bastante variada en su geografía, variación que a su vez se refleja en la distribución étnica del mismo, pues la división orográfica del Macizo tuvo, quizá, la influencia más decisiva en la distribución y extensión de las distintas tribus. Aunque la población indígena del Macizo está formada por los indios llamados genéricamente *Páez*, éstos se dividen en diferentes grupos dialectales, o sean los *Páez* propiamente dichos, los *Kila*, en el valle de Almaguer, los *Totoró*, *Guambiano Coconuco* y *Guanaco*, sin contar con la influencia de los *Pixao*, *Panche* y *Quimbaya*. Esta variedad característica para el Macizo Colombiano, tiene su principal explicación en la división orográfica de la región, y su último reflejo lo encontramos en la actual distribución de estas zonas en resguardos indígenas cuyo número alcanza a cincuenta y siete en el Departamento del Cauca, incluidos todos en el Macizo Colombiano, y de los cuales, veintidós están en Tierradentro únicamente.

También los españoles se dieron cuenta del carácter geográfico especial del *Macizo Colombiano*, pues hablan de haber encontrado en los valles de cada río, tribus distintas que, obligadas por la topografía, tenían que colonizar y cultivar un valle con sus afluentes, incluyendo las fuentes.

La subdivisión climatológica vertical del *Macizo Colombiano* —que a su vez se puede aplicar a cualquier espacio en el territorio nacional—, es: de cero a ochocientos metros sobre el nivel del mar, más o menos, o sea la zona tropical caliente; de ochocientos a dos mil metros, aproximadamente, la zona tropical templada; de los dos mil a los tres mil cien metros, más o menos, la zona tropical fría y de esta altura para arriba la región de los páramos. En estas zonas la vegetación es extremadamente variada hasta los tres mil cien metros aproximadamente, altura en que desaparece el bosque; de aquí hasta los 3.600-3.800 metros, más o menos, encontramos solamente herbáceas y musgos, y

de allí en adelante la vegetación sigue disminuyendo hasta las nieves perpetuas.

Tan variada como la escala de la vegetación es la de la temperatura, que va desde el promedio de unos treinta (30) grados de calor en el Valle del Patía, hasta cero grados, y aún menos, en las regiones de las nieves perpetuas ⁽¹⁾ (Lám III. a).

Hay, pues, cuatro grandes zonas climáticas que en sí ofrecen una variedad de subdivisiones con sus características especiales, debidas a la originalidad del espacio. La región limítrofe entre dos grandes zonas climáticas, es a su turno una verdadera faja pequeña con características geográficas propias, que conduce de una gran zona a la otra, como la comprendida, por ejemplo, entre los 800 y los 1.200 metros, que no es ardiente todavía, pero que tampoco puede incluirse dentro de la zona templada.

En la escala climatológica se nos presenta otro punto de estrecha colaboración entre la Etnología y la Geografía, puesto que aquella –la escala climatológica– es también, a su vez, una escala étnica. Un buen ejemplo de lo que afirmamos puede verse desde el valle del Cauca hasta el centro del Macizo Colombiano (hablamos de población rural), donde se escalonan: los negros o negroides en el valle, población que, al ascender, cambia progresivamente hacia el mulato, el mestizo, el blanco y el indio que alcanza las mayores alturas, cambio que corresponde también a la alimentación básica y que va desde la yuca en el valle, la arracacha y el plátano en las vertientes, hasta la papa, el trigo y el centeno en las alturas.

De acuerdo con lo anterior podemos, entonces, hacer una subdivisión del Macizo Colombiano en zonas regionales con carácter individual de la manera siguiente:

- 1°– Parte alta y alto valle del Magdalena;
- 2°– Parte alta y alto valle del Cauca;
- 3°– Parte alta del Caquetá;
- 4°– Parte alta y alto valle del Patía;
- 5°– Parte alta y valle del río La Plata;
- 6°– El río Páez con Tierradentro;
- 7°– El norte del Macizo con Paletará;
- 8°– La Sierra Nevada de los Coconucos con el volcán Puracé;
- 9°– El Macizo del volcán de Sotará;

(1) Vila, (Pablo): Nueva Geografía de Colombia. Bogotá, 1945.

- 10- El sur del Macizo con el valle de las Papas;
- 11- La depresión del Buey;
- 12- La cuenca de la laguna del Magdalena (Páramo de las Papas);
- 13- La Cordillera Central al norte del Macizo;
- 14- La Cordillera Central al sur del Macizo;
- 15- La Cordillera Oriental;
- 16- La Cordillera Occidental;
- 17- Las zonas regionales de las vertientes de las cordilleras.

*El paisaje como unidad pequeña en las variaciones del espacio.
La Sabana de Paletará y su clima.*

Debemos empezar ahora la división en paisajes de las localizadas regiones geográficas individuales, acercándonos aquí otra vez al campo etnológico, y considerando que el paisaje es la unidad más pequeña en las variaciones del espacio, y el factor que influye más directamente sobre el hombre. Así, por ejemplo, el gran número de los resguardos de Tierradentro tiene su causa en la variada topografía (Lám II. c, d), cuyo resultado es un continuo cambio del paisaje en un territorio muy pequeño. También las regiones de Moscopán y Malvasá, como las sabanas de Paletará y el valle de las Papas, son pequeñas, con características propias bien marcadas, y las dos últimas son muy diferentes de las regiones montañosas fronterizas. Para corroborar lo anteriormente dicho sobre la unidad climática de estas pequeñas unidades, publicamos una serie de datos sobre el clima de la sabana de Paletará, que aparecen en la tabla que acompaña este artículo. Estos datos fueron recogidos desde mediados de abril hasta principios de mayo del año de 1942, época del año que se caracteriza por un tiempo lluvioso, aunque no muy invernal.

Un análisis de la tabla durante diez días, nos da el siguiente resultado: la temperatura promedio para las 6 a.m., es de 2,3 grados centígrados (Se escogió esta hora porque en una más tarde el sol ya calienta demasiado y en una más temprano nos da la temperatura más baja de la noche, y, además, por ser la hora más frecuentemente despejada); el promedio de temperatura para las seis de la tarde es de 7,7 grados centígrados, y para las nueve de la noche, de 5,3 grados. En esta observación falta la temperatura de las doce del día, pero la diferencia de temperatura entre esta hora y la de las seis de la tarde, no es muy grande si no hay sol, caso que ocurría precisamente a fines de abril y principios de mayo que es la época lluviosa.

Sin embargo, para un promedio diario nos hace falta la temperatura del mediodía y la baja temperatura de la madrugada, si tomamos en cuenta los bruscos cambios de temperatura de los páramos, como nos lo demuestran los datos recogidos en la sabana de Paletará el 2 de mayo del año anteriormente anotado, a una altura de 3.000 metros.

6 a.m. Densa niebla, sin viento	3 gds. c.
7 a.m. Cielo despejado con sol y sin viento.....	10 " "
10 a.m. Cielo despejado con sol y sin viento.....	40 " "
10½ a.m. Cielo nublado y fuertes vientos.....	16 " "
11½ a.m. Con fuerte lluvia y vientos fuertes.....	12 " "

El resto del día transcurrió con cielo nublado, atmósfera fría y con vientos.

La temperatura media diurna es, pues, según los datos de estos diez días de 5.1 gds. en la sabana abierta de Paletará. Durante esta época de observaciones, llovió ocho días consecutivos. Insolación no hubo más que de dos a tres horas diarias, y los vientos soplaron constantemente en dirección S-SW, con fuerza especial durante las mañanas y las primeras horas de la tarde.

Los vientos alisios.— El dato más interesante de esta tabla es, quizás, el de la dirección de los vientos ya anotados, que llevan la misma de los alisios, fenómeno que hemos observado durante permanencias en distintas épocas del año en el Macizo Colombiano, y últimamente en la población de Timba, lejos del Macizo, en el Valle del Cauca al pie de la Cordillera Occidental donde la lluvia llega con los vientos S-SW o S-S (el cambio de dirección es pequeño), y muy raras veces desde el W o NW, o sea desde la Cordillera Occidental. Más claramente se observa aún el fenómeno de que los inmensos bancos de nubes que suben del litoral y de la vertiente pacífica de la Cordillera Occidental, no pueden pasar hacia la vertiente oriental de la misma; se levantan y se estrechan contra una fuerte invisible, los altos vientos alisios, factor principal del clima del Macizo Colombiano.

Riqueza mineral.— La riqueza mineral en el centro del Macizo, en la región del cerro Munchique y a la altura correspondiente en la Cordillera Central, está comprobada por el análisis de unas muestras de minerales recogidas en ambas partes y con el mismo resultado, que es el siguiente, según el examen realizado sobre las mismas por el profesor doctor José Estiliano Acosta: cuarzo cristalino con pirita, galena y estibina; cuarzo lechoso con pirita y menores cantidades de galena;

cuarzo lechoso con abundante sulfuro de antimonio, pirita y óxido de hierro hidratado; estibina; estibina con yeso férrico; talco con trazas de berilo; micasquistos; cuarzo en cristales con óxido de hierro, estibina y sulfuro de arsénico en trazas; micasquistos con solución sólida de pirita; argonita; oro aluvial y de filón; aguas termales. Estas pruebas de minerales fueron recogidas en las vertientes oriental y occidental de las cordilleras Occidental y Central, respectivamente.

*El valle de las Papas y el páramo de las Papas o de El Letrero.–
El nacimiento de los ríos Magdalena y Caquetá.*

Aunque hay mucha semejanza entre la sabana de Paletará y el valle de las Papas, es el último, mucho más grande, amplio y abierto, con una altura promedio de 3.000 metros, que constituye un inmenso valle de forma irregular y con una extensión de más de treinta kilómetros y una anchura que varía entre dos y ocho kilómetros, más o menos, comunicado con muchos valles laterales que, sobre todo en la parte oriental, bajan de los macizos de Socoboni y Sucubum, en los que se encuentran muchas lagunas que en su mayor parte desaguan en el valle de las Papas (Lám I. a). Ambos macizos (Lám III. b, c) alcanzan alturas mayores de 4.000 metros y son todavía completamente desconocidos. También es desconocido el trayecto comprendido entre el páramo de las Papas y la sabana de Paletará, que conecta estas regiones con los macizos de Sotará y Coconuco, llamado páramo o depresión del Buey, con el nacimiento del río Cauca. Pero lo que sí es bien conocido es el páramo de las Papas o de El Letrero, con los nacimientos de los ríos Magdalena y Caquetá, cuya verdadera situación se ve en el croquis acompañante. Como se puede observar desde las “Peñas Blancas”, que separan el valle de las Papas del páramo del mismo nombre, y desde donde se denomina toda la cuenca de la laguna de la Magdalena y los volcanes de Sotará y Doña Juana, la cuenca de esta laguna es un pequeño altiplano sobre la cresta de la Cordillera Central, en cuyos extremos NW y SE se encuentran las dos lagunas: la de la Magdalena (Lám II. a, b) y la de Santiago, con alturas de 3.370 y 3.358 metros, temperaturas de 7.5 y 8 grados centígrados y presiones barométricas de 506 y 508 mm., respectivamente separadas la una de la otra por una baja cordillera que divide la cuenca de la Magdalena en dos partes, sobre la cima de la cual va el antiguo camino en que se encuentra la famosa piedra que ha dado al páramo uno de sus nombres: El Letrero.

Pero además de las dos lagunas ya mencionadas, que tienen pequeños tributarios, y en las que nacen los ríos Magdalena y Lampeduse, que se unen a poca distancia, encontramos seis más, colocadas en forma estelar, o sean cinco pequeñas lagunas que coronan una mayor, la de San Rafael. Esta corona de lagunas está situada en dirección SE y a una distancia menor de un kilómetro de la laguna de Santiago, pero con una elevación mayor que aquélla, y ocupa la cima de una loma de forma cónica. Por esta situación topográfica especial, las lagunas de San Rafael desaguan hacia los cuatro puntos cardinales y, por consiguiente, tanto a la laguna de Santiago (fuentes del Magdalena), como a una pequeña depresión a menos de un kilómetro al SW, en cuyo fondo pantanoso nace el río Caquetá. (Lám I. b).

Se ve, pues, por lo anterior, que el río Caquetá no nace en la laguna de Santiago, aunque si tiene una comunicación directa, por intermedio de las lagunas de San Rafael, con aquélla; es una comunicación de aguas que no tiene valor material ninguno, porque la topografía hace imposible que lleguen aguas de la laguna de Santiago al Caquetá.

Estos dos ríos, Caquetá y Magdalena, son los únicos que nacen en la cuenca de la Magdalena. El río San Jorge (afluente del Patía, no fuente) nace a distancia de varios kilómetros en la vertiente occidental de la Cordillera Central, en el páramo de Babillas, y en el río Cauca, cuyas fuentes no se conocen aún, nace a bastante distancia más al Norte, al parecer en las cercanías del volcán de Sotará.

Literatura: Sobre el Macizo Colombiano pueden consultarse los siguientes estudios:

La Geografía Física i Política del Estado del Cauca, de Felipe Pérez, publicada en el año 1862. En ella no figura la denominación Macizo Colombiano, y la descripción de la región correspondiente es muy errada.

La Carta Geográfica de Codazzi (1864). Errada.

La Nueva Geografía de Colombia de Vergara y Velasco, publicada en el año 1901. Hay en ella una descripción del Macizo Colombiano, bastante aceptable, pero que en los detalles de la estrella fluvial está todavía un tanto errada.

El trabajo de Joaquín Emilio Cardozo, *Monografía Geográfica sobre el Macizo de los Andes*, publicado en el Boletín de la Sociedad Geográfica (Vol. V, No. 11. 1938). Este estudio aclara bastante la situación, aunque su croquis tiene varias inexactitudes, como la extensión de las lagunas en relación con el mismo altiplano, la distancia entre éstas, el

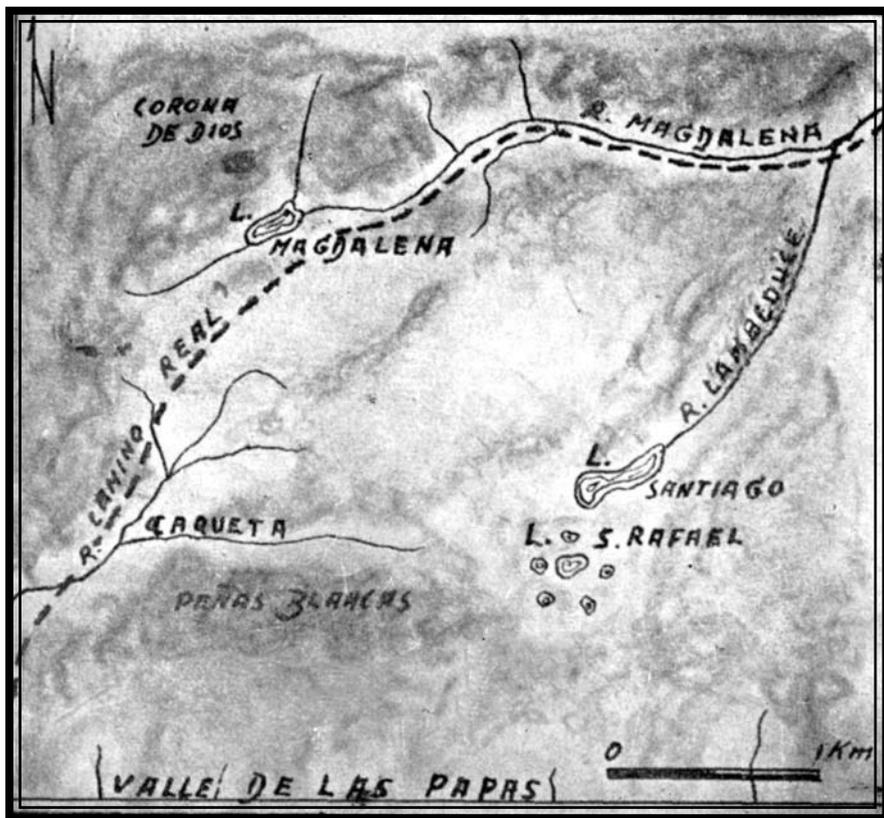
nacimiento del río Caquetá, y la laguna del Buey con el nacimiento del Cauca, que no existe en el lugar en que el señor Cardozo la localiza.

El estudio y el croquis de Emilio Grosse, publicados en *Compilación de los Estudios Geológicos en Colombia* t. III, aclaran la situación definitivamente, pero faltan en él las lagunas de San Rafael, omisión explicable si se tiene en cuenta que las lagunas se ven únicamente desde la cima de “Peñas Blancas”, pero no desde el camino nacional viejo, punto desde donde el señor Grosse levantó su croquis.

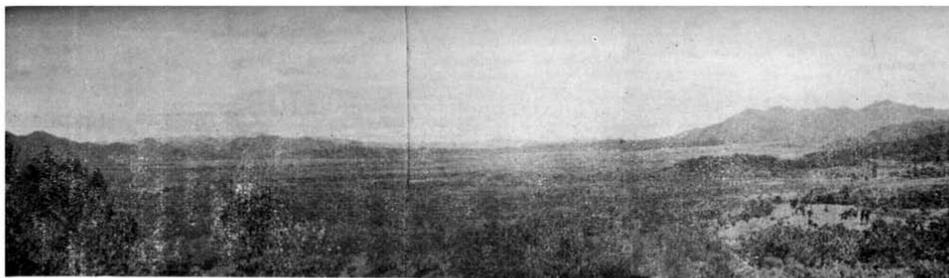
El trabajo que el hermano Justo Ramón publicó en los números 6 y 7 de la Revista Colombia (1944), confirma el estudio del doctor Grosse, documentándolo con los trabajos de Joaquín Acosta Ortegón, quien rindió un informe, como médico de la comisión antileprosa del Cauca, al Director General de Lazaretos, en el año 1930, como también con los informes de Wenceslao Cabrera y Roberto Tulio Velásquez sobre dicha región, en los años 1940 a 1942.

El arzobispo de Popayán, monseñor Diego María Gómez T., trae datos recogidos por el señor Luis Bejarano, hacendado del valle de las Papas, en un artículo publicado en la revista de la Universidad del Cauca (No. 6, 1945).

El trabajo publicado en la “Revista Geográfica de Colombia”, marzo de 1939, por Helí Moreno Otero, e intitulado *El Río Magdalena*, se refiere a la región del Macizo Colombiano, en relación con las fuentes del río.



Volver al llamado



(a)

El valle de las Papas, vista hacia el sur.

A la izquierda se ve el Macizo de Sucubum; a la derecha corre el río Caquetá, junto a la cordillera.



(b)

Lagunas de Santiago y de San Rafael. En el fondo, a la izquierda, se divisa el nacimiento del Caquetá.



(a)
Laguna de la Magdalena
con su ambiente paramuno



(b)
El Alto Magdalena



(c)
Paisaje típico de Tierradentro



(d)
Paisaje típico de San Agustín

(a)
Los altos y cálidos valles del
Patía y del Cauca, y al fondo
El cerro Minchique, en la cordillera
Occidental, visto desde Paispamba
en la cordillera Central.



(b)
Una de las lagunas no glaciales del Macizo
Colombiano. Obsérvese la sedimentación en
forma de lanza.



(c)
La misma laguna de Gusillaco con
su ambiente característico

I N D I G E N I S M O

NOTAS SOBRE EL COCAISMO EN COLOMBIA

POR: LUIS DUQUE G.

La agitación suscitada en el año pasado en torno al complejo problema del “mambeo”, vicio tan extendido entre la población indígena del sur del país, que mereció interesantes comentarios en la prensa capitalina, por parte de los doctores Jorge Bejarano y Luis Eduardo Nieto Caballero, nos mueve hoy a escribir estas notas, con el ánimo de aportar algunos datos recogidos personalmente en el terreno, en contacto con grupos indígenas localizados en diferentes regiones de los departamentos de Cauca y Huila, y a través de algunas de las crónicas de la Conquista y la Colonia.

El vicio del cocaísmo es uno de los menos estudiados en Colombia, no obstante los caracteres alarmantes que reviste y su considerable extensión entre los nativos del territorio nacional. De aquí que la opinión pública se resienta de cierto desconocimiento del problema, y que los funcionarios encargados de llevar a la práctica sus posibles soluciones lo hayan reducido a términos que no se compadecen con su verdadera realidad, como se desprende de las aclaraciones hechas por los funcionarios del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, en respuesta a los alarmantes comentarios del doctor Bejarano. En dicho Ministerio se informó que la campaña contra este tóxico se había iniciado desde el año de 1938 “...en el cual se dictó la resolución número 95 que dispone que la coca sólo podrá ser vendida en droguerías y en farmacias. También el mencionado ministerio dictó la resolución número 578 de 1941, por medio de la cual se dispone levantar el censo de las plantaciones de coca existentes en el país y se dan instrucciones precisas a los alcaldes y corregidores a fin de colaborar intensamente

en esta campaña que ha sido una de las principales preocupaciones del Estado. Igualmente por medio de la última resolución a que aludimos se dispone perentoriamente que no podrán establecerse nuevos cultivos de esa planta y que se procederá a su destrucción en los terrenos comunales, así nacionales como departamentales y municipales”. Tales son los términos en que está concebida la famosa campaña contra la coca, según las informaciones de carácter oficial. Proclamar como única fórmula para terminar con la práctica del *mambeo*, la prohibición del comercio y las plantaciones de la hoja, no parece ser una solución muy acertada, si se estudian con algún cuidado las características del problema, sus orígenes y consecuencias y el estado social en que se encuentran los grupos humanos que practican esta costumbre.

Juan Friede, en su documentada obra titulada “*El Indio en Lucha por la Tierra*”, anota que “La costumbre de utilizar la coca como medio de aplacar el hambre o, lo que es lo mismo, como un complemento de una insuficiente alimentación, y su generalización en América, parece obedecer a ciertas condiciones sociales y no, como erróneamente se cree, a una costumbre o tradición centenaria del indio. El hecho es que, según las pocas investigaciones realizadas hasta ahora, las tribus nómades y cazadores de la selva no usan la coca, ni ningún narcótico que la reemplace como sustituto en su alimentación. Por el contrario: las noticias transmitidas por los cronistas españoles, lo mismo que los datos suministrados por los investigadores modernos, demuestran el empleo de la coca como sustituto alimenticio sólo en tribus de una organización feudal o semifeudal”. Con todo y las anotaciones anteriores, una excursión a través de las viejas crónicas nos indica que el cocaísmo estaba bien extendido entre la población nativa antes de la llegada de los hombres de ultramar. Ya desde la primera mitad del siglo XVI, época en que se inició la penetración española a lo largo de los territorios del interior de Colombia, cuando todavía los efectos de la Conquista no había repercutido en la economía del nativo, el “*mambeo*” fue constatado entre los indígenas asentados en las zonas que hoy constituyen Antioquia, Caldas, Bolívar, Magdalena, sabana de Bogotá, Huila, Cauca, Nariño y la Guajira, a juzgar por las noticias transmitidas por Oviedo, Fray Pedro Simón, Fray Descobar y Pedro de Cieza de León. De este modo, la práctica del cocaísmo entre la población indígena colombiana es más antigua de lo que puede suponerse y viene minando sucesivamente generaciones de nativos, sin que el Estado haya alcanzado todavía a medir la magnitud de este problema nacional.

Es posible que en sus orígenes esta práctica hubiera tenido un carácter ritual, al menos entre algunas agrupaciones. Tal se desprende de la noticia que nos trae Fray Pedro Simón para los Chibcha de la Sabana de Bogotá, los cuales “...en los velorios de sus difuntos, alegrábanse al último con su vido y mascar hayo, que son unas hojas de una mata semejantes a las del lentisco, que dicen les da fuerza mascándola...”. Rodríguez Freile refiere que el padre Francisco Lorenzo, cura y doctrinero del pueblo de Ubaque, en una excursión “entró por las labranzas hasta llegar a los ranchos del jeque, sintió que estaba recuerdo y que estaba mascando hayo, porque le oía el ruido del calabacillo de la cal”. Al margen del texto anterior se encuentra una nota que dice que “Los chibchas acostumbraban mascar la planta *hayo o coca* (árbol) mezclada con una yerba purgante”. Iguales características tenía el “*mambeo*” entre los indios del Cenú, según los datos de Castellanos.

Es evidente que el vicio de la coca vino a extenderse como resultado de las difíciles condiciones de vida que para los nativos trajo la empresa de la Conquista, pues el alcaloide que contiene la famosa hoja, puesto en libertad mediante la mezcla alcalina que se denomina “*mambe*”, provoca reacciones artificiales en el organismo, que remedian de momento las deficiencias motivadas por el hambre y la desnutrición. Las frecuentes exacciones, la mita y los abusos cometidos por los encomenderos, comprometieron de por vida la rudimentaria economía del nativo y lo obligaron a recurrir a este tóxico como medio de artificial subsistencia. Cieza de León, en ese diario de magníficas observaciones que constituye *La Crónica del Perú*, nos cuenta cómo “...entre los demás indios sujetos a las ciudades de Cali y Popayán, usan la coca menuda ya dicha, y de unos pequeños calabazos sacan una mixtura o confección que ellos hacen, y puesta en la boca la traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es a manera de cal” más adelante agrega el cronista: “...esta hoja quita el hambre, aumenta el vigor y da fuerza...”.

En la actualidad el vicio del cocaísmo se extiende entre algunos grupos de nativos del Departamento del Magdalena, entre los diferentes núcleos guajiros, entre tribus localizadas en los Territorios Nacionales; también lo practican los colonizadores indígenas que avanzan desde el Cauca y llegan hoy hasta el norte de Palmira (Valle), y, principalmente, varios grupos indígenas y mestizos de los departamentos de Huila, Cauca y Nariño. De este último departamento informa Her-

nández de Alba, en su folleto “Etnología de los Andes del Sur de Colombia” (separata de la Revista de la Universidad del Cauca), apoyándose en los datos suministrados por Miguel de Garganta Fábregas sobre la coca en el occidente colombiano, que el cocaísmo se extiende entre la población indígena de Cumbal, Mayasquer, La Cruz y San Martín. Milciades Chaves, miembro del Instituto Etnológico Nacional y quien acaba de regresar de un viaje de carácter investigativo a lo largo de varias tribus asentadas en las riberas de los ríos Caquetá, Putumayo, en la Comisaría especial del Putumayo, anota, en sus trabajos, todavía inéditos, que gran parte de los indios de Santa Rosa practican el “*mambeo*”, los cuales aseguran que “masticándola se siente valor y fuerza y se quita el hambre y la sed”. Informa el mismo investigador que los habitantes de Descanse y Yunguillo cultivan la coca, pero únicamente con fines comerciales, para vender la hoja a los “*mambeadores*” de Santa Rosa, quienes la adquieren a precios más favorables que los que tiene la que cultivan en su propia tierra.

Es indudable que el vicio de la coca se acrecienta con las condiciones de miseria en que viven los grupos que lo practican. A veces se presenta como franca toxicomanía. En uno y otro caso la práctica está tan arraigada, que resulta pueril la solución propuesta por los funcionarios del Ministerio de trabajo, de prohibir las plantaciones que abastecen el mercado de la hoja, tales como las que existen en San Sebastián y Almaguer, como medio para exterminar el “*mambeo*”. Un sistemático mejoramiento de las condiciones de vida de estas minorías, un estudio científico de su ración alimenticia, sincronizando con una eficiente labor educativa tendiente a llevar a la conciencia de los nativos los destructores efectos del cocaísmo, todo ello dentro de un proceso lento y metódico, de sustitución paulatina, tal como se hace con todo toxicómano, serían fórmulas menos reñidas con la realidad del problema que las que se quieren llevar a la práctica. Estas sugerencias podrían tratarse de utópicas, fuera de las posibles realizaciones, pero nuestra experiencia personal nos confirma cada día más en la idea de que el alarmante problema nacional a que hacemos referencia puede tener soluciones adecuadas. En Silvia (Cauca), por ejemplo, en la margen derecha del río Piendamó, está asentada la parcialidad de los indios Gwambiano, cuyas condiciones económicas constituyen una excepción si se les compra con las de otros grupos del mismo departamento, sin que esto quiera significar que sean las ideales. Esta comunidad está relativamente bien organizada, posee sus tierras de resguardo; sus miembros

cultivan el trigo, el maíz, la papa, el ulluco, la maxua; se dedican en parte a la ganadería y sostienen un activo comercio con muchas de las poblaciones del oriente del departamento, asistiendo a los diferentes mercados, los cuales se verifican en distintos días de la semana. El indio Gwambiano cuenta, pues, con unas condiciones económicas relativamente fáciles. Esta situación, apoyada por una persistente labor educativa, dio al traste con la costumbre del “*mambeo*” desde hace ya bastante tiempo, como lo pudimos averiguar y constatar personalmente durante nuestra visita a este grupo. En contraste con este hecho, los indios que están en la margen izquierda del mismo río, pertenecientes racial, cultural y lingüísticamente al mismo grupo Gwambiano, pero asentados no ya en terrenos del Resguardo sino en las fincas y haciendas de los particulares, en las cuales entran a trabajar en calidad de terrazgueros, sometidos a unas condiciones económicas en extremo difíciles, pues gran parte de su tiempo lo dedican a trabajar para el ambicioso patrón para poder tener derecho a cultivar una pequeña parcela dentro de la hacienda, están cada día más dominados por el vicio de la coca, que esta vez puede considerarse como un vicio social, motivado por difíciles condiciones de vida y de trabajo. Estos nativos ofrecen un espectáculo de miseria fisiológica verdaderamente irritante, sin descartar los frecuentes casos de degeneración y retraso mental.

Poblaciones existen en el Cauca, tales como Totoró, en las cuales el intercambio principal en los mercados gira alrededor de la codiciada hoja. Indios hay que hacen grandes jornadas, desde sus estancias, enclavadas en lo más abrupto de la montaña, hasta la humilde plaza de mercado, sólo por procurarse su ración de coca, tan necesaria para su organismo enfermo como indispensable para el rendimiento de su trabajo. Porque el indio de esta zona se acobarda, abandona la faena diaria y llega hasta el atropello cuando le falta la coca, que lo intoxica, mina su organismo y lo degenera paulatinamente, pero alivia de momento su miseria fisiológica. A veces acude a sustitutos, tales como la “*pacunga*” y las hojas tostadas del cafeto. De este modo, prohibir las plantaciones como única manera de cortar de raíz este mal, es una medida que no conduce a ninguna solución práctica del problema. Esto sólo traería el incremento de la bolsa negra del producto, su precio exorbitante y mayores compromisos de la incipiente economía de nuestros indios. Este carácter arraigado del “*mambeo*” lo registraban ya los cronistas españoles de la época de la Conquista: Fray Descobar nos dice que los indios de Timaná “...mantenían heredades de coca, que

es una hojuela a manera del árbol del rosal, de la cual son tan amigos los indios para comerla *que la compran a cualquier precio*".

Pero lo más grave es que el cocaísmo se extiende ya, en forma verdaderamente alarmante, entre la población campesina de otros grupos étnicos, sin distinción de sexos ni de edades, como lo pudimos observar en muchos de los municipios del Sur de Colombia. En San Agustín, por ejemplo, en donde se asienta hoy en día una numerosa población indígena procedente de los departamentos de Cauca y Nariño, integrada por una masa de desposeídos, que han cedido sus tierras ante el avance de la colonización de otros grupos y por la práctica de la parcelación sistemática de los resguardos nacionales, no es extraño el caso de observar el cocaísmo entre niños de ocho y diez años de edad, y de encontrar "*mambeando*", en los caminos públicos y en las rancherías, a todos los miembros de un humilde hogar, cuyas características antropológicas se acercan más a las de los blancos y mestizos que a las del nativo. Es de anotar que los efectos de este vicio se hacen más sensibles entre aquellos que entre los indios.

La costumbre del "*mambeo*", que avanza día a día entre los indios y mestizos de los departamentos del Sur de Colombia, estimulada con frecuencia por algunos propietarios —puesto que reduce el costo de la mano de obra y aumenta temporalmente su rendimiento—, constituye un verdadero problema nacional, ya que diezma de manera inexorable la población autóctona de Colombia y desmejora la raza cada vez más. Es un deber ineludible del Estado poner todas las medidas a su alcance para remediar esta conflictiva situación, en la seguridad de que los miembros del Instituto Etnológico Nacional y del Instituto Indigenista de Colombia, colaboraremos con entusiasmo en esta patriótica campaña en pro de una existencia menos penosa para los hijos legítimos de nuestra América.

BIBLIOGRAFIA

- BEJARANO (Jorge).— "Comentarios Médicos". "El Tiempo", enero 15 de 1945. Bogotá.
- BEJARANO (Jorge).— "El Problema del Cocaísmo". "El Tiempo", enero 17, 1945. — Bogotá.
- CIEZA DE LEON (Pedro de).— "Crónicas del Perú". Casa Calpe, Madrid, 1922.
- CASTELLANOS (Juan de).— "Historias de Cartagena". Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá, 1942.

- DESCOBAR (Fray Jerónimo).- Relación sobre el carácter y costumbres de los indios de la Provincia de Popayán”. Sin fecha. En: Jijón y Caamaño (Jacinto). Sebastián de Belalcázar. Editorial Ecuatoriana. Quito, 1938.
- FRIEDE (Juan).- “El Indio en lucha por la Tierra”. Ediciones Espiral. Bogotá, 1944.
- HERNANDEZ DE ALBA (Gregorio).- “Etnología de los Andes del Sur de Colombia”. Revista de la Universidad del Cauca, No. 5. Popayán, 1945.
- NIETO CABALLERO (Luis Eduardo).- “El Problema de la Coca”. “El Tiempo”, enero de 1945. Bogotá.
- OVIEDO Y VALDES (Gonzalo Fernández de).- “Historia general de las Indias, islas y tierra-firme del mar Océano”. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- RODRIGUEZ FRIEDE (Juan).- “El Carnero”. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Imprenta Nacional. Bogotá.
- SIMON (Fray Pedro).- “Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Islas Occidentales”. Imprenta de Medardo Rivas. 1882.
- “Cómo se adelanta actualmente en el país la lucha contra la coca”. Informaciones recogidas en el Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social. “El Tiempo”, enero de 1945. Bogotá.

NOTAS Y NOTICIAS

Presentamos a continuación, en forma sumaria, el balance general de las labores realizadas por el Instituto Etnológico Nacional y el Servicio de Arqueología durante el año de 1945, año en que con la fusión de las dos instituciones que antes venían funcionando separadas, se iniciaron los trabajos de acuerdo con un plan determinado.

Si se tiene en cuenta el volumen de trabajo que representa el estudio de las cuestiones etnográficas y arqueológicas en Colombia, y con la consideración de que hace apenas unos pocos años que ellas empezaron a estudiarse técnicamente, con personal preparado para el efecto, saliendo así de las manos de los aficionados estudiosos y de las comisiones extranjeras, únicos interesados hasta entonces, la labor realizada hasta el momento no representa sino una pequeña parte, que es, sin embargo, un valioso aporte para el conocimiento de las mismas.

De acuerdo con la división de trabajos establecida por nuestras Instituciones, las comisiones encargadas de hacer los estudios, se reparten en tres grandes secciones: Arqueología, Etnografía y Museología. La primera comprende el estudio de los monumentos históricos que a través del tiempo han quedado como única huella delatora de la existencia de civilizaciones, en determinadas regiones; las excavaciones realizadas por los técnicos en Arqueología, nos dan idea, por el estudio de los objetos exhumados, de la cultura de los antepasados, a través de las sepulturas y ruinas descubiertas.

Los expertos en Etnografía, además de estudiar las características culturales de los pueblos antiguos, tienen a su cargo el estudio de las civilizaciones indígenas que aún quedan en algunas secciones del país y que, en estado salvaje o semi-salvaje, permanecen aisladas del resto de la comunidad, conservando en la mayoría de las veces su lengua, sus costumbres tradicionales y sus características antropológicas especiales. Por lo mismo, la sección de Etnografía cuenta con varios investigadores, especializados en cada una de sus ramas; Etnografía propiamente dicha, Antropología, Lingüística y Etno-geografía.

Por su parte, los técnicos de Museología se encargan de la conservación, clasificación y reconstrucción del material recogido por los investigadores, para ser exhibido en las salas del Museo.

Como lo anotábamos en el No 3 de nuestro “Boletín de Arqueología”, correspondiente a los meses de mayo y junio de 1945, al hablar de los tres objetivos inmediatos de investigación —estudio de los grupos indígenas existentes, estudios arqueológicos sincronizados con la labor de preservación y reconstrucción de los monumentos prehistóricos de las altas culturas, y la preparación y elaboración de los materiales y colecciones recogidos por las expediciones, con el fin de estudiarlos y presentarlos en forma adecuada en el Museo Arqueológico Nacional, de estos tres objetivos, el de necesidad más apremiante de investigación es el correspondiente al estudio de las tribus indígenas aún existentes, ya que se trata de recoger entre ellas elementos culturales que pueden llegar a aclarar problemas que hoy plantean serias incógnitas a los prehistoriadores americanos, toda vez que estos grupos, esparcidos por todo el territorio colombiano, incrustados en los lugares más inaccesibles, a donde los han llevado las colonizaciones sucesivas, tienden a desaparecer rápidamente por razones de orden interno o externo.

Misiones de estudio: En los números 1 y 3 del BOLETIN DE ARQUEOLOGIA, dimos cuenta de las siguientes misiones de carácter etnográfico y arqueológico:

Expedición a Motilonia (Etnografía), a cargo de los investigadores, señora Alicia Dussán de Reichel, señorita Virginia Gutiérrez y señores Roberto Pineda G. y Gerardo Reichel D., realizada en el mes de enero del año de 1944.

Expedición a los indios Chimila (Etnografía), integrada por los señores Milcíades Chaves Ch., y Gerardo Reichel D., esta expedición se efectuó en los meses de julio y agosto del mismo año.

Expedición al Carare: (Etnografía, Arqueología). La primera, integrada por el señor Lic. Roberto Pineda Giraldo, se realizó en el mes de septiembre de 1944, y la segunda a cargo del mismo investigador y del licenciado Miguel Fornaguera P., se llevó a efecto en el mes de diciembre del mismo año.

Expedición a la zona de los Kwaiker (Etnografía), realizada a fines del año de 1943 y principios del siguiente, e integrada por los señores Henri Lehmann, Milcíades Chaves y Alberto Ceballos Araújo.

Expedición a “La Belleza” (Arqueología). Los investigadores señora María Rosa de Recassens y señores José Recassens, Miguel For-

naguera y Eliécer Silva Celis, integraron esta comisión en el mes de diciembre del año de 1943.

Expedición al Yurumanguí. (Etnografía). Esta, la primera realizada a aquella importante zona del Departamento del Valle, estuvo integrada por los señores Milcíades Chaves y Gerardo Reichel, investigadores del Instituto Etnológico Nacional, y por el señor Fernando Cámara Barbachano, del Instituto de Antropología e Historia de México. A su regreso del Yurumanguí, los expedicionarios Reichel y Chaves visitaron un grupo indígena localizado en la fracción “Corozal” del Municipio de Riofrio, en el departamento del Valle. La expedición se realizó durante los meses de enero y febrero del año de 1945.

Expedición al Macizo Colombiano, de carácter etno-geográfico, compuesta por los señores Ernesto Guhl, técnico en geografía y por el licenciado Julio César Cubillos Ch., investigador del Instituto Etnológico Nacional. Esta comisión realizó sus estudios en los meses de junio y julio del año próximo pasado, y sus resultados han venido publicándose en el BOLETIN DE ARQUEOLOGIA.

En la segunda mitad de año 1945, nuevas comisiones hicieron salidas al terreno, enviadas por la Dirección del Servicio de Arqueología, de acuerdo con la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes del Ministerio de Educación y con ayuda económica del gobierno francés que, galantemente y de manera desinteresada, viene prestando su colaboración a estas instituciones, por intermedio del profesor doctor Paul Rivet, Director Honorario del Instituto Etnológico Nacional y fundador del mismo. Las comisiones a que hacemos referencia son las siguientes:

Misión al Caquetá y Putumayo.—Bajo la dirección del licenciado Milcíades Chaves Ch., investigador del Instituto Etnológico Nacional, y con la colaboración del señor Juan Friede, miembro del Instituto Indigenista de Colombia, salió una comisión a fines del mes de agosto de 1945, con el fin de visitar algunas comunidades indígenas asentadas en las márgenes de los ríos Caquetá y Putumayo y de algunos de los afluentes de sus partes altas. El recorrido efectuado por esta expedición fue el siguiente: Santa Rosa, El Descanso, Yunguillo, Condagua, Mocoa, Puerto Umbría, Puerto Limón, Orito Pungo, Guamuez, Santa Rosa del San Miguel de Sucumbíos, Puerto Asís, Tuayá, Nueva Granada y Bella Vista.

En este trayecto, la comisión visitó algunas tribus pertenecientes a los grupos: Ingano, localizados en las riberas del Caquetá, del Mo-

coa, del Guineo y del Putumayo; Siona, asentados en las riberas de los ríos Orito Pungo y Putumayo; y Kofán, habitantes de las márgenes del Guamuez y del San Miguel de Sucumbíos.

El señor Chaves trajo como resultado de sus estudios, 165 fichas antropométricas, recogidas entre los grupos visitados y cada una con 72 datos, con las cuales se elaborará la antropología física de estos núcleos; una valiosa colección de objetos etnográficos de estos tres grupos, entre los cuales destacamos: macanas, lanzas, arcos, flechas, cerbatanas, carcajs, arpones y redes de pescar; diversas clases de tejidos; diferentes tipos de cerámica; adornos, como collares de fruto de palma, de chaquiras y de plumas, coronas de plumas, zarcillos, brazaletes de piel de iguana, y otros elementos como peines de chonta (peines de palitos), y objetos de carácter ritual o mágico. Recogió también el señor Chaves algunos datos folklóricos de gran importancia y trajo, además, un excelente documental fotográfico y cinematográfico, especialmente en lo que se refiere al tipo físico de los indígenas, a la fabricación de cerámica, a la elaboración de los tejidos y de los adornos de plumas.

Por otra parte, esta comisión localizó un nuevo sitio arqueológico en las cabeceas del río Caquetá, en donde se hallaron restos de una importante cultura prehistórica, que, por los datos recogidos hasta el momento, constituye una avanzada de la conocida cultura de San Agustín. Los restos arqueológicos a que hacemos mención, se encontraron en el Municipio de Santa Rosa, Departamento del Cauca.

Comisión arqueológica de Rioblanco (Tolima).— El licenciado Julio César Cubillos, investigador del Instituto Etnológico Nacional, permaneció por espacio de tres meses en la zona de Rioblanco, en el Municipio de Chaparral, Departamento del Tolima, efectuando excavaciones arqueológicas que constituyen los primeros trabajos técnicos que en esta materia se realizan en aquel departamento, pues aunque en julio del año de 1943 los investigadores Gerardo Reichel, Milcíades Chaves y Roberto Pineda recorrieron algunas zonas del Tolima, sus trabajos se limitaron a investigaciones de carácter etnográfico, antropológico y lingüístico.

Las excavaciones hechas por el señor Cubillos se realizaron en la hacienda “El Relator”, sobre una superficie de relleno artificial, y arrojaron un saldo de material arqueológico de importancia capital para el estudio de la extinta civilización Pijao.

Como resultado de estos primeros trabajos de excavación, se obtuvieron bellos ejemplares de orfebrería, cerámica e industria lítica. En cuanto a la orfebrería, se puede identificar el trabajo, sin lugar a dudas, con el realizado por los Quimbaya un poco más al norte del departamento. La topología, por lo menos, no ofrece diferencias entre las dos regiones.

En lo que se refiere a la cerámica, podemos decir que se presenta como típica para la región, y que, aunque de un material relativamente ordinario, es de una admirable belleza si se considera la decoración, hecha siempre en relieve o incisa. La pieza de cerámica que se presenta como el ejemplar más interesante, y posiblemente único hasta el momento en el territorio nacional, es un mascarón de arcilla cocida, encontrado en la misma zona.

El material lítico, con ejemplares de hachas, raspadores, alisadores, rayadores, cinceles, se ha encontrado en menor escala, pero tenemos que decir que, en lo que hace relación a las hachas, por lo menos, constituyen magníficas piezas por su acabado, pulimento y simetría.

Resumiendo, podemos decir que esta región del Tolima se ofrece como un vasto campo para el estudio arqueológico por su riqueza en monumentos prehistóricos. En la actualidad se elabora un plan con el fin de seguir estudios en el presente año, como continuación de los ya enunciados, bajo la dirección del licenciado Cubillos.

Los resultados de estas excavaciones se publicarán en una de las próximas entregas del BOLETIN DE ARQUEOLOGIA.

Segunda Expedición al Yurumanguí.— Como lo habíamos anunciado, se hicieron los preparativos para una segunda expedición a las cabeceras del río Yurumanguí, cuyo objeto, como el de la anterior, sería la localización de una tribu indígena en aquella región, que presenta la importancia de estar emparentada lingüísticamente con tribus de Norte América y con pueblos oceánicos del Pacífico. La comisión, integrada por los investigadores señores Gerardo Reichel Dolmatoff, Ernesto Guhl y Roberto Pineda Giraldo, se dirigió a su cometido en el mes de octubre próximo pasado y permaneció en el desarrollo de sus investigaciones hasta fines del mes de diciembre.

Después de algunas deliberaciones, de acuerdo con los datos recogidos en Cali, Popayán y otras ciudades, y contando con la ayuda desinteresada del señor Daniel Chaves, concejal del Municipio de Buenos Aires (Cauca), los investigadores iniciaron su recorrido, efectuando el

ascenso por la vertiente oriental de la Cordillera Occidental, al nivel de Timba, límite entre los departamentos de Valle y Cauca. Por espacio de varias semanas la comisión se adentró por las vertientes occidentales de la cordillera, siguiendo en parte el curso de algunas de las fuentes del río Naya y buscando, hacia el Norte, una salida a las cabeceras del río Yurumanguí.

Las dificultades de carácter geográfico, tales como la incesante lluvia provocada por las corrientes húmedas que suben desde el Pacífico y se condensan sobre la vertiente oceánica de la cordillera; los constantes deslizamientos del terreno debido a la causa anotada anteriormente, y lo empinado del mismo, que en ocasiones se presenta como cortado a pica, dificultaron considerablemente el progreso de la expedición por las demoras que ocasionaba, y no permitieron a los investigadores la culminación de su objetivo. Sin embargo, se exploró una vasta zona que comprende todas las fuentes del río Naya en su parte norte y que avanza desde la cima de la cordillera, a unos 2.200 metros de altitud sobre el nivel del mar, hasta la zona de los 700 metros, en la vertiente pacífica de la Cordillera Occidental, descartando, así, la posible existencia de un grupo indígena en toda esa región.

Esta comisión estuvo asesorada por miembros del Ejército Nacional, por gentil disposición del Ministerio de Guerra. El capitán Ricardo Wiesner fue nombrado por el señor Coronel Francisco Tamayo –Comandante de la 3ª Brigada en Cali– para acompañar a los expedicionarios, junto con un sargento, un cabo y cuatro soldados. También se ofreció la colaboración de las Fuerzas Aéreas Nacionales, ayuda que no pudo hacerse efectiva debido a las pésimas condiciones atmosféricas que rigieron durante el tiempo aquella zona.

Muy interesante es el estudio geográfico que en aquella zona fue hecho por el señor Ernesto Guhl, geógrafo del Instituto Etnológico Nacional, y que publicaremos en una de las próximas entregas del Boletín de Arqueología.

Visita al valle del alto río Calima: Aprovechando su estadía en el Valle del Cauca, a raíz de la expedición al Yurumanguí, y de acuerdo con instrucciones recibidas, el licenciado Roberto Pineda Giraldo se trasladó al alto valle del río Calima, situado en un pequeño descanso de la cordillera de “La Cerbatana”, en su vertiente oriental al nivel de los pueblos de Vijes y Yotoco, y asiento de la antigua civilización Calima, de la que pocos datos dejaron los cronistas, y que desapareció sin que nada se supiera acerca de su cultura.

El señor Pineda recogió algunos datos de carácter geográfico, realizó dos pequeñas excavaciones y recorrió la región en observaciones de carácter arqueológico, haciendo un acopio de noticias de excepcional interés y recogiendo valiosos objetos que pasan a engrosar las colecciones del Museo Arqueológico Nacional.

En su informe, el licenciado Pineda nos habla de los cementerios existentes; de la presencia de unas terrazas artificiales, muy extensas y numerosas en todo el valle del Calima y en el Municipio de Restrepo; de la existencia de amplios caminos indígenas que, desde el valle del Cauca, entre Vijes y Yotocó, ascienden por las vertientes de la cordillera, confluyen al valle del Calima y se dispersan, buscando distintos puntos de la cima de la cordillera para salir a la vertiente pacífica de la misma.

De los objetos adquiridos para el Museo Arqueológico, destacamos los siguientes: dos vasijas antropomorfas, en arcilla cocida, únicas en nuestra colección; varias vasijas con decoración pintada en rojo y negro, e incisa, que presentan gran semejanza con la cerámica del Quindío; algunas vasijas globulares con tres asas; un collar de cuentas de cristal de roca, con pendientes hechos en pizarra verde; varias cuentas de collar de tamaño grande, en cristal de roca; una muestra de tejido calima, exhumado de una tumba, hecho de pelo retorcido; un cojín de pelo, también hallado en una tumba y que servía de cabecera al muerto; algunas narigueras en oro y tumbaga, además de otros objetos de importancia.

Parque Arqueológico de San Agustín. – Obras de Defensa

En el año próximo pasado se llevaron a efecto en el Parque Arqueológico de San Agustín, bajo la dirección del señor Alberto Ceballos, varias obras de protección de los monumentos prehistóricos agustinianos, de entre las cuales destacamos diez cobertizos para proteger las excavaciones realizadas por la comisión Duque-Ceballos, en las mesitas B y D; otro cobertizo, que se terminará en el presente año, destinado a la protección de la fuente de Lava-patas, y un cerco de alambre de púas, alrededor de todo el parque arqueológico, para mayor seguridad de los monumentos. También se cercaron y limpiaron debidamente los lotes que el señor Juan Friede cedió a la nación, en el “Alto de los Idolos”.

Nuevas esculturas

Durante el año de 1945, fueron descubiertas nuevas esculturas en la zona arqueológica de San Agustín. Una fue localizada en la margen derecha del río Naranjos, y mide 80 centímetros de altura; otra en “Lavaderos”, mide 60 centímetros, sin el zócalo; una en “La Estrella”, de iguales dimensiones de la anterior, y otra en “Isnos”. Igualmente, en las excavaciones realizadas por el técnico Ceballos Araújo, en terrenos del Parque Arqueológico, se encontraron otras cuatro estatuas, de cuya existencia no se tenía ningún detalle.

Catalogación y traslado de esculturas

Los señores Ceballos y Unda, este último celador del Parque, adelantaron una completa catalogación de las piezas arqueológicas exhumadas por las diferentes expediciones y que reposan en el Parque Arqueológico, lo mismo que un inventario detallado de las estatuas conocidas hasta el presente, incluyendo las que se han descubierto últimamente. Las esculturas que estaban localizadas en sitios de difícil acceso, fueron arregladas en tal forma que permitan su fácil observación, sin removerlas de su lugar de origen. Las estatuas que se encontraban en la plaza del pueblo de San Agustín, las cuales fueron transportadas en otro tiempo de diferentes lugares de la zona arqueológica, se trasladaron al Parque y fueron colocadas en la Mesita D, recientemente descubierta, para atender a su mejor conservación y presentación.

En conjunto con las labores enunciadas, se terminó la construcción de una pequeña sala-museo, con el fin de exponer las piezas arqueológicas y aquellas estatuas que, por su tamaño reducido, son poco conocidas. El salón en referencia fue debidamente dotado con vitrinas y otros elementos necesarios para su objetivo.

El registro de turistas que se lleva minuciosamente en el Parque, señala la cifra de 556 visitantes durante el año de 1945, sin anotar las frecuentes visitas que se hacen por parte de los moradores de San Agustín. Entre estos visitantes, se cuentan 13 extranjeros, de diferentes nacionalidades.

Sogamoso

En esta zona arqueológica se continuaron los trabajos que, desde 1944, viene adelantando el arqueólogo Eliécer Silva Celis, miembro del

Instituto Etnológico Nacional. Los resultados de estos importantes trabajos se han venido publicando en las diferentes entregas del BOLETIN DE ARQUEOLOGIA.

Los estudios que realiza Silva Celis, han contribuido a aclarar, de manera definitiva, muchos de los aspectos dudosos que se tenían sobre la famosa civilización de los pueblos Chibcha, al tiempo que han aportado nuevos e interesantísimos datos acerca de esta cultura. Como resultados materiales se tienen: la localización de diferentes sitios de habitación, con emplazamientos de bohíos de forma circular; un variado utillaje en piedra, exhumado de las tumbas, consistente en hachas, cinceles, cuchillos de doble filo, alisadores para cerámica, rompecabezas, etc.; numerosos objetos de cerámica, como torteros, pintaderas, representaciones antropomorfas y zoomorfas. También se exhumó algún utillaje en hueso.

Al lado de las investigaciones anteriores, se han llevado a cabo en Sogamoso labores de preservación y reconstrucción de los sitios arqueológicos excavados, con miras a la formación de un Parque y de un museo, emplazados en los mismos sitios en donde se verifican los trabajos. Para el presente año, se piensa ampliar considerablemente las investigaciones sobre la civilización chibcha, iniciando, para tal efecto, estudios en otros sitios del Departamento de Boyacá, sobre aspectos arqueológicos, antropológicos, lingüísticos y folklóricos, bajo la dirección del arqueólogo Silva Celis.

Tierradentro.– Instituto Etnológico del Cauca

En el año de 1945, el Concejo Municipal de Inzá cedió a la Nación, a título de donación, tres lotes ubicados en la fracción de San Andrés, con el fin de ampliar el Parque Arqueológico iniciado en esta zona. Para el presente año, el profesor Gregorio Hernández de Alba, contratado por el Servicio Arqueológico Nacional, adelantará, en conexión con la Universidad del Cauca, trabajos en esta región asesorado por los técnicos señores Alberto Ceballos Araújo y Jesús María Otero.

Además de las labores investigativas en Tierradentro, el profesor Hernández de Alba se propone la fundación de un Instituto Etnológico en la Universidad del Cauca, para lo cual abrirá cursos docentes en el presente año, contando con la colaboración del profesorado del Instituto Etnológico Nacional y con el servicio de otros técnicos en la materia.

Universidad de Antioquia.— La universidad de Antioquia, que desde hace dos años tienen contratados los servicios del licenciado Graciliano Arcila Vélez, miembros del Instituto Etnológico Nacional, ha venido adelantando, con su cooperación, la formación de un museo etnográfico y arqueológico y la elaboración de algunos estudios en diferentes sitios del departamento y del país en general. En el presente año, dentro de las clases que componen el curso de estudios del Instituto Filológico, la Universidad ha incluido un ciclo de conferencias sobre técnica de museos y otras materias de carácter etnológico.

El licenciado Arcila Vélez, en misión que le confiara la Universidad, realizó algunas investigaciones etnológicas en Tierradentro y San Agustín, durante el mes de enero de 1945, acompañado por los señores León Domínguez y Tomás Olarte. En su correría, los expedicionarios visitaron por espacio de algunos días el Archivo Colonial de San Francisco de Popayán, especialmente en lo relacionado con los impuestos y encomiendas durante la Colonia en el Departamento del Cauca y algunas partes del sur del Departamento del Valle, con el fin de extraer lo referente a onomatología y tiponimia.

Fuera de estas consultas del archivo, la comisión hizo interesantes estudios de los grupos indígenas Páez y Guambiano, en cuanto a su cultura material, su lengua, sus costumbres, tipo físico, organización social y política, religión, etc., lo mismo que algunas observaciones sobre los conflictos que se plantean a menudo entre los indígenas por la parcelación de los resguardos y por la invasión de los colonos. Además, hizo excavaciones en San Andrés.

Museo Arqueológico.— La sección de Museos y Exposiciones, que ha venido funcionando bajo la dirección de la señora Edith Jiménez de Muñoz y de la señorita Blanca Ochoa, ha sido ampliada, para lo cual se han contratado, los servicios de las señoras María Rosa de Recassens y Virginia de Pineda.

El Museo Arqueológico Nacional ha desarrollado una vasta labor dentro del plan trazado, constituido por tres objetivos básicos: arreglo y presentación del material recogido por los investigadores en el terreno: reconstrucción y estudio de tejidos y de otros objetos indígenas de carácter arqueológico, y labores de divulgación y enseñanza, practicadas sobre el material de las colecciones que posee, y de las cuales se han aprovechado especialmente los colegios que visitan las salas destinadas a la exhibición, y los particulares.

En el presente año el Museo abrirá, dentro de su local de exhibiciones y con carácter permanente, las salas destinadas a la exposición de los objetos culturales de San Agustín, de la zona chibcha y de la región de Tierradentro. Además, habrá una sala destinada a exposiciones rotatorias de distintas culturas arqueológicas del país.

Colaboradores.— El Instituto Etnológico Nacional y el servicio de Arqueología, cuentan para el presente año con un completo cuerpo de investigadores y de técnicos en ramas auxiliares, preparado en su mayoría por el Instituto Etnológico Nacional, y cuya nómina es la siguiente: Director honorario, profesor Paul Rivet; licenciado Luis Duque Gómez, Director; licenciados Eliécer Silva Celis, Alberto Ceballos Araújo, Milcíades Chaves Ch., Julio César Cubillos Ch., Roberto Pineda Giraldo, Blanca Ochoa S., Edith de Muñoz y Virginia de Pineda; señores Ernesto Guhl, Gregorio Hernández de Alba, José Recassens, Gerardo Reichel, doctores Lothar Petersen y José Estiliano Acosta, Jesús María Otero, Jorge Enrique Lesmes, Diego Castrillón, y señoras María Rosa de Recassen y María Teresa de Baquero.

Nuevas expediciones: Dentro del plan de investigaciones que nos hemos propuesto, contando con el fondo económico destinado por el gobierno nacional para estos fines y con la ya mencionada ayuda del gobierno francés, se llevarán a cabo, fuera de las labores enumeradas en Tierradentro, Sogamoso, Rioblanco y San Agustín, otros estudios de carácter arqueológico, etnográfico, lingüístico, antropológico y etno-geográfico, en las siguientes regiones: en el Sur del país, en la zona de los Andakí, aprovechando los datos que los señores Chaves y Friede trajeron de su último viaje a los ríos Caquetá y Putumayo. Otra expedición a la zona de Tamalameque, con el fin de continuar los estudios que sobre los indios Motilones se han venido realizando, y para efectuar algunas excavaciones dentro del poblado mismo de Tamalameque y de zonas aledañas. Una expedición al Territorio Vásquez y a los ríos Opón y Carare, para completar los datos sobre los indígenas que aún están asentados en aquellas zonas, recogidos en parte por los señores Arcila, Ceballos, Fornaguera y Pineda. Una expedición a las cabeceras de los ríos Sinú y San Jorge, de carácter etnográfico y arqueológico, que excavará algunos sitios de esa zona y estudiará las tribus que aún permanecen en ella, especialmente los Tucurá.

Publicaciones.— Nuestras instituciones seguirán con sus dos órganos de publicidad, ya ampliamente conocidos en el país y en el exterior, REVISTA DEL INSTITUTO ETNOLOGICO NACIONAL, y BO-

LETIN DE ARQUEOLOGIA. Además, se proyecta la publicación de una serie de folletos editados en mimeógrafo, y que se refieren de manera especial a la divulgación de datos sobre el estado actual de las culturas indígenas existentes en el país.

Función docente.— El Instituto Etnológico Nacional, a partir del mes de abril del presente año, reanudará sus cursos en la sala de conferencias de la Biblioteca Nacional. Las conferencias serán dictadas por profesores especializados del mismo Instituto, dentro de un plan de estudios que abarca dos años, y con un pénsum que daremos a conocer oportunamente.

Exposición Etnográfica Nacional

Con el fin de difundir entre el público el conocimiento de los diferentes aspectos de la cultura material de los pueblos indígenas que habitan actualmente en el territorio nacional, el Instituto Etnológico se propone realizar una exposición etnográfica en el presente año, en los salones de la Biblioteca Nacional. Se expondrán numerosos objetos pertenecientes a las tribus que habitan actualmente en las riberas de los ríos Guaviare, Vichada, Vaupés, Tuparro, Papurí, Putumayo, las regiones de Tierradentro y Guambía (Departamento del Cauca), la intendencia del Chocó, la Sierra Nevada de Santa Marta, Las Sierras de Perijá y Motilones, y la comisaría de la Guajira, como también de otro grupos, tales como los Ingano, Siona, Kofán, Carare-Opón, Kwaiker y Chimila.

La exposición etnográfica estará sincronizada con una serie de conferencias sobre temas indígenas, dictadas por los especialistas del Instituto Etnológico, y con proyecciones cinematográficas, fotográficas, mapas y gráficos de los diferentes aspectos culturales de estos grupos. Este certamen se está organizando de acuerdo con el señor Ministro de Educación Nacional, don Germán Arciniegas, con el director de Extensión Cultural y Bellas Artes, don Jorge Rojas, y estará dirigida en su parte técnica por el señor Luis Duque Gómez, director del Servicio de Arqueología y del Instituto Etnológico Nacional, en colaboración con el cuerpo de investigadores de este centro y con el jefe de Museos y Exposiciones del Ministerio, don Daniel Arango.